

32

OBRAS DE EÇA
DE QUEIROZ
**SAN CRIS-
TOBAL**

TRADUCCION DE A.
GONZALEZ-BLANCO
BIBLIOTECA NUEVA



4 PESETAS

219081

1

229081

SAN CRISTOBAL

47/5 34713

OBRAS DE
ECA DE
QUEIROZ



AN
CRIS

TOBAL

DS
TRADUCCION DE
A.GONZALEZ-BLANCO

DS
BIBLIOTECA NUEVA
M A D R I D

12.611.540

S. L. de Artes Gráficas.—Cartagena-Madrid.

0 2349154

UN día, en una selva, al atardecer, cuando bajo la fronda resonaban las bocinas de los porqueros y lentamente en la copa alta de las encinas se callaban las grullas, un leñador, un siervo, de zurron de estameña, que trabajara reciamente en el soto desde el cantar de la calandria, ató el hacha al cinturón de cuero y con su yegua cargada de leña, recogióse por los caminos de su aldea, al castillo de su Señor.

Delante de cada cruz clavada en los troncos del bosque, quitábase su gorra de piel de conejo y rezaba un Ave María. Al pasar por la laguna, más reluciente, bajo la amarillez de la tarde, entre sus altos cañaverales, que una moneda de oro recién acuñada, dejó un haz de retama y leños para el ermitaño que allí había levantado su choza de ramajes. Y más adelante, en un pinar, a pesar de que ya lucía en lo alto la estrellita de la tarde, y el buen trabajador sentía hambre, se paró hasta llenar el saco de una viejecita que temblando y arrimada a un bordón, apañaba cardos y piñas... La vieja murmuró: «Dios te dé alegría en tu casa...»

E Ç A D E Q U E I R O Z

Todavía, ya por caminos claros que resonaban como losas, ya bajo el ramaje alto, por verdaderas fofas de musgos, tintineaban en el silencio y en la penumbra los cascabeles de la yegua. Y la noche cerraba cuando más allá de un puente de tablas que temblaba sobre un torrente, seco en aquel lento mes de Agosto, el poblado apareció entre el arbolado del valle, con la capilla blanca y nueva que el Señor del castillo andaba levantando en honor de San Cosme...

El leñador, con su yegua metióse por una larga alameda de hayas, detrás de un carro que chirriaba lentamente, cargado de broza. La estacada, que antaño cercaba la aldea, se había podrido bajo los soles, bajo las lluvias, en el abandono durante los largos y hartos años de paz; y las cabañas reposaban entre las pomaradas, con seguridad y hartura... De los techos, bien cubiertos de rastrojo, afianzados por tejas de losa, subía el humo lento y oloroso de las piñas y de los espinos ardiendo con abundancia en los hogares... En todos los corrales gruñían cerdos. Por las callejuelas más oscuras, las muchachitas pasaban hacia las veladas, sin temor, con su rueda a la cintura. Por detrás de los muros de adobe moría el murmullo durmiente de los Tercios y de las Coronas rezadas en coro, al rosario... De cuando en cuando un mastín ladraba por detrás de la cancela o de las sebes. En el atrio, el horno señorial aún ardía, tanta era la abundancia de pan cociéndose. Y

S A N C R I S T O B A L

junto a la fuente entoldada por el ramaje de un olmo, en el banco de piedra donde los domingos los viejos venían a juzgar los pleitos de ganados o de aguas, los dos arqueros del Castillo, que todas las noches rondaban la aldea, dormían sin cuidado, como frailes, con sus arcos caídos en el suelo...

Lentamente, al rumor lento de los cascabeles, el buen leñador y su yegua pasaron, al final del poblado, por la alta taberna de *El Gallo Negro*, que extendía a través de la carretera su larga vara adornada de laurel... Dos romeros, con conchas en la esclavina de estameña, bebían a la puerta en gruesos jarros de estaño. Dentro, un pobre menestral de larga guedeja caída sobre el jubón en harapos, tañía su viola de tres cuerdas: y un fraile mendicante, con la alforja sobre las rodillas, y un calderero con los cazos de latón y la herramienta posada al lado en el suelo de tierra negra, jugaban a los dados sobre un banco, a la sombra de las gruesas pipas, que tenían todas una cruz blanca para que los malos espíritus no avinagrasen el vino...

El buen leñador espoleaba su yegua; y bien de prisa, en lo alto de un cerro, cubierto de encinas, divisó abajo el río, el largo río oscuro que corría, mudamente, bajo los cuatro arcos de un viejo puente romano que tenía en medio una capillita nueva, donde pálidamente, en la niebla húmeda, brujuleaba una lámpara... Más allá, en la otra margen, había una larga colina suave, donde se erguía acompañado de

E Ç A D E Q U E I R O Z

arboleda y cercado de murallas como una ciudadela, un rico Monasterio de Dominicos...

Pero descendiendo el cerro, el camino estrecho por donde bajo la mudez estrellada de la noche, iban tintineando los cascabeles de la yegua, corría hondo y negro entre altos barrancos. Y como allí, a veces, de noche, aparecía un extraño pastor, de cabellos color de fuego, y seguido por dos lobos familiares, el buen leñador murmuró, volviéndose hacia el santo lugar donde nace la estrellita del alba, el nombre del ángel Gabriel.

Después, sin temor, atravesó el pinar. Ya entonces trillaba las tierras del solar de su Señor. Vastos pastos para el ganado, campos donde se había hecho la siega, descendían hasta el río que un chopal bordaba, oscuro y lleno de ruiseñores... Y sobre un fuerte otero, al punto apareció el Castillo, negro y formidable, con altas murallas, grandes barbicanas en forma de dragones y de aves heráldicas en la cima de cada torre, y en la más alta, la llama clara de su alto farol...

Una calzada de losas gruesas, orlada de hayas, conducía a la explanada hacia donde se abría la torre del Homenaje, la estrecha puerta chapeada de hierro y el puente levadizo que, siempre bajado en aquellos dulces años de paz, tenía las cadenas de hierro enmohecidas. De un lado de la explanada había una pequeña tabernucha cubierta de ramaje donde se vendía, vaso a vaso, el buen vino blanco de las viñas se-

ñoriales. Del otro lado negreaban los gruesos barriles de las horcas patibularias. Un olmo viejo sombreaba el banco de piedra donde, en las tardes de verano, el Señor venía a juzgar delitos, a recibir vasallajes o a marcar los portazgos debidos por los mercaderes que con largas recuas de machos cargados pasaban por dentro de sus tierras. Ninguna claridad salía de las ventanas de las torres, más largas que hendiduras. Las ranas croaban en el agua negra de los fosos. El buen leñador costeó las largas murallas donde a veces una mancha más clara en la piedra negra, era como una cicatriz de batalla en un rostro tostado; pasando por la alta cancela de una valla que a lo lejos se perdía en los prados oscuros, penetró por una estrecha poterna abierta en la muralla como una hendidura abovedada, y guardada por un perro enorme, cuya cadena de hierro arrastraba por las losas...

Dentro, en el vasto recinto amurallado, más allá de un pozo de bordes bajos, encimado por un palomar, la casa señorial erguía su fachada sencilla y severa, de donde salía, a través de los vidrios menudos encajados en plomo, la claridad pálida de los blandones de la sala, al lado de la luz más roja de las cocinas. Un torreón redondo, con balcón, levantaba en una esquina su techo agudo de cachitos de pizarra, encimado por una amplia claraboya en forma de bandera desplegada. En los ángulos de la casa, estirados dragones alados volvían hacia el patio las fauces

E Ç A D E Q U E I R O Z

abiertas de par en par, por donde las lluvias escurriánse en los regueros de la cisterna. Y la linterna de un siervo, que pasaba sobre la terraza, alumbraba apiñadas hileras de calabazas posadas en el parapeto, secándose al sol...

El buen leñador descargó la yegua en la bodega de la leña. Después, quitándose su gorro de piel de conejo, empujó la enorme puerta de la cocina, armada de púas de hierro. Bajo la chimenea, adornada de ristas de cebolla y de ramas de laurel seco, tan amplia que abrigaba, a cada lado del hogar, un largo banco de roble, una llama clara de troncos ardiendo sobre brasas iluminaba las paredes blanqueadas, donde colgaban de ganchos de hierro odres de vino, calderas relucientes y los sacos de especierías. Con su largo delantal de cuero, un gorro también de cuero en la cabeza rapada, el maestro cocinero cortaba sobre un inmenso cepo de madera, un cordero desollado. Un criado, de brazos desnudos, regaba de salsa, con una larga cuchara de hierro, los gruesos pedazos de carne que se asaban en las espeteras, más largas que lanzas de guerra. Dos lebreles blancos enroscados, dormían delante de la lumbre. Y frente al muro, sentados en trípodes, ya los mozos de las cuadras, los pastores, los aperadores, esperaban la cena, callados, con sus gorros en la mano...

En esto un paje, de largos cabellos encaracolados y trayendo un jarro labrado, levantó al fondo la gruesa cortina de estameña que tapaba una inmensa

puerta en arco, adornada con dos cabezas de lobos. Y el buen leñador dobló humildemente la rodilla, entreviendo más allá, ya alumbrada para la cena por antorchas de cera, la sala señorial; la vasta mesa alfombrada de hierbas frescas, las dos lanzas transversales por encima, suspensas del techo por cadenas de hierro, cargadas de gruesos panes de centeno; la alta silla de respaldo en cuya extremidad superior se ostentaba un alto blasón; al lado de la silla un poyo donde dormían dos halcones; y al fondo, la inmensa chimenea de piedra con figuras en relieve que agitaban armas. Todos los siervos se habían levantado, y casi inmediatamente, arrastrando sus zapatos de paño amarillo, apareció el despensero, calvo y gordo, con un manajo de llaves. Era el que distribuía las raciones a los pastores, a los aperadores, a los esquiladores y a los otros siervos del dominio que no cenaban en las cocinas del solar; y muy aprieta, el buen leñador recibió en su saco de estopa, el pan de centeno, la bota de vino y la ración de carne salada, correspondiente a los días de gran gala...

De nuevo el buen leñador empujó sin ruido y humildemente, la puerta de la cocina. Pasó la portera de la muralla, que daba a los jardines y al juego de bolos... Atravesó la avenida de limoneros que dividía los jardines y la pomarada, donde dulcemente cantaban en la sombra los surtidores y las aguas de los riegos; bordeó la era y la casa del cabañal, blanqueando, toda encalada recientemente, bajo la cla-

E Ç A D E Q U E I R O Z

ridad de las estrellas; y pasando entre las cuadras y la liza de los pajes, que desenvolvía entre mástiles adornados de banderolas su pista enarenada, salió por una puerta de la alta estacada que circundaba la quinta señorial. Más allá había vastos prados, pastos que descendían hasta el río, donde una larga avenida de olmos abrigaba la *cordonería* del castillo. Otro cercado de sebe espinosa rodeaba estas abundantes dependencias rurales, defendidas además por trampas para los lobos, vallas erizadas de púas, y pequeñas torres de adobe donde ardía una linterna...

El buen leñador pasó esta sebe, y entró por las veredas, camino de su cabaña anidada entre pinares y hayas, al borde de la selva, que desde los cotos donde él trabajaba todo el día, venía por el interior de las tierras rodeando valle y monte. Entre los troncos de los pinares mansos, el ancho río blanqueaba abajo a la claridad de las estrellas. Los gusanos de luz brillaban en la punta de las sebes. Un aroma de madreSelva endulzaba el aire...

El buen leñador atravesó, sobre un puente hecho de troncos de árbol, un riachuelo que saltaba entre rocas donde los pajes de la Castellanía venían a pescar truchas. Un ruiseñor cantaba abajo entre las ramas de los chopos. Más adelante había una cruz de piedra cubierta de hiedras que tenía un brazo partido. Piadosamente el buen leñador quitóse su gorro de piel de conejo... Su corazón sencillito en esa noche sentía como un contentamiento des-

S A N C R I S T O B A L

acostumbrado. Oyendo la campana del monasterio, que en las colinas, más allá del río, tocaba a Vísperas, murmuró una *Salve Regina* (1) con una mayor devoción, seguro de que la Virgen le escuchaba, inclinada desde el cielo, adornada por todas aquellas estrellas que brillaban más que el oro. Ya a distancia sobre el cielo pálido, se redondeaban las cimas de las arboledas donde se escondía su cabaña. La mujer, la buena compañera, esperaba por él hilando junto al hogar. Apresuró el paso y súbitamente, de la sombra de un sauce llorón apostado al borde del camino, surgió un mozo de ojos brillantes como brasas, cubierto con una túnica blanca, recostado a una vara blanca, que se paró delante de él y dijo sonriendo:

—¡Entra contento en tu morada que tu hijo ha de ser un gran santo!...

Y repentinamente desapareció. Un aroma vivo, como de incienso mezclado con claveles, paró ligeramente en el aire. Y las hierbas altas del prado ondulaban dobladas como si las rozase un manto de seda fina...

El buen leñador habíase quedado inmóvil, tem-

(1) El traductor español anterior de las *Leyendas de Santos*, Don Enrique Amado (q. s. g. h.) tradujo aquí literalmente el *Salve Rájna*, diciendo *salve Reina*. Claro que es traducción literal y estrictamente castellana, pero no es la forma de expresión que usamos. Nosotros hemos conservado la forma latina (como ellos la conservan en el *Lausperenne*) y, o se dice *Salve* solo en buen romance o se dice en latín *Salve Regina*. (N. del T.).

E Ç A D E Q U E I R O Z

blando en la sombra que se densificó, más cerrada, bajo los ramajes de las hayas... Y apenas comprendía a quién había hablado tan dulcemente aquel mozo, de ojos más claros que lumbres de altar... Su buena compañera aún no le había dado un hijo, en aquellos largos años, tan serenamente pasados desde la mañana de Navidad en que, bajo la nieve dura brillando el sol, al fino son de la flauta, que el menestral tañía coronada de rosas, la había traído a la cabaña construída por sus manos, con la madera por sus manos partida... ¿Cómo podría, pues, en su hogar, que ninguna risa de niño alegraba, crecer para gloria suya, un gran santo?... Extremecido, penetró bajo el ramaje, acechando, escuchando, con la esperanza y con el terror de sorprender una claridad, un rumor de aquel mensajero extraño que vestía de blanco como los ángeles... Todo el bosque estaba mudo y yermo... Entonces entró en su alma sencilla un gran miedo de todos los seres invisibles que, venidos del cielo, o venidos del infierno, surgen de repente en los ánimos oscuros... Comenzó a correr por una estrecha senda hasta los castañedos que abrigan su cabaña. Una rendija de luz salía de la puerta, entreabierta a la dulce frescura de la noche... El mastín que la guardaba, con su collar erizado de clavos, ladraba alegremente... Entró limpiando en el rostro el sudor que le inundaba.

Sentada junto al hogar en un taburete, su buena compañera esperaba hilando. La cacerola de hierro

S A N C R I S T O B A L

hervía, suspensa por una cadena sobre la lumbre. A un rincón del arca, las fuentes de cristal, los peroles de estaño relucían limpiísimos. Sobre la paja del catre, la sábana de estopa era blanca y fresca. Todo el día la buena compañera había bregado para el aseo de su hogar... El leñador colgó su hacha junto a la chimenea, y ni a la cena, ni acostado junto a ella en el catre, reveló a la mujer el encuentro con aquel mozo de ojos resplandecientes... Temía que ella, tan seria y justa, reprendiese su orgullo. ¿Por qué había de mandar Dios un ángel, con tan maravilloso recado, a un rudo siervo?... Sin duda no había sido a él a quien el mozo, brillante de claridad, anunciaba la santidad de un hijo... Si Dios le hubiese escogido para tan gran ventura, no sería por él, rudo como los troncos de su selva, sino por su buena compañera, tan seria, diligente en el trabajo, clara de alma, compasiva con los más pobres, siempre alegre, y tan leal!... En ella y no en él estaban seguramente los méritos divinos...

Y mientras ella, erguida, robusta y colorada como una manzana, llenaba las fuentes de la cena, el leñador sentía abrirse en su corazón, como una flor que bajo el rocío volviese a florecer, una ternura dulce y mejor por aquella, que, en tantos años, había convertido su pobre cabaña en un lugar más apetecible que la casa rica de un senescal o el castillo de su Señor...

II

ERA el tiempo de las vendimias en las viñas de la Castellanía. Una mañana temprano, al cantar de las calandrias, cuando el buen leñador colgaba a la cintura su hacha, saliendo para el castillo adonde iba a cortar la leña menuda, su compañera, que se había sentado en el arca con los brazos cruzados, dijo de repente, muy seria y colorada:

—Hombre mío, vamos a tener un hijo...

El quedóse delante de ella mudo, como en el espanto de un milagro. Después balbuceó, pidió más seguridades. Ella estaba tan segura que ya en la víspera, mientras él andaba trabajando en el soto, había ido al Monasterio a comulgar para que la Santa Hostia fuese el primer alimento de la criaturita que en sí traía, y que así recibía ya el cuerpo y la sangre de Jesús. El buen leñador tornó a enmudecer, como deslumbrado, rascando la barba ruda. Entonces la buena compañera, pensando que él, así, silencioso, se atormentaba el alma con «quel hijo que venía para ser, como ellos, un siervo, pegado a aquella tierra de matorrales, como una encina cualquiera que solo

E Ç A D E Q U E I R O Z

sirve para rendir fruto y que cuando no rinde, se abate, recordó cuán fácil y blanda era la vida servil en los dominios del buen Castellano.

Ya tan viejo y paternal, el buen Señor amaba a sus siervos y velaba por ellos como por mieses de sus campos. Hacía tantos años que las mazmorras estaban vacías que el senescal había perdido las llaves... Siempre que los hombres eran llamados para componer los tejados o limpiar los fosos, volvían contentos con un buen salario... Cuando montado en su mula recorría las tierras, parábase a aconsejar a los trabajadores, sin consentir siquiera, en los días de viento, que se quitasen los gorros... El precio de la molienda y de la hornada en el molino y en el horno señoriales, había sido por él rebajado... Y la buena niña, la heredera de aquel dominio, ¿dónde habría otra tan caritativa y suave?... Era ella quien vendaba con sus dedos más blancos que los de una virgen, las heridas de los perjuros... Si el vendabal se llevaba el techo de rastrojos de una cabatía, al punto ella mandaba arreglarlo. En los fríos crudos distribuía entre los ancianos vino añejo y pieles de carnero... Si la vida era así fácil y blanda en la Castellanía, bien podrían ellos estar contentos con el hijo que les nacía, para ser un siervo contento bajo aquellos buenos señores...

—¿No es verdad, mi hombre?

La faz del leñador resplandecía como un oro sin liga bajo un rayo de sol!...

S A N C R I S T Ó B A L

—¡Bendito sea Dios por haberte yo conocido, mujer!...

Apretó fuertemente en sus brazos a la compañera decidida y partió para el trabajo. Por el camino que llevaba al castillo, sonreía vaga y deslumbradoramente hacia el cielo y hacia los árboles. Y a cada instante le alborozaba el alma aquella promesa lanzada bajo la oscuridad de las hayas, por aquel mozo de ojos resplandecientes. ¿Era éste, pues, el hijo anunciado que se debía convertir en un gran santo? Casi asustado, no osaba creer en un tan maravilloso favor de Dios. ¡Un siervo engendrar un santo!... Cuando su señor tan poderoso, donador de capillas, acogedor de peregrinos, que había ido de mozo a libertar a Jesucristo de la maldad de los turcos, no lograba el favor de un hijo para gobernar sus tierras, ¿sería él, siervo rudo, de sayal de estameña, humilde leñador, el escogido por Dios para dar a aquellas gentes el don maravilloso de un santo, para protegerlas y atraer sobre ellas la amistad de los cielos?... No podía ser tal cosa; y hasta en pensarlo, en esperarle presentía confusamente el peligro de un orgullo que ofendería a Jesús y a los otros santos y desde luego alej. la protección del niño que le iba a nacer...

Decidió entonces no pensar más en aquella promesa; pero cuando al recogerse a la cabaña, de noche pasaba junto al bosque de hayas, sus pasos, a pesar suyo, se tornaban más lentos; y se paraba, escu-

E Ç A D E Q U E I R O Z

chaba, con el corazón palpitando tan fuertemente que sus golpetazos ansiosos eran como los que se dan a una puerta cerrada sobre un tesoro. Y la mudez, la impasible negrura del bosque daban una indefinida y fugitiva tristeza a su corazón como si un agua fresca, en hora de sed, se le secase entre las manos...

Sin embargo, al entrar en la cabaña, todo él sonreía contento, viendo a su compañera que hilaba ya la tela del ajuar para el niño. El examinaba en un rincón las maderas que había escogido con cariño, las herramientas que le había prestado el carpintero del Castillo y trabajaba en la cuna de su niño: porque para ambos todas las preocupaciones, todos los pensamientos eran únicamente en servicio de aquel hijo que les parecía milagroso y raro como una estrella que brotase de repente y comenzase a dardear sus rayos en la punta de un retoño seco... Ambos comenzaban a tener ambiciones; ella quería, ser después de criar al niño, tejedora del Castillo; él pensaba en el puesto del jefe de guardas campestres, que estaba viejo y había pedido al Señor el derecho al descanso. Cuando comenzaba el invierno, consideraron cuán ruda y desabrigada era su cabaña, y el buen leñador comenzó todas las mañanas, apenas lucía la primera claridad, a trabajar en reparaciones, poniendo rastrojo nuevo en el techo, tapando hendiduras, preparando un suelo de tablas donde más tarde los piecitos desnudos del niño no sintiesen la frialdad

S A N C R I S T Ó B A L

de la tierra negra. Después limpió y enarenó la huerta que cercó con una valla, defendiendo y aislando más su hogar, que iba a encerrar un tesoro.

A veces su compañera quería ayudarle en esas tareas piadosas. El no lo consentía, con un temor constante de que se fatigase y causase daño a aquel cuerpo precioso, que bien a su pesar, a veces, imaginaba escogido por Dios y que contemplaba entonces con asombro, como un relicario en una capilla. Era siempre para ella el plato mayor, la rebanada más ancha de pan, en el deseo de sentirla fuerte, comunicando fuerza a su hijo; buscaba por toda la selva miel silvestre para mezclarla al vino que ella bebía, calentado en el hogar; y como la molinera del molino señorial, que estaba junto al río, asistía en la hora dolorosa a todas las siervas de la Castellanía, el pobre leñador no cesaba de servirla, de llevarle sacos de piñas, cortarle la leña, y hasta arremangándose las mangas de burel, pretendía limpiar las ruedas de la aceña. La buena comadre, cruzando los brazos bajo el delantal enharinado, daba sus consejos; y ya por orden de ella, el buen leñador, todas las noches, con una larga vara, golpeaba las ramas del arbolado que abrigaba su cabaña para que no viniese a posarse en ellas alguna lechuza, que, graznando de noche, haría nacer a la criatura medrosa y con los ojos torcidos... Pero su mayor cuidado era quemar en el hogar ramas de zarzal para que la leche de la madre fuese abundante y fuerte...

El invierno había venido entretanto, tormentoso y negro; y en los largos crepúsculos, sentados en unos taburetes, a la lumbre del hogar, estos dos siervos sencillos pensaban solamente en su hijo... El contaba y recontaba en la memoria las piezas de oro ahorradas en aquellos largos años y enterradas debajo del arca y en otras más que ahorraría para pagar al padre capellán y maestro que enseñase a su hijo las letras y el latín. ¿Por qué no?... ¡Cuántos hijos de siervos habían cantado la primera misa!... Y a su pesar, aterrado con su orgullo incorregible, veía a su hijo con una mitra taraceada de oro, con vestiduras recamadas de oro, atravesar bajo un palio los caminos de la aldea, alfombrados de rosas y de hierba buena... La madre, callada, moviendo su huso, solo veía a su hijo pequeñito, muy gordo, con el rostro rechoncho, liso y colorado como una manzana, riéndose sobre su regazo...

Una noche en que ella así pensaba se adormeció, fatigada de haber bregado, ya pesada, durante aquel día de Abril, cálido y largo... Y casi inmediatamente se vió sentada en el atrio de la capilla de la aldea, un domingo de fiesta, en el primer día de Mayo; en derredor las muchachitas danzaban, al son del violín que tocaba un menestral; los mozos más fuertes luchaban sobre la hierba; un siervo del Castillo vendía vino de una gran pipa adornada de laurel; y un caballero, todo armado, sofrenaba a un caballo de grandes crines, tan bravo que nadie lo podía

montar... Y he ahí que de repente su hijo aparece con un jubón de paño azul, con un capote rojo como el hijo de un mercader; y al punto derriba en la lucha a los más fuertes, amansa al corcel indomable, hace palidecer de amor a todas las muchachitas sólo con volver los ojos radiantes hacia ellas, y tomando el violín del menestral, comienza a tañer tan divinamente que todos los pájaros salían de las enramadas, y venían maravillados a posarse en sus hombros anchos. Ella palpitaba en un infinito orgullo. Y en derredor todos, quitándose las gorras, clamaban:

—¡He ahí el más bello y el más diestro y el más fuerte! ¡Sea él Rey de Mayo...!

Despertóse al clamor triunfal. Su hombre aflaba el hacha. Y cuando ella, aún jadeante, le contó su sueño, él permaneció mucho tiempo pensativo; porque los sueños son como las tapicerías que los Angeles desenrollan y en que están bordados en colores claros los destinos que se han de cumplir...

Ambos despertaron de mañana con un gran canto de pájaros tan alegre y ruidoso como si todas las alondras y mirlos de la selva estuviesen celebrando una fiesta sobre el tejadillo de su cabaña; y en torno al catre flotaba extrañamente un olor fresco de verduras y flores nuevas. Pero la mujer del leñador no se podía levantar, en un cansancio que la tornaba más pálida que un lino recién lavado; y muy aprisa, gimiendo, pidió a su hombre que fuese a buscar a la molinera caritativa y experta, porque llegaba su ho-

ra de gloria y de dolor. Y aún gimiendo, la buena mujer comenzó al punto su oración a Santa Margarita...

Arrojando el hacña que apretara al cinturón de cuero, el buen leñador corrió a través de los campos, ansiosamente, pisando sin dolor los maíces nuevos, saltando las sebes en flor... La molinera cargaba un saco sobre su asnillo blanco. Descargó al punto el saco, saltó ella sobre el jumento, y al través de las sendas, la molinera galopando, el leñador corriendo, paráronse a la puerta de la cabaña cuando del alero de su tejado se levantaba, tomando vuelo, una pareja de palomas blancas... Era un feliz prenuncio; y mientras el leñador iba a atar el jumentillo en el pesebre, la molinera entró en la cabaña después de hacer en el suelo una cruz con el pie, murmurando el nombre de Santa Margarita... Pero volvió al punto, trayendo en las manos un ancho cinturón de cuero, con el que la buena hilandera apretaba las sayas, y llamó al leñador a gritos para que corriese a la capilla, atase el cinturón a la cuerda de la campana y repicase nueve repiques, rezando nueve Aves Marías... He ahí de nuevo al buen leñador corriendo con el cinturón atado al pecho; descendió a los chopales frescos y llenos de sombra; corrió a lo largo del río, todo reluciente de sol; donde bogaba a la bolina una ancha barca, con las armas de un abad y toda cargada de pipas; trepó por las laderas donde los ganados pastaban al son de las flautas de los pegujeros;

metióse por la carretera, cruzó delante de la taberna del *Gallo Negro*, de donde carboneros del bosque le llamaban, levantando alegremente los jarros de estaño... El, sin escuchar, seguía; pero hubo de pararse de repente porque de los lados del puente, con un relampaguear de armas y un brillo de sedas claras, desembocaba una fastuosacabalgata, camino del Castillo. Un clarín sonaba triunfalmente; guardas barbudos y graves, traían las lanzas levantadas en alto; una bandera en el aire desdoblaba su gran blasón de colores chillones; los pajes, empolvados por la caminata, conducían por las riendas acémilas cargadas de pesados cofres pintados de escarlata y oro; y un hidalgo mozo de barba negra, con un halcón en el puño, reía desde de su alto corcel, cubierto con una gualdrapa de terciopelo azul, con un fraile que cabalgaba al lado, en una mula muy blanca. Galgos ágiles corrían en derredor, y un haz de lanzas seguía les levantando gran polvareda...

Encorvado, agazapado contra la sebe espínosa, con su gorro en la mano, el buen leñador saludaba humildemente, esperaba con el corazón palpitando de ansiedad... A su lado otros villanos doblaban la rodilla; y un viejo muy alto murmuraba que aquel era un barón de otras tierras que llegaba para desposarse con la hija del buen castellano. Pero de repente algunos caballeros se detenían; una de las acémilas, espantada había tirado al suelo los cofres de escarlata y oro; y un senescal, corriéndolo al punto,

congregó a todos los villanos allí reunidos para que viniesen a levantar los cofres y cargar nuevamente la acémila. Y el buen leñador allá se adelantó, afligido, con los ojos casi empañados de lágrimas, sin poder atar apenas las cuerdas que prendían los cofres a las angarillas de la acémila. Tres veces el senescal le injurió. ¡Y su pobre compañera sufriendo porque no repicaban las santas campanas que mitigarían su dolor!...

Pero el animal, cargado de nuevo, se amansó, llevado de la rienda por los pajes; y los caballeros trotaron entre la polvareda que el sol doraba... Entonces libre, el leñador corrió desesperadamente a la capilla que siervos del Castillo andaban blanqueando de fresco. Ayudado por el sacristán, un viejo jorobado, a quién él, a veces, cortaba leña, ató el cinturón a la cuerda gruesa de la campana; y en seguida, en el azul lleno de sol, cantaron alegremente los nueve repiques devotos. Para mayor seguridad encendió todavía en un altar dos velas a Santa Margarita. Después, confiado en la misericordia del cielo, se recogió a su cabaña.

Los ojos casi se le nublaban de lágrimas cuando desde el sendero por donde iba jadeando, divisó su cabaña bajo los árboles corpulentos. Pero no le pareció en ese instante tan oscura y tan humilde. El sol, que en derredor brillaba en las ramas, tenía un esplendor insólito. La cruz blanca, que él había pintado en la puerta para ahuyentar a los demonios, re-

lucía como hecha de una luz clara. De las sebes, salía un aroma más dulce que incienso. Las grandes amapolas entre la hierba, las flores silvestres, parecían mayores, con colores espléndidos de gala. Regatos que no veía murmuraban con un fresco sonido de risa...

El se asombraba de esta belleza rara, que nunca había visto en estos caminos familiares. Y he ahí que súbitamente, del lado del río, rompen en un repique festivo las campanas del Monasterio, y del lado del Castillo, la campanita de la capilla lanza también en el azul un repique argentino. Todo el cielo tenía una alegría de fiesta. Y cuando llegó a la puerta de su cabaña, los pinos, en derredor, moviendo las altas ramas, parecían cantar.

Entró... Sobre el catre, su compañera yacía inmóvil, blanca como la sábana, ya arreglada y lisa, que la cubría. Y delante de la lumbre que crepitaba, la molinera, abatida sobre un taburete, sostenía en el cuello a un niño, extendido en un pañal blanco... Pero el pobre leñador, que había tendido los brazos como si ante él se abriesen las puertas del cielo, retrocedió despavorido... ¡Su hijo era un monstruo!

Oscuro, cubierto de una piel rugosa y áspera: con un semblante desdibujado, informe, donde las facciones nacían como vagas protuberancias nudosas; las manos enormes clavadas sobre el vientre felpudo; torcido de piernas, que acababan en dos pies agudos como los de un fauno; todo él parecía una raíz som-

E Ç A D E Q U E I R O Z

bría, raíz de árbol extraña, aún negra de la tierra negra de que había sido arrancada. Y ni siquiera gemía... ¡Era como el rudimento de un ser vegetal...

Dos lágrimas amargas y lentas rodaron por la barba del buen leñador. Dió un paso hacia el borde del catre... En el semblante blanco y como muerto de su compañera, dos lágrimas corrían también, como en la amargura de un sueño deshecho.

III

COMO aquel sér deforme seguramente iba a morir, el propio padre, aterrado, llorando, le bautizó y le dió el nombre de Cristóbal.

Durante tres días y durante tres noches, Cristóbal no mamó, no gimió, inmóvil en la cuna, que el leñador y su compañera constantemente velaban, en una esperanza terca, sintiendo en aquella piel rugosa y dura, el calor de una sangre fuerte... Una tarde en que ambos, cansados, habíanse adormecido, sintieron ascender entre las sábanas de la cuna que crujía, un rumor singular como el lento balar de un cordero muy robusto. Cristóbal entreabrió los párpados blandos y los padres pudieron ver al fin sus ojos, de un azul dulce como la flor de la yerba doncella... La madre, radiante, lo apretó contra el seno que la abundancia de leche sofocaba; y en pocos sorbos, amplios y hondos, Cristóbal vació uno de los pechos...

Comenzó entonces a vivir con una vida intensa y rápida. Durmiendo, su respiración era más que una brisa entre ramajes; al despertar, sus gritos aterraban la cabaña; y en su voracidad incansable, secaba la leche de la madre, paladeaba al través de un paño peda-

E Ç A D E Q L E I R O Z

zos de miel silvestre y quedábase chupando con impaciencia el dedo que, para consolarle, el padre le metía entre las encías, más duras que piedras...

Y entretanto aquella monstruosidad que le asemejaba a una gruesa y negra raíz, componíase en formas familiares de un cuerpo grosero, pero humano... La piel, perdida la aspereza negra, era lisa y roja como una cáscara de manzana; la cabeza emergía de los hombros como en una decisión de comenzar la vida; y las piernas, ahora rectas, con dos grandes pies chatos, eran tan fuertes que, si las agitaba, casi hacía caer la cuna...

Y muy pronto, con terror de la madre, no cupo en la cuna. Como era en el calor de Mayo, el buen leñador hacía con musgo seco, cubierto de una manta, un lecho en la huerta, donde lo acostaban bajo una mimosa en flor... Pero Cristóbal rodaba fuera de la manta, buscando la tierra caliente y blanda, donde se extendía y se dilataba con delicia, como en un elemento preferido, sonriendo, quieto, en una sonrisa muda, que dejaba ya asomar el brillo de un diente... Comenzaron entonces a aparecer, volando sobre las legumbres de la huerta, mariposas de colores prodigiosas, como el leñador nunca las viera... Un rosal, seco hacía un año, y que tenía el tronco ajado, reventó en grandes rosas que perfumaban todo el aire... Los mirlos que allí acudían, haciendo un canto incesante y festivo, enmudecían cuando la enorme criatura dormía, con sus gruesos puños ce-

S A N C R I S T Ó B A L

rrados... La mimosa y todos los árboles en derredor, fueron alargando sus ramajes, como toldos de abrigo, hacia el lado donde se extendía la manta. Y un día la madre, entreabriendo la puerta del corral, divisó espantada, un enorme venado que, por encima de la valla, con los altos cuernos entre el follaje contemplaba a Cristóbal con la gravedad de un abuelo...

Era entonces tan pesado que la buena mujer doblábase, y apenas podía trasladarle de la puerta a la cuna. Y solo tenía seis meses. La molinera que se paraba, con su jumentillo cargado de sacos, delante de la cabaña, para verle, se pasmaba de sus colores rojos, de su fuerza, de sus miembros perfectos y de aquel sosiego en que permanecía, todo un largo día de verano, sentado, clavando en la misma piedra o en la misma rama sus ojos azulados, sin brillo y sin vida... Y veía en esta transformación un milagro de Santa Ana.

Mucho antes de la Navidad, Cristóbal echó a andar... Ya corría toda la huerta, era casi de la altura de la valla, y si para apoyarse echaba la mano a un ramo, el ramo se rajaba como bajo el esfuerzo de un hombre fuerte. El padre vivía en el encanto y en el deslumbramiento de esta fuerza magnífica, y su placer era contemplar al niño, levantando una gruesa olla de hierro o caminando hacia el hogar, abrazado a los inmensos haces de leña... No dudaba que vendría a ser el hombre más valiente de la Castellanía, y ya le imaginaba soldado, con una pesada armadu-

E Ç A D E Q U E I R O Z

ra, mandando los tercios de la Castellanía. En el corazón de la madre había una sorda y vaga tristeza por aquel crecer maravilloso de fuerza y de estatura... Ya no podría traerle al cuello; Cristóbal solo tenía un año y ya no era su niño, su pequeñito... Los tiernos cuidados de su maternidad eran ya para él inútiles. No necesitaba ampararle los pasos ni meterle la comida en la boca. Enorme, tan fuerte como ella, Cristóbal, cuando tenía hambre, levantaba la tapa del arca y partía por en medio las hagazas más duras... El leñador había marcado en la pared, con una raya blanca, la altura del hijo, por Navidad; y cada día las rayas subían más alto, casi frente al anaquel de la loza. A los dos años su cabeza pequeñita, cubierta de una lana espesa y rubia, daba ya por la cintura del leñador. Los sayalitos de paño que ella había cosido con tanto amor, yacían inútiles en el fondo del arca, sin que hubiese sido jamás bastante pequeñito para mostrarse con ellos de la mano, los domingos, en el atrio de la iglesia aldeana. Y cuando le veía, aun mudo e inocente como una criaturita de pecho, y ya tan grande; llenando casi la puerta de la cabaña, donde acostumbraba a estar horas y horas, parado, mirando monótonamente el aire y el sol, la pobre más desconsolada sentía una lágrima humedecerle el rostro...

Lo que la consolaba era sentirle tan manso y dulce... Si ella asustada, le quitaba el hacha del leñador que él gustaba de levantar, o si le apartaba de la lumbre, que incesantemente le atraía, él no mostraba

S A N C R I S T O B A L

ni resistencia ni impaciencia... No era más inerte un fardo de lana... Permanecía largas horas en el taburete en que se sentaba o a la sombra, debajo del ciruelo de la huerta. Su encanto era ver hilar a la madre, atento profundamente al rodar y al cantar del huso. Y a cada instante le cogía la mano para posar en ella un beso mudo, sin brillo, que nunca acababa. Ella le apretaba contra su corazón, murmurando desconsolada:

—¿Por qué no eres más pequeñín?

Y entretanto, con cerca de cuatro años ya, el niño no hablaba. El único sonido que salía, cavernoso y rotundo, de sus labios color de aurora, era: ¡*Hum, hum!*... Si tenía sed, apuntaba con su enorme dedo y roncaba: ¡*Ham, ham!*... Para salir señalaba la puerta y gruñía: ¡*Hum!*... con los ojos extraviados, puestos en su madre... La pobre mujer iba perdiendo la esperanza de oírle jamás llamar *madre* y *padre*. Ya no dudaba de haber concebido un mudo, un imbecil. Y en su dolor, con un resto de orgullo, no permitía que Cristóbal transpusiese la valla de la huerta, bajase a los caminos, con temor de que los trabajadores del bosque y las vecinas de la aldea le encontrasen, descubriesen su monstruosidad y lamentasen la tristeza de su hogar.

Pero lo que sobre todo la aterraba era la insensibilidad de Cristóbal al dolor, como cosa diabólica. Una avispa le había mordido en el rostro y ni había llorado ni se le había hinchado la piel. Sentábase in-

E Ç A D E Q U E I R O Z

diferentemente sobre el musgo fresco y sobre las malezas espinosas. Y un día sumergió la mano en agua hirviendo y la retiró tranquilo como si fuese de piedra...

—¡Ay mi hombre!—murmuraba la pobre madre, —¡Qué mal se nos logró nuestro deseo!...

El suspiraba sombríamente. Toda su alegría delante de aquella primera robustez del hijo, se había trocado en dolor constante ante su deformidad; porque Cristóbal no hablaba, tenía la simplicidad de una criaturita en la cuna, y ya le llegaba al hombro, fuerte como él, con grandes músculos, manos formidables que blandían en el aire su hacha tan fácilmente como una varita de olmo... Y no hablaba de su hijo a los otros siervos de la Castellanía, carboneros, serradores, compañeros del bosque... Si al menos, Cristóbal hablase y tuviese en aquella estatura de hombre las cosas de un hombre... Iría con él al trabajo, no revelaría su edad; y sería como un compañero mozo y robusto que habitase en su hogar... Pero así inmenso, con su cara enorme, los hombros de atleta, pasaba horas y horas garrapateando en la tierra, como una criatura, contemplando a rastras el caminar de las hormigas o quieto chupando un dedo.

Ya en la aldea entre los siervos de la Castellanía corría el rumor de que el hijo del leñador era un monstruo. Seguramente había sido algún hechicero, enemigo suyo, quien así lanzara un día sobre él un

S A N C R I S T Ó B A L

agüero temible. Y algunos más osados vinieron a rondar y acechar en torno de la cabaña de Cristóbal para ver al hechizado... La pobre madre, una tarde, sintió carcajadas sonoras, frente a la valla de la huerta y adivinó estas curiosidades que veían a escarnecer el dolor de su hogar... Tenía ahora siempre cerrada la puerta de su cabaña tan limpia, tan honesta y por donde hasta entonces había dejado pasar las miradas de todos, tan libremente como los rayos del sol. Cuando alguna comadre de la aldea, alguna sierva del Castillo, la llamaba desde fuera, empujaba hacia la oscuridad de los árboles, a su pobre monstruo que iba moviendo sus pies tardígrados, con baba en la comisura de la barbilla. Su deseo hubiera sido elevar en torno de su morada un muro, un alto cercado de madera que la aislase de toda la tierra. Y precisamente sufría por tener así enclaustrado a su pobre Cristóbal en aquellos escasos palmos de cabaña y de huerta, por traerle escondido como un fruto maldito del cual se avergonzaba... Toda su alma sencilla y recta andaba ahogada en tinieblas. Y ya no dudaba que la monstruosidad de su hijo, era el castigo que la Virgen María daba a su orgullo de madre. Tan segura había estado de que su Cristóbal había de ser divinamente lindo como el Niño Jesús que San José llevaba en los brazos, que la Virgen se había escandalizado en el fondo de los cielos... ¡Y bien justamente! ¿Cómo podría ser el fruto de un vientre servil

E Ç A D E Q U E I R O Z

igual en belleza al fruto de un vientre divino?...

Una tarde en que así meditaba, moviendo el huso, sintió en la huerta un rumor y como piedras cayendo sobre el follaje del cerezo. Inquieta abrió el postigo y vió a tres pajes del Castillo que, por detrás de la valla, joviales y crueles, escarnecían a su hijo y le tiraban, como a un bicho en una madriguera, piedras y terrones secos... Y Cristóbal, más fuerte que los pajes, pero sin comprender, solo levantaba ante el rostro la mano, inmóvil en medio de la huerta soleada... Ella le arrastró hacia adentro desesperadamente, mientras los pajes, ofendidos con la audacia de la sierva, apedreaban los muros de la cabaña... Desde ese día la pobre madre comenzó a consumirse... Era un dolor sordo, un desconsuelo de todo que la dejaba largas horas inmóvil, con la rueda olvidada en la cintura, el huso caído en el suelo, perdida, entorpecida en una melancolía sin fin y sin nombre... Todo trabajo le pesaba como un fardo inútil... Casi le costaba esfuerzo vestir a Cristóbal, que ni su burdo jubón de estameña sabía ponerse, y que casi hacia ponerse colorada a la pobre madre, con su grueso cuerpo desnudo, grande como el de ella, que le parecía la desnudez de un extraño, de un hombre, que había invadido su hogar... A la noche, silenciosa y pálida, rechazaba la taza de caldo que luego Cristóbal devoraba en silencio... Y no quería que su hombre asustado llamase al físico del Castillo. ¿Para qué?... «Mi mal—murmuraba—ha de cre-

cer y crecer...» Las tardes en la cabaña eran tristes como las de un hospital. Tan débil que no se podía levantar del catre, la mujer contemplaba a su hombre, sentado al lado, con una larga mirada de nostalgia, la mirada humedecida de quien va a partir... El, con las manos de ella entre las suyas, sólo le instaba para que probase algunos remedios que aconsejaba la molinera contra aquel enflaquecimiento de cuerpo; y para contentarle, accedió a atar al cuello un saco donde estaba metida una rana y a comer un caldo de margaritas cogidas bajo la luna llena... Pero sin dolor, sin agonía, su pobre cuerpo iba como desapareciendo, tan delgado y transparente que veía a través de las palmas de las manos la llama roja del hogar...

Desde que ella había enfermado, Cristóbal no abandonaba la orilla del catre, mirando extático a la madre, ansiosamente, como en el esfuerzo de comprender por qué se quedaba ella así acostada y con los ojos adormecidos, cuando el sol envolvía la cabaña y hasta los árboles se habían despertado. A veces le tocaba en el brazo, en el hombro, con un pequeño gemido triste... Ella murmuraba con toda su alma: «¡Mi pobre hijo! ¡mi pobre hijo!...» Pero volvía el rostro amargamente si le veía ir con sus pasos lentos y balanceados de oso doméstico a levantar con una sola mano la pesada botija de agua y a vaciarla de un trago...

Era entonces a fines de otoño. Ya el leñador, al

recogerse a casa, sacudía el sayal todo mojado de la humedad de la selva; y un gran viento gemía a veces en los pinares... Toda la noche la candela quedaba encendida. En su jergón, al lado del hogar, Cristóbal dormía cubierto de pieles de cabra, haciendo un gran bulto en la sombra, roncando tan fuerte como una fragua. Y la pobre mujer con el hombre al lado, sentado en el taburete, embotado de fatiga y de sueño, no dormía, pensando en el abandono y en la tristeza en que caería aquella pobre cabaña de la cual ella había hecho un nido... ¿Quién cocinaría la sopa de su hombre, quién se preocuparía de aquel pobre monstruo que ni ponerse el jubón sabía?... Un gran sollozo sacudía el pecho flaco de la mujer; y el leñador, despertándose, estremecido, arreglaba la manta, que cubría el catre o iba a remover las brasas de la leña...

Una noche en que había un gran silencio en la arboleda y en el aire, porque caía la nieve, la mujer sintió un gran frío que le penetraba el semblante y a través del desmayo que la atacaba, extendió la mano, palpando, para decir a su hombre adiós para siempre... Y sus ojos vagos y lentos encontraron entonces los ojos de su Cristóbal, que se había levantado, envuelto en una piel de cabra y que estaba a los pies del catre, atento y como esperando, en un espanto. Movi6 los labios para pedirle que se acostase y se abrigase, pero solo pudo suspirar desfallecida... Y le pareció que delante de ella su hijo comenzaba a

S A N C R I S T Ó B A L

crecer visiblemente; ya sus cabellos rubios tocaban el techo de la cabaña; el tejado cedió a través de la abertura; Cristóbal crecía hacia el cielo, más alto que los pinos, ya con el rostro perdido entre los copos de nieve; y tan feo y monstruoso que las estrellas huían por el aire, como almas asustadas. Dió un grito. El pobre leñador se despertó, inclinándose sobre ella, temblando. Su compañera parecía adormecida. Entonces Cristóbal vino lentamente a la orilla del catre y poniendo las manos suavemente sobre los cabellos de la enferma que un sudor humedecía, gritó:

—¡Oh, madrecita, madrecita, no duermas!...

Cristóbal había hablado... ¡Su hijo hablaba!... Un rubor de infinito contentamiento le enrojeció el rostro macerado, que había quedado inmóvil, sonriendo;—y la buena hilandera partió de esta tierra para más allá...

IV

EL cerezo en la huerta estaba cubierto de cerezas; el leñador trabajaba otra vez en los sotos desde el cantar de la calandria; y la viuda de un carbonero del bosque venía todos los días a cuidar de la cabaña y a custodiar a Cristóbal. Era una vieja muy flaca y muy sombría que surgía entre los pinares, recostada en un bordón, acompañada por un gato negro. En los primeros días, a cada paso, agachada sobre la lumbre o hilando a la puerta, volvía hacia los miembros inmensos de Cristóbal, con inquietud, sus ojillos refulgentes que los pelos gruesos de las cejas cubrían. Aquel ser disforme, que el padre llamaba su niño, y que ella venía a custodiar, llenábala de espanto cuando levantaba hasta la boca el enorme cántaro lleno de agua, o tapaba toda la puerta de la huerta cuando estaba parado, chupando el dedo, mirando para el sol... En vano el buen leñador le había inspirado confianza en su mansedumbre, en su sencillez; la vieja serradora temía aquella mansedumbre muda, como una madriguera oscura y sin ruido de donde puede salir una fiera. Pero cuando durante largos días, le vió ella quieto bajo el cerezo, son-

riendo a las hormigas que le trepaban por las piernas ya peludas, o cruzado de brazos delante de la huerta, extático, chupando un dedo, ante el huso que ella hilaba; la vieja reconoció su sencillez; y consideró que era como un animal casero, un puerco gordo o un borrego, que perteneciese a la choza. Para no sentir siquiera posados en ella aquellos ojos azulados y sin brillo y aquel cuerpo disforme que llenaba toda la cabaña, tapando la luz, empujábale hacia la huerta, y allí le llevaba, al sonar el mediodía, la sopa y la ración de borona en una gran fuente que posaba en el suelo; y Cristóbal allí pasaba los días, sentado, removiendo la tierra con los dedos lentos y vagos, siguiendo el rumorear de las hojas o a pasos tardos, frente a la valla, alargaba hacia los campos, hacia las arboledas de más allá, la mirada pasmada y sin brillo, con la quietud de un buey harto... La carbonera, entretanto, barría el suelo, aireaba los herrajes del armario, sacudía el colchón del catre o sentada a la puerta, hilaba hasta que, a la hora del *Angelus*, sonaban en el camino los cascabelles de la yegua blanca, que el buen leñador traía por las riendas...

Luego, a la puerta, la vieja contaba, apretando las manos, cómo Cristóbal se había mantenido quieto y tan bueno, jugando en la puerta o atento a las historias que ella sabía de hadas y de moros... El leñador rascábase la barba, contento; y Cristóbal, delante del hogar, donde la leña estallaba, sonreía ex-

táticamente, sacudiendo las manos llenas de tierra.

Cuando vinieron los fríos, la carbonera, a veces, bregando en la cabaña, gemía, refregando las rodillas. Cristóbal dirigía hacia ella los ojos compadecidos. Y un día en que ella cojeaba y gemía más, saliendo para la fuente, Cristóbal tocó tímidamente en el asa del grueso cántaro de barro, murmurando muy colorado: «Yo voy...» Espantada, le dejó ella y quedóse a la puerta, viendo a Cristóbal desaparecer entre los olmos y volver luego, subiendo la vereda, bajo la lluvia fría, con el cántaro que le pesaba menos en el brazo extendido que una fuente ligera... Todo él sonreía, con un contentamiento profundo. La vieja le limpió los cabellos mojados; y por vez primera, desde que guardaba la cabaña, dirigiéndose a Cristóbal como a un ser humano, le habló de los dolores de sus pobres huesos, de su hombre que la había dejado en la vejez y sin pan, de la muerte que se acercaba con una gran hoz. Pero el rostro que Cristóbal levantaba hacia ella, agachado junto al lar, había vuelto a la inmovilidad, sin alma y sin calor, como un rostro hecho de piedra. Y fué dirigiéndose al viejo gato que había puesto en su regazo y no a Cristóbal, hacia quien la carbonera prolongó en el silencio las quejas de su vejez... En esa tarde, sin embargo, Cristóbal barrió la cabaña con la escoba que la vieja, cojeando y gimiendo, le puso en las manos.

Y desde entonces comenzó a hacer poco a poco todos los trabajos domésticos. A través del largo in-

E Ç A D E Q U E I R O Z

vierno la serradora no se movió más del rincón del lar, hilando con su rueca y con el gato agachado a sus pies. Cristóbal iba a llenar la jarra a la fuente, encendía la lumbre, fregaba las sartenes, bruñía los herrajes del armario, sacudía los colchones de los cañes; y hasta los sábados, en una duerna llena de agua caliente y de ceniza, enjuagaba la ropa... Y en todos estos servicios ponía una aplicación, un interés profundo. Todo su inmenso cuerpo se tornaba más ágil, más dispuesto... Ya de sus gruesos labios, que solo se ensanchaban en un sonreír pasmado y muerto, salían murmullos vivos: «¡Está bien!... Quedó bien... Cristóbal lo limpió...»

Por la noche, a la cena, untando con lentitud la borona en el caldo, el leñador contemplaba con espanto a su Cristóbal que le parecía diferente, más atento, desentumecido, entendiendo ya que él derribaba árboles en un bosque, que la yegua blanca y las tierras y los ganados que pastaban, pertenecían a un Señor y que los domingos se descansaba para visitar a Dios en su casa, donde las campanas cantaban en el aire. Pero lo que encantaba al buen leñador era el cuidado nuevo de Cristóbal en servirle, deseo que le había nacido en el corazón de repente, sin que nadie se lo sembrase... Apenas le sentía volviendo de las tierras, iba, con su andar arrullón y lento, a coger la rienda de la yegua, a llevarla al corral, donde la paja estaba preparada y el balde lleno de agua en la cabaña, de rodillas, desceñíale los cordones de las

gruesas botas de cuero que el barro cubría; y extendía delante de la lumbre, con cuidado, su zurrón de estameña, empapado en las humedades del matorral. El buen leñador murmuraba radiante, como un bienaventurado: «¡Fué Dios quien te envió; hijo mío!...» Y en los ojos con que Cristóbal sonreía, él, a pesar de ser rudo y sencillo, percibía una claridad, un brillo insólito... Su inocente niño ya pensaba, ya comprendía... Pálida aún y vacilante, pero evidente y del todo visible, una almita despuntaba en aquel cuerpo menso, como una pequeña luz en una gran torre...

Después de la cena, aprovechando el resto del candil, el leñador tenía ya el contento inefable de conversar con su hijo, como antaño con su buena compañera, contar su duro día en la selva, el árbol que había sido derribado, las maderas vendidas para las obras del Monasterio, las quejas de los serradores contra el señor senescal. Su pobre hogar perdía la frialdad y el silencio que hasta entonces le había hecho, después de engullir tristemente el caldo, estirarse en el catre viudo, tan triste que hasta el rumorear de los árboles la parecía un gemir humano... Ahora tenía un compañero; y podía con toda felicidad, comenzar a envejecer...

Tuvo entonces orgullo de su hijo, deseó que en la aldea le conociesen. Cristóbal crecía siempre; y era ya, antes de los diez años, como un hombre de gran cuerpo y de gran fuerza que conservase, en el semblante liso y sin barba ni vello, la candidez de un ni-

E Ç A D E Q L E I R O Z

ño, que fuese alto como una valla. Un cabello rubio y encaracolado, que le nacía en las cejas agudas, cubríale la cabeza pequeña, como un gorro muy apretado de lana de carnero, hasta el pescuezo, donde los músculos tenían la prominencia, la reciedumbre y la amplitud de los de un toro...

Y sus ojitos pequeños como cuentas azules, tenían una dulzura que se derramaba en derredor, como una caricia vaga y compasiva. Todos sus enormes miembros se movían con una lentitud tímida; y hasta para bajar a la fuente o rodear la valla de la huerta, se había acostumbrado a llevar un bordón en el cual apoyaba, cuando estaba parado, las dos manos enormes, y por encima la barba pesada, marcada con un hoyo muy hondo. De una pieza de piel de camello azul, que el padre hacía mucho tiempo guardaba en el arca, el sastre de los pajes del castillo le cortó un capote de romero y un jubón recto como un saco, que fruncido en la cintura por una tira de cuero, caía en pliegues largos y gruesos sobre las botas rojas, con relieves cosidos de cordobán amarillo... Y así arropado y limpio como un hijo de mercader, le llevaba el padre todos los domingos a la misa de la aldea, sonriendo de orgullo por los caminos...

Cristóbal penetraba en la vieja iglesia, de muros severos como los de una ciudadela, con un miedo vago. El sabía que aquella alta casa de piedra, con campanas que brillaban, era de Dios Nuestro Señor, que tenía una así en cada aldea, donde, en los días

S A N C R I S T O B A L

quietos y silenciosos en que no se trabajaba, el pueblo vestido de paños nuevos, le venía a visitar y a loar... Y desde el domingo de Mayo en que él había descendido de la cabaña al través de los campos verdes, entre las sebes de madre selvas, para oír su primera misa, siempre aquella casa de Dios Nuestro Señor había infundido en su alma sencilla, el terror de un lugar muy rico, muy triste y todo lleno de misterio... Una gran sombra fría caía de las bóvedas oscuras... Todas las imágenes sobre los altares, lívidas, demacradas, parecían sufrir: el mozo desnudo que se retorció el cuerpo amarrado a un árbol y traspasado de flechas; la reina, tan triste bajo su corona de oro, y en su manto de satén, con el corazón clavado por siete espadas; el monje, con un resplandor de plata que mostraba las llagas de la mano abiertas... En candelabros de oro labrados, ardían largas lumbres de tristeza. Paños de terciopelo o de seda, recamados de brillantes, tapaban rincones de donde a veces salía como el murmullo de un gemido... Toda la multitud doblaba sobre las losas los semblantes bañados de una pensativa tristeza. Y la franja de luz de una hendidura abierta en la muralla, alumbraba la mayor melancolía: el Hombre clavado en una cruz con clavos, con sangre viva en las rodillas, en el pecho, en los pies, que erguía el rostro atormentado hacia el cielo y parecía llamar en un abandono... ¡Y así pues, era la casa del Señor, llena de oro, de sangre que cho-

E Ç A D E Q U E I R O Z

rreaba, de terciopelos magníficos, de tristeza y demudez...!

Delante del aitar mayor, entretanto, un viejo todo calvo, cubierto con una capa resplandeciente, ensanchaba los brazos, besaba la toalla bordada del ara, volvía las hojas de un gran libro, ofrendaba a las alturas una galleta de harina muy blanca, bebía por una copa donde resplandecían joyas.

Vuelto hacia él, al lado del padre, Cristóbal se arrojaba como el padre sobre las losas, trazaba una cruz sobre la cabeza, martilleaba el pecho con sus duros puños; pero permanecía tan insensible y ajeno a la adoración que ante él se desenvolvía como el pilar de piedra oscura en que acababa por recostarse, fatigado de aquella melancolía de la casa de Dios. Sus ojos embebíanse entonces en una gran paloma blanca que se conservaba inmóvil con las alas abiertas, por encima del sagrario, y que cada domingo le atraía más, siempre allí, fiel, paciente, sin que una de sus plumas se estremeciese; sólo ella era dulce, alegre, natural, en su blancura adorable y suave a la vista; con un pico claro, las patas rosadas; sólo ella no tenía en su cuerpo de paloma, ni oro ni sangre, natural e igual a las otras palomas; sólo ella no le asustaba ni le deslumbraba; y Cristóbal no comprendía por qué se mantenía allí, en aquella sombría fría, entre pilares de granito, al lado de agonías y dolores, y no venía a volar y a arrullar con las otras, sobre los castaños del atrio...

S A N C R I S T O B A L

Su incierto pensamiento se dirigía entonces hacia los prados que atravesaba descendiendo de la cabaña; hacia la verde frescura del chopal, hacia el sol que calentaba a los lagartos dormidos en las piedras blancas... Hubiérale gustado ciertamente quedarse allí, por los campos, a la orilla del río, durante todo el largo domingo, sintiendo la hierba fresca entre las rodillas, rozando la mano por la frescura de los ramares bajos... Pero en los domingos era necesario visitar y loar a Dios Nuestro Señor. Sólo así, según le afirmaba su padre, se subía después al cielo... El seguramente, iría un día al cielo... Y una inquietud atravesaba su alma, porque el cielo, como la iglesia, se le figuraba oscuro, pesado, con oros y con grandes paños de seda... Hombres cubiertos de sangre, reinas con el pobre corazón atravesado de espadas... un sitio allá arriba, en las alturas, muy rico y muy triste... ¡Cuánto mejor era la huerta en que vivía, con el cerezo, la sebe de madre selva y el pozo junto a la duerna!... Un rumor corría entre los pilares de piedra; todos los rostros sonreían más claros... El senescal se levantaba de su banco; la misa había terminado. Y un contento henchía el corazón de Cristóbal, al tornar a ver los castaños del atrio...

Entonces, poco a poco, tomó más familiaridad con selvas y prados. Ya pasaba su mano gruesa sobre la dulzura de los musgos, trepaba a los troncos para acechar hacia dentro de la densidad de los follajes; estirábase en medio de las hierbas altas, extendiendo

E Ç A D E Q U E I R O Z

sus cabellos crespos por la blancura de las margaritas... Y al mismo tiempo descubría, dentro de toda esta naturaleza, una vida múltiple, vasta, activa y maravillosa... La tierra, que él removía con sus dedos gruesos, estaba toda blanda de los gusanos que la habitaban; cada brizna de hierba cobijaba un pueblo de insectos más numerosos que la gente de la aldea; a los domingos, bajo los castaños del atrio, cada hoja cubría un ala; en las espesuras, largos dorsos peludos, rozaban sus piernas lentas; ojillos brillantes le acechaban entre la negrura de las cuevas; el rumorear de los matorrales hablaba del paso de las fieras... Un confuso y oscuro amor por todos esos seres, crecía en su corazón sencillo. Pasaba horas encantadas, estirado en la hierba y a orilla de un pozo claro, admirando los insectos de grandes patas que rozan el agua lisa; llamaba con las manos, sonriendo, a todos los venados que, al borde de los claros del bosque, súbitamente mostraban la faz majestuosa y seria, entre los troncos de castaños; y parábase en las callejas verdes de humedad y de musgo para acariciar el dorso de los sapos.

Así el bosque se le tornaba familiar e íntimo y en él pasaba los días, en los retiros más densos, enterrado entre los verdes, agachado contra una roca, de bruces sobre un pozo de agua, sin moverse, vegetando en la dulzura infinita de sentir sus largos cabellos enmarañados entre las hojas, los hombros calentados por el mismo sol que daba en las piedras, las

S A N C R I S T O B A L

ranas saltando sobre sus pies como sobre troncos medio enterrados en las tierras húmedas... Solo el hambre le hacía recogerse a la cabaña. Sus pasos se desprendían con esfuerzo como si ya tuviese raíces; todo él olía a terruño y a humedad, y era en la penumbra de la tarde como un tronco que se separaba de otros troncos... Había crecido tan prodigiosamente, que se agachaba para trasponer la puerta de la cabaña. Como ningún taburete sostenía su peso, sentábase en el suelo delante del hogar a los pies del padre que quedaba embebido en el espanto y en la admiración de aquella fuerza...

El buen leñador ya no le decía al partir para el matorral: «Cristóbal, no salgas de nuestra huerta que te puede ocurrir una desgracia.» Y poco a poco comenzó entonces a recorrer, maravillado, los prados, las márgenes del río, los densos arbolados, hacia los cuales tantas veces se habían alargado sus ojos pasmados y erráticos desde la puerta de su cabaña... Lento e incierto, como una res extraviada, descendía por los caminos abiertos, orlados de sebes, parándose a cada paso, quedándose pasmado ante los trigales altos, ante los largos prados, suaves y dulces a la vista como terciopelo verde, todos adornados de margaritas, amapolas y botoncillos de oro; cortando por entre los chopos, iba a admirar, durante largas y mudas horas, el correr y el brillar del gran río, o penetraba bajo los pinares, donde se quedaba hasta el atardecer, vago y pensativo, respiran-

E Ç A D E Q U E I R O Z

do con espanto y amor la frescura, el silencio y el aroma de las resinas... Después recogíase a la cabaña despacito, con los brazos caídos, el semblante risueño y contento...

De noche soñaba con tiernos ramajes que le acariciaban el semblante, con aguas claras y frías que huían cantando entre sus pies desnudos, enterrados en la arena... Y cuando de mañana, cerrando la taravilla de madera de la cabaña, iba hacia los campos, en todo su corazón había como un deseo de abrazar, en un abrazo amplísimo, toda la tierra que veía, desde las flores silvestres de los caminos, hasta la vasta selva que cubría las colinas, magnífica y sombría... Pero había en él como una timidez, un pudor, que le contenía hasta de tocar las moras...

HABIENDO hablado de él los pajes que venían a la fuente a reír con las mozas, en las veladas del Castillo, el castellano quiso verle. Y una mañana, seguido del padre, le pusieron sus mejores trajes y subió la colina que llevaba al puente levadizo. Dos arqueros, con sayales de cuero, guardaban la puerta; y los mastines en el patio tiraban ruidosamente de las cadenas que les ataban, ladrando, con las patas levantadas, contra el gigante que pasaba. La fachada del Castillo erguía majestuosamente, con un alto portón ojival sobre peldaños de mármol, dos torres en los ángulos con tejados agudos, cubiertos de loza en pedacitos; y en cada ventana había un tiesto de barro amarillo donde crecía una mata de claveles.

Un paje le llevó por la escalera y habiendo levantado un cortinón de tapicería le dejó en una sala abovedada donde un tronco de árbol ardía bajo una alta chimenea y lanzas agudas brillaban, arrimadas a las paredes desnudas y frías... Un galgo blanco entró corriendo y ladrando y detrás aparecieron el castellano y una dama, con pajes que les seguían, y un clérigo que traía en la mano un breviario. Una túni-

ca de terciopelo orlada de pieles envolvía el cuerpo flaco del señor, cayendo sobre los zapatos puntiagudos, también orlados de pieles. La barba rubia avanzaba, dura y puntiaguda; la nariz era como la de un buitre; y bajo el gorro de terciopelo, la greña crespa huía hacia atrás, como un romeral enmarañado. El alto *beguin* (1) de la dama rozaba casi la altura de la puerta; su vestido oscuro arrastraba por las losas y los ojos bajos parecían contemplar las manos caídas y cruzadas, más pálidas que la cera, de las cuales colgaba un rosario. Un bufón al lado de ellos, culón y jorobado, posaba con orgullo burlesco la mano en las gruesas tazas de una espada de madera...

El padre de Cristóbal cayó de rodillas, y como Cristóbal permanecía en pie, con su gorro debajo del brazo, le tiraba por el sayal para que también se arrodillase... Sus rodillas por fin se doblaron, reso-

(1) Realmente aquí Eca de Queiroz se ve forzado a emplear la palabra francesa por no haber la portuguesa equivalente, como no la hay en español. El *beguin* francés es privativo de la alta Flandes y de Bélgica. Empléase, pues, una palabra francesa y aún no en su recto significado, pues en su primer sentido significa el capillo o gorrita que ponen a los niños desde que nacen, por extensión el capillo o gorrito característico de las damas flamenecas en el siglo XVII, y por más extensión aún, en el sentido figurado, significa en *argot* francés moderno «capricho» «amante de corazón de una mujer galante», y es el equivalente de *amant de cœur* en el lenguaje contemporáneo de las francesitas. Del *beguin* en su sentido tradicional arranca la palabra *beguinage*, casa de religión, muy frecuente en Bélgica, sobre todo en Brujas donde se recogen señores a hacer vida casi monjil. (N. del T.)

nando en las losas. Y delante el Señor retorciendo entre los dedos los pelos de la barba dura, la dama con una sonrisa tímida y el capellán con los brazos cruzados en el vientre, contemplaban los gruesos miembros de Cristóbal. A una orden del Señor, él se levantó y dió un paso. El Señor le palpó los músculos, le tiró incluso de la barbilla; a otra orden suya, tres hombres trajeron una enorme espada de hierro, herrumbrosa, que parecía la clava de Hércules... Con un movimiento ligero, Cristóbal blandíala en el aire. Entonces el truhán, arrancando su espada de madera, avanzó hacia Cristóbal con los ademanes de un espadachín; los cascabeles de su gorro tintineaban; su joroba retorciase grotescamente; y con una vocecita aguda gritaba: «¡Adelante! Dios lo manda...» Entonces Cristóbal bajó la espada de hierro; su boca se abrió en dos hendiduras, mostró una cavidad inmensa; y salió de ella una risotada enorme, tronadora, resonante, que sacudió los cristales entre sus junturas de plomo... La dama tapóse los oídos con las manos pálidas; los pajes por detrás ahogaban la risa; y con un gesto de su mano peluda, el Señor mandó que condujesen a Cristóbal a las cocinas...

Abajo, en la cocina, bajo la alta chimenea, grandes pedazos de carne asábanse en esteras delante de una hoguera enorme que crepitaba; mientras que en las cacerolas suspensas de las cadenas de hierro, el agua hervía haciendo palpar las tapas... Los cocine-

E Ç A D E Q U E I R O Z

ros con rollos de madera muy blancos, enrollaban mazas; un chorro de agua cantaba en una bacía de piedra; y dos ayas muy viejas, sentadas en escabeles, hilaban junto a la ventana donde crecían enredaderas... Un sieŕvo trajo una fuente enorme donde una enorme cuchara de madera venía espetada en la espesura de las legumbres y de las rajás de carne... Con la cabeza baja Cristóbal devoraba; pero junto a la puerta oscura, subían, viniendo de abajo, gemidos de hombres, como en el esfuerzo de cargar un fardo muy pesado... Cristóbal dejó la cuchara, limpióse la boca con el borde de la mano y desapareció por el arco oscuro; y de allí a poco subía, trayendo a cuestas una enorme pipa con aros de hierro; detrás venían dos hombres limpiando aún el sudor y jadeando. Para recompensar a Cristóbal, el cocinero le ofreció un frasco lleno; bebiólo lentamente, agarrándolo con las dos manos, con los ojos cerrados... Después, cogiendo su gorro de piel de conejo, salió... Las ayas corrían a las ventanas para verle. Sobre las almenas los hombres de armas se ponían de bruces; y él caminaba avergonzado, rascándose despacio la greña...

Entretanto sobrevino el invierno... Los caminos estaban blancos de nieve. Y sobre las ramas descarnadas y desnudas, los pájaros caían muertos... Una tarde el padre de Cristóbal volvió pálido de la selva y se sentó a la puerta a mirar hacia el sol que se hundía en el fondo del valle. Cristóbal estaba más adelante; sentado, afilando toscamente una lámina de hoz.

A N C R I S T Ó B A L

Cuando el sol se sumió, sintió por detrás un gemido; volvió el rostro; el padre estaba con la cabeza caída sobre la pared de la casa, la mano en el corazón... De noche los gritos de Cristóbal atronaban la aldea. Vinieron hombres con hoces de siega, mujeres encogidas en los mantos, levantando delante del rostro una linterna... El cadáver estaba estirado en el suelo bajo un sudario. Y a la puerta que llenaba con su vasto cuerpo, Cristóbal lloraba estrepitosamente...

Dos días y dos noches pasó Cristóbal tirado en la puerta, con el rostro contra el suelo; a veces un sollozo le sacudía todo; después su inmensa figura quedaba tan inmóvil como los troncos en derredor, derribados y rígidos. El invierno y el hambre habían esparcido por los caminos gente siniestra que asaltaba los caseríos. Una banda vino solapadamente en una de esas noches; y penetrando por la ventana abierta, robó todo lo de dentro; los vestidos, las herramientas, el grano del arca, las ropas del catre, mientras, postrado, Cristóbal roncaba lentamente, haciendo el ruido de un río en la oscuridad...

De mañana viendo la casucha vacía, Cristóbal desprendió de sus raíces un chopo nuevo, lo limpió de todas sus ramas y apoyándose en el vasto tronco subió por el monte y desapareció.

VI

DURANTE un año vivió en la sierra. Y poco a poco, en aquella soledad, lejos de toda vida humana, casi perdió la humanidad, y fué como un pedazo de la montaña que le rodeaba... Sentado durante días enteros, inmóviles sus gruesos miembros broncos, no se distinguían de las rocas; el mismo vendaval desgrenaba sus cabellos y los ramajes de los árboles; y su voz, cuando se elevaba, confundíase en el rugir de los torrentes. Las fieras no tenían miedo de él; y las aves posábanse sobre sus brazos como sobre troncos doblados... La sierra era solitaria. Antaño viviera allí un ermitaño; pero las penitencias le habían extenuado. Un ángel había descendido a buscarle, y la cabaña que habitaba, se había deshecho, plancha a plancha, bajo los chubascos del invierno... Durante un año Cristóbal no había visto una mirada humana posarse en él, ni una voz humana había alegrado su corazón.

Casí había olvidado a los hombres, y en su espíritu sencillo, solo muy confusamente quedaba la memoria de los lugares, de los caseríos y de los niños riendo por detrás de las sebes... Sus días pasábalos inmó-

E Ç A D E Q U E I R O Z

vil, mirando; a veces movía un brazo con la lentitud de una rama sacudida por la brisa; y cuando los truenos estallaban, levantaba un instante el semblante hacia el cielo, y después, recaía en su inmovilidad...

Un día, con todo, sintió tintinear de cascabeles y voces que hablaban. Y por detrás de unas rocas surgió una hilera de mulas cargadas, que hombres armados conducían. Como la noche caía, los hombres detuvieron en una abertura del bosque; de allí a poco ardía un fuego claro, manteles alfombraban el suelo y los hombres, sentados en rueda, pasaban de mano en mano una bota de vino... Cristóbal los acechó toda la noche, entre la selva; y le entraba una curiosidad infinita de oír de cerca sus charlas, beber en la bota y calentarse al fuego claro. Si ellos quisiesen, conduciría alguno de sus fardos...

Un extraño y singular impulso le llevaba a querer bien a aquellos hombres; y toda la noche rondó para que las fieras no atacaran el rancho. De mañana, enrollaron los manteles; la larga hilera de machos descendió la ladera y los cascabeles que tintineaban perdiéronse por las quebradas...

Entonces, un frío extraño, un frío que él no comprendía, que no venía del viento ni de la nieve, dejó aterido a Cristóbal hasta el corazón... Y a través de su sencillez sentía que no tendría tanto frío si oyese en otras ocasiones voces humanas, y los pasos de animales conduciendo fardos y una hoguera encendida por manos de hombres...

S A N C R I S T Ó B A L

Comenzó entonces a recorrer la sierra, los desfiladeros, los barrancos, los valles, los bosques, las rocas que conocía. Y cada vez aquella sensación de frío le atarazaba tanto y tanto, que súbitamente sentíase como exhausto; la cabeza colgábale entre los manos y densas lágrimas le corrían por el semblante...

La tarde caía; la noche venía llena de estrellas. Y Cristóbal, inmóvil, sentía, a través de las lágrimas, surgirle como visiones de cosas desvanecidas; una vieja cargada de leña, y jadeando bajo el fardo; niños que no podían pasar un río; una yunta de bueyes que no podía tirar de un carro cargado de piedras... Y le acometía un deseo humano de sacudir aquel frío, trabajando, cargando el fardo de la vieja, ayudando a la yunta de bueyes... Cogió un cayado y comenzó a bajar la sierra.

VII

UNA tarde en la fuente, las mujeres vieron como una torre que avanzaba; las más jóvenes huyeron de miedo, pero otras más viejas levantaban las manos y decían: «¡Es Cristóbal! ¡Es Cristóbal!...»

Su enorme cuerpo creciera aún más y su greña rubia estaba más alta que los más altos árboles; lento en los movimientos, parecía desprenderse del suelo con dificultad; todo él olía a terruño y a arbolado; una barba roja, como un leño quemado, le cubría el rostro; y sus ojos azules conservaban, como los de un niño, un espanto perpetuo.

Al llegar junto a la fuente bajó la cabeza, bebió con lentitud; después limpiando los labios, miraba con una buena sonrisa a las mujeres que, ya sin miedo, reconociendo al hijo del leñador, se juntaban en torno de él, rozándole con las tocas por la rodilla y levantando los ojos pasmados hacia las alturas de su rostro...

Obtuso de entendimiento, a nadie reconocía; pero sonreía siempre... Poco a poco, sin embargo, en la gran penumbra de su espíritu, seguramente surgie-

E Ç A D E Q U E I R O Z

ron ciertas memorias de los tiempos en que, aún pequeño, era el siervo de la aldea y sus enormes brazos se movieron con lentitud como buscando de nuevo fardos que levantar, debilidades que socorrer... Y casi inmediatamente, viendo a una vieja que pasaba inclinada bajo un haz de leña, quitóselo y se lo puso, como un simple manojo, debajo del brazo; después como pasaba un carro con piedra, tan pesado que los bueyes no podían tirar de él, desunció el ganado y cogió la lanza del carro. Pero divisando al molinero, que espoleaba su viejo burro cargado de harina, con sus cinco enormes dedos levantó los fardos del jumento, echóse encima de los hombros a un pobre viejo, manco que apenas se arrastraba; y así con el haz de leña debajo del brazo, el viejo colgado del cuello, los sacos pendientes de la mano, el pesado carro de piedra tirado por el otro brazo, comenzó a caminar hacia la aldea, seguido de las mujeres, que señalaban para los lados; para las puertas de los caseríos, y gritaban: «¡Es Cristóbal! ¡Es Cristóbal...!»

Despojado de los fardos, fué a sentarse en el crucero; y su cabeza llegaba al seno de Jesús crucificado y parecía descansar sobre él. Entretanto corría la gente de toda la aldea a ver a Cristóbal... Muchos hombres venían de la taberna, limpiando aprisa los labios; las mujeres venían hilando, otras trayendo aún en la mano las hortalizas para echar a los caldos. Los niños, al principio asustados, viendo que les extendía la mano con una buena sonrisa, saltábanle en-

cima de la palma y quedaban allí, riendo y saludando con los gorros como desde lo alto de una terraza. El Regidor de la comarca vino por fin delante de Cristóbal, girando los ojos redondos y rascándose la barba y hablando bajo al arquero que le seguía, desconfiado seguramente de aquellos fuertes músculos, que podían arrasar toda la aldea, robarlo todo y vencer a todos los arqueros; pero ciertamente sus cadenas no eran bastante fuertes para encadenar aquellas enormes muñecas por donde trepaban las criaturas como por troncos de olmos; y se alejó con dignidad, rascando siempre la barba aguda... En esto, dos mulas relincharon por el camino; y aparecieron dos guardianes del convento que, seguramente avisados, desviábanse de su ruta para ver al enorme gigante... Todas las mujeres doblaban la rodilla y los hombres, con los gorros en la mano, bajaban los ojos; y entonces el más viejo espoleó a la mula con los calcañares hasta hacerla llegar junto a Cristóbal. Para comprobar, con cierto temor, que en tan gran cuerpo no habitaba Satanás, hizo la señal de la cruz, murmuró tres veces el nombre de Jesús.

Cristóbal hizo también una cruz sobre la frente. Entonces, tranquilo, el guardián comenzó a andar en derredor de él, golpeando con los calcañares en los ijares de la mula para examinarle como un monumento... Y a cada grueso músculo, a cada detalle de fuerza, surgía una idea en él; y hablaba bajo al otro que aprobaba, con una sonrisa reverente. Por

E Ç A D E Q L E I R O Z

fin el guardián gritó: «Cristóbal, si quieres ganarte el sustento, vete mañana a maitines a la portería del convento...»

Los dos frailes picaron espuelas a las mulas. Poco a poco la gente se recogió a los caseríos de donde salía el humo de los hogares encendidos. Una a una las estrellas brillaban.. Y Cristóbal, sólo, cansado, se estiró junto al crucero donde el sacristán vino a encender una lámpara...

Estirado de espaldas, Cristóbal miraba las estrellas. Eran las mismas que tantas veces había contemplado en la sierra; pero le parecían más brillantes, más próximas, y derramando un calor como lámparas que iluminan una morada humana... Y él mismo al fin sentía venir de aquellos caseríos, que en derredor se encendían y enviaban su humo hacia el cielo, un calor que le penetraba hasta el corazón. Se adormeció sonriendo...

De mañana, llegó al otro lado del valle, enfrente del Monasterio. Una muralla le envolvía como a un castillo; y por detrás de la puerta, fuertemente claveteada, los perros inquietos agitaban las cadenas de hierro. En el patio enorme un haya cobijaba la rueda de un pozo. Altas fachadas con rejas en las ventanas, erguíanse en derredor; y al fondo, junto a la entrada de la capilla, había un banco de piedra donde un guardián leía el breviario.

Al ver a Cristóbal, cerró el breviario; y examinándole otra vez con satisfacción los enormes miembros

S A N C R I S T Ó B A L

serviciales. Después, por un pasillo alto y fresco, le llevó a un claustro que cercaba un jardín; alamedas enarenadas bordeaban los macizos de flores; en medio cantaba un surtidor; y un espacio, entre paredes que la hiedra revestía, estaba enlosado como suelo de iglesia... Allí cuatro frailes de hábitos arremangados jugaban a los bolos; otros, más lejos, conversaban, al sol; y bajo un bosquecillo, el Abad dormitaba con las manos cruzadas en el vientre.

Pero cuando Cristóbal se presentó, interrumpióse todo; todos levantaron los semblantes y corrió un rumor de espanto; y el guardián delante de Cristóbal, que titubeaba, con su gorro en la mano, le hacía señas de llevarle delante del Abad...

Su Señoría dió un salto en la silla al encararse con el monstruo. Después levantó las manos al cielo con ojos de piedad. Para mostrar la fuerza de Cristóbal, el guardián mandóle levantar una pilastra partida que yacía en el suelo. Cristóbal blandió la pilastra como un simple cayado; y todos los frailes retrocedieron con grandes *jahhs!* maravillados...

Cristóbal había sido traído para servir en el convento, haciendo el trabajo de muchos sirvientes. El ranchero preguntaba, no obstante, si esto era en realidad una economía; porque él comería igualmente la ración de muchos hombres. Los frailes argumentaban con gravedad. El Abad decidió, sin embargo. A más de la economía, el convento ganaba la gloria de poseer el más fuerte de todos los hombres. E inmedia-

E Ç A D E Q U E I R O Z

tamente Cristóbal fué llevado a las caballerizas, para limpiarlas.

Fué el siervo de la comunidad; y sobre él recayó todo el servicio del convento, donde había ochenta frailes, treinta novicios y dependencias innumerables... Barría los patios, limpiaba las mulas, cavaba las huertas, enjabelgaba las paredes, cargaba sacos de harina, acarreaba los haces de leña; y él era quien traía de las canteras las grandes piedras para las obras del lavadero. Durante largos meses, sus fuertes huesos crujieron bajo el trabajo violento. Sustituía a las cabalgaduras tirando de los carros pesados, con ejes de hierro... Todo el día, dentro del convento, en la huerta, bajo el sol o bajo la lluvia su fuerte figura se movía en un trabajo continuo; solo a veces descansaba para sacar del pozo un balde de agua, que ponía en la boca y secaba de un trago... A la noche, tendido sobre las losas del patio, dormía con un sueño de animal, entre los perros sueltos que le ponían las patas sobre el pecho, como sobre un borde de muralla, para ladrar contra los ruidos de la noche.

Todos los años, por la víspera de la Candelaria, el Padre Maestro reunía a los sirvientes e interrogábalos sobre la doctrina. Cristóbal no pudo responder ni siquiera recitar el Padre Nuestro. No sabía quien había creado el mundo; y éranle desconocidos los episodios del Paraíso. Aterrado con tan negra ignorancia, el Abad ordenó que Cristóbal asistiese a la cá-

S A N C R I S T O B A L

tedra de Historia Sagrada. Su inmenso corpachón no cabía en los bancos de la escuela; y el Padre Maestro dispuso que Cristóbal recostándose a la pared del patio, aplicase la cabeza a la ventana abierta del aula.

Cuando la campana de estudio tocaba, Cristóbal acercábase al muro; y su inmensa cabellera surgía en el parapeto de la ventana. Todos los discípulos se reían; y los más revoltosos tirábanle a los ojos cáscaras de frutas o lanzábanle, como pequeñas lanzas, plumas de pato que se le enterraban en la greña... El sonreía con paciente respeto...

Sentado en el estrado, el Maestro enseñaba; y Cristóbal, como a través de una niebla, entreveía las cosas maravillosas del comienzo del mundo... Un Dios enorme, grande como él, alargando sus brazos poderosos, separaba el sol y la luna; su voz era el trueno que rodaba; y su soplo, ora hacía inclinarse las selvas, ora contenía las olas... Pero los hombres comenzaban a poblar la tierra y Dios sentía al punto grandes cóleras. A su capricho las ciudades se derribaban, sepultando bajo las ruinas a las criaturitas que sonreían en las cunas; amplios prados se agostaban, y los ganados balaban lamentablemente de hambre; un gran terror invadía la tierra; y los hombres vivían en el espanto de aquella mano inmensa que solo salía de las nubes para arruinarlos...

De noche el dulce sueño huía de Cristóbal. Ya encogido volvía hacia el cielo sus ojos desconfiados.

E Ç A . D E Q U E I R O

¡Si Dios, reparando en él, de repente, hiciese caer sobre su persona el fuego que había quemado a Gomorra!... Todo ruido le inquietaba; y en una noche de tormenta sus gritos despertaron a todo el convento...

Pero en seguida el Padre Maestro comenzó a explicar los Dogmas. Y fué como si toda la tierra y el cielo perdiesen su realidad, quedando solo de ellas bajas nieblas que flotaban... En las alturas ya no gobernaba un hombre fuerte y viejo de luegas barbas; sino una trinidad que era de tres, pero que formaba uno solo, y era un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo que tenía alas... El pecado no era hacer mal, sino nacer; y el agua escurriéndose de una concha, lavábalo como una ropa sucia. Cristóbal abría los ojos desmesuradamente; y las prédicas del Padre Maestro eran como nieblas que fluctuaban intangibles, desvanecidas apenas formadas... Sentía como una tristeza ante aquellas cosas innaccesibles; y el suspiro que se le escapaba del pecho hacía volver la cabeza a los novicios que, a escondidas del Padre, le hacían visajes como de demonios...

Uno solo parecía simpatizar con Cristóbal. Era un mozo flaquito, que tenía su banco junto a la ventana sobre la cual caían los caracoles de sus cabellos rubios... Sus manos pálidas hojeaban ligeramente un folio; y había en todo él como la gravedad de un letrado y la dulzura de una virgen...

Todos los días Cristóbal le veía llegar de la aldea con su tintero metido en el cinturón, el rollo de

papel debajo del brazo; y todas las tardes le seguía cuando, terminada la clase, regresaba a la aldea, hojeando aún por el camino algún libro donde había letras de colores brillantes. A veces le veía detenerse y coger las flores silvestres del camino; alegremente, soltando sus largos cabellos hacia atrás, cantaba bajo la dulzura de la tarde...

Siempre que pasaba junto a Cristóbal, decía: «¡Dios te salve!...» Y Cristóbal sentía como una caricia en el alma. Muchas veces pensaba en él y volvía a la memoria lo que había oído al Padre Maestro de los ángeles que descendían a la tierra, y se mezclaban a las ocupaciones humanas. Iba entonces a colocarse en el camino por donde él pasaba. Y un día en que los caminos estaban humedecidos por la lluvia, Cristóbal ofrecióse para pasarlo al cuello... Desde entonces buscaba maneras de servirle. En los días de calor, tenía para él la jarra de agua más fresca; y en los días de frío, hacía de prisa, en el patio, un fuego de retama, para que calentase los pies húmedos antes de subir a los claustros.

Por fin, como el invierno se aproximaba, con los crepúsculos más oscuros, Cristóbal seguía en su regreso a la aldea, para protegerle de los malos encuentros; y cuando vinieron las lluvias, ofrecióse para llevarle auestas como si fuese un macho, hasta la puerta de su morada. Entonces, por el camino, conversaban en voz baja; Cristóbal contaba sus trabajos en el convento; el mozo decía sus deseos de

E Ç A D E Q U E I R O Z

ser militar, conocer el mundo, recorrer las ciudades... Su padre era el Regidor de la comarca y le destinaba para socerdote; pero él quería casarse con una prima, llamada Etelvina, que moraba al pie del castillo, más allá del Pozo de las Damas... Y un día en que así conversaba, el mozo confesó a Cristóbal que a veces iba a ver a esa muchachita, encontrándose con ella lejos, a orillas de un bosque; pero temía que les sorprendiesen los arqueros del padre que rondaban los campos o los siervos del castillo mandados por el padre de Etelvina. Si Cristóbal quisiese, podía quedar en la entrada del bosque, vigilando los caminos, como una torre, y si viese a alguien que se acercaba, avisarlos con un grito. Cristóbal dijo: «Iré adonde me mandares...»

VIII

EL sitio donde se encontraban era en un claro de árboles derribados, en el límite del bosque. Había allí una torre otrora erguida por el Conde de Occitania. El Diablo un día la había derribado; y aún se distinguían en las piedras tiznadas los vestigios de las garras del Tentador. Un terror apartaba de allí los pasos humanos; pero la abundancia de las flores silvestres, la dulzura de los musgos, ofrecía, a los audaces que allá llegaban, un asilo fresco de paz silvestre. Era allí donde se encontraban Alfredo y Etelvina... Para llegar más deprisa, Cristóbal cargaba a Alfredo sobre los hombros, y con zancadas de gamo, saltando los ribazos, trasponiendo los pantanos, llegaba allí primero a la fresca caída de la tarde. Por un camino que rodeaba la colina, veían descender a Etelvina, que levantaba su vestido ceniciento, por causa de los espinos de las sebes... Como volvía de la iglesia, traía un libro en la mano. Sus dos trenzas rubias caíanle por los hombros... Las largas pestañas de sus ojos bajos poníanle una sombra en el rostro, del color y la dulzura de una rosa blanca. Y junto a su escarcela, sonaban las monedas, las llaves,

el dedal, colgantes de la cintura por cadenas de plata. El buen estudiante doblaba delante de ella la rodilla; y cogiéndola por la mano delicada, caminaba con ella por el bosque, parándose para quitarle de la orla del vestido las zarzas que se le prendían... Ella tenía siempre para Cristóbal una sonrisa la cual subrayaba el brillo de sus ojos; y él, de pie, vigilando el camino, quedaba pensando en aquellos ojos que le parecían estrellas... En la arboleda en derredor cantaban las aves; un aroma de verdores, de pinares, de madreselvas, flotaba en el aire; y a veces los pasos de una corza rozaban entre la espesura de las hayas tiernas... Y Cristóbal, apoyado en un fuerte cayado lanzaba la mirada en derredor por el valle... Pero nadie se aproximaba a la torre de rruída. Y él, poco a poco, invadido por la dulzura de la tarde, pensaba en suavidades que recibiera; en la caricia de las manos de su madre sobre la greña crespa, en las fiestas y retozos de los niños que a veces sin miedo le trepaban por las rodillas... Una melancolfa le penetraba en el pecho... Y en su vaga ternura, deseaba apretar contra sí todo aquel valle, y las nubes de los cielos y el agua que huía cantando...

Entretanto Alfredo y su bienamada venían a reposar sentados en una piedra. El miraba la orla de su vestido, o apretaba sus dedos delicados, que arrancaban una a una las flores de las margaritas... A veces él cogía un ramo o cogiendo el libro de ella, que cayera a sus pies, volvía las hojas; ella in-

S A N C R I S T O B A L

clinábase y los hilos sueltos de sus cabellos rozaban los hombros de Alfredo; y muchas veces así se olvidaban de todo, con los ojos puestos en la misma página que no volvían, colorados, con el pecho palpitando...

Mas un día en que ambos paseaban lejos, al fondo de los pinares, con los hombros juntos, Cristóbal osó tocar el libro, olvidado sobre una piedra, y con sus dedos gruesos volver las hojas... Eran líneas negras que no comprendía; pero le entró una emoción delante de las imágenes llenas de color. Parecía ser una historia; y comenzaba por una criaturita que, en un corral, entre una vaca y un jumento, sonreía, coronada de estrellas, en las rodillas de una mujer pálida... Después la misma criatura, ya mayor y siempre coronada de estrellas, hablaba delante de un grupo de viejos barbudos, que alzaban las manos con espanto... ¿Quién era ese, pues, que tan joven asombraba a la vejez sabia?... Más lejos, los dedos de Cristóbal, volviendo las hojas duras, encontraban al mismo ser que reconocía por su nimbo de estrellas, ya hombre, envuelto en una túnica, paseando a orillas de un lago; y no cesaba más de aparecer, poniendo sus manos sobre los paralíticos, extendiendo los brazos hacia los niños, desatando las ligaduras de los muertos, consolando a las multitudes... Montado en un burro, penetraba por las puertas de una ciudad, entre un pueblo que le aclamaba, agitando hojas de palmas; sentado bajo un sicomoro,

oía a dos mujeres, que hilaban a sus pies; de rodillas, entre olivas, oraba sobre un monte; preso en medio de soldados con antorchas, comparecía ante un juez que levantaba el dedo, pensativo...

Y Cristóbal sentía una ansiedad de comprender, cuando vió delante de sí a los dos novios con los brazos enlazados que sonreían. Sorprendido, Cristóbal cerró el libro... Y como Etelvina, viendo su ancho semblante perturbado y lleno de piedad, le preguntaba si él amaba al Señor...; Cristóbal movió la cabeza sin comprender... Pues, ¿qué? ¿El no conocía al Señor y no amaba su dulzura? Tan gran oscuridad en aquel alma, la llenó de piedad y un escrúpulo le rozó las mejillas, pensando que, mientras ella se ocupaba de amar, alguien, al pie de ella, vivía sin conocer al Señor... Y entonces para que mereciese bien de Jesús, y para recompensar la protección de Cristóbal, ella pidió el Santo Libro a aquel sencillo hombre que lo ignoraba.

Fué al otro día, en una tarde de otoño. Ya los árboles se deshojaban; mas tristemente cantaba el cielo... Para oír mejor, Cristóbal se había sentado sobre un alto monte de piedras amontonadas... Alfredo, riéndose, había trepado a su enorme rodilla; y Etelvina sentóse en la otra rodilla tan ingenuamente como si fuera una roca o un rastrojo de hierba... Sus piecitos cruzáronse como los de un ángel; sus manos posábanse castamente en el regazo... En frente, Alfredo había abierto el libro; y con el vasto sem-

blante de Cristóbal entre ellos, era como si estuviesen sentados en los miembros fríos y duros de una enorme estatua de piedra...

Y toda la tarde, en el silencio del arbolado, Alfredo leyó la vida del Señor... Contó de la estrella brillando sobre su cuna, y de los pastores viniendo de lejos hacia él, mezclados con los Reyes que traían tesoros... Después, hombres duros llegaban con alfanges; y el Niño sonreía adormecido en el cuello de la madre, mientras la burrita—toc, toc...—los llevaba hacia Egipto... Allí reposaban bajo una palmera; el sol rojo descendía en las arenas del desierto; y el Niño, riendo, tiraba de las barbas de su padre, cuyo cayado florecía como un ramo de azucenas... Pero ya era tiempo de que, con el largo rollo sobre las rodillas, Santa Ana enseñase a leer al Niño; su padre sonreía por detrás entre su larga barba; San Juanín, al lado, escuchaba con la manecita apoyada en el rostro; y dos ángeles en lo alto levantaban la mano, detenían los vientos para que ningún ruido perturbase al Niño que aprendía... En seguida el Niño aprendió porque he ahí que los viejos barbudos, de mitra, alzaban los ojos espantados de su sabiduría...

Cansado de leer, Alfredo deteníase con el dedo entre las hojas del libro. Y en el semblante ingenuo de Cristóbal había tanto espanto como en el de los doctores y sus gruesos labios temblaban... Y murmuró humildemente, lleno ya de amor:

—Pero ¿qué hizo el Niño?...

E Ç A D E Q U E I R O Z

¿Quién sabe?... Un dulce silencio caía sobre la tierra... En Nazaret, el carpintero cepilla su tabla; y San Juan, con los cabellos al viento, marcha hacia el Desierto... Pero ya a lo lejos brillan las claras aguas de un lago, con barcos amarrados en la arena; Jesús habla despacito, levantando el brazo; y los pescadores dejan sus redes, los sembradores olvidan la sementera, los publicanos abandonan sus puestos, los mendigos salen de los recodos de las carreteras; y Jesús, seguido de todos, comienza a caminar por la Judea... Una incomparable dulzura llena la vida de los hombres... Jesús está entre ellos. Los que no podían ver, aclamaban el esplendor de la luz; los que no andaban, trepaban, cantando, las colinas; todos los demonios se escondían; los muertos desataban sus ligaduras; no hay dolor que no espere consuelo; los niños tienen un amigo y las multitudes, en las aldeas, ven el pan multiplicarse...

¿Por qué va a Jerusalem, tierra áspera, donde los hombres, con las barbas agudas, gritan unos contra otros, blandiendo rollos de la Ley?... Pero ¡qué imortal... Va para hacer a los hombres mejores; y el pueblo va con él, cantando y entonces el cielo comienza a ponerse oscuro... Los Fariseos conspiran en voz suave bajo los arcos del Templo. Y una ansiedad pesa sobre la tierra...

Y una ansiedad henchía también el semblante de Cristóbal. ¿Por qué no había permanecido él siempre niño, sobre las rodillas de la madre, cuando la

S A N C R I S T O B A L

estrella refulgía, y él extendía la manecita hacia el hocico de la vaca?... O si debía de ser hombre ¿por qué dejó la orilla del lago y los caminos verdes donde a cada uno de sus pasos la tierra se tornaba mejor y mejor el alma de los hombres?...

—¿Tienes pena, Cristóbal?...

Era Etelvina quien así murmuraba con los ojos apiadados. El movió la cabeza en silencio. Su amplio pecho jadeaba, y un terror le invadía de ver a Jesús tan bueno en aquella ciudad donde los hombres eran tan duros...

—¿Y después?...

Alfredo contó entorces los días postreros. Tristemente, Jesús, solito, sube al caer de la tarde hacia el vergel de Bethania... Allí son las melancolías de una felicidad que acaba... Magdalena, desgñada, lava sus pies cansados... Marta hila con un hilar tan lento como si hilase un sudario... Pero ya se sienta Jesús para la última cena. San Juan inclina la cabeza sobre el seno del Maestro. Judas aprieta bajo la túnica su negra bolsa... Jesús dice: «En breve no estaré más entre vosotros...» La noche es oscura; Jesús sube despacito el monte donde hay olivos; y un ángel, todo cubierto de negro, marcha en el aire a su lado... Un viento atraviesa el ramaje de las olivas... Un rumor de armas viene con el viento que pasa...

En los ojos de Cristóbal burbujeaban gruesas lágrimas. Y Alfredo contaba las antorchas surgiendo

E C A D E Q U E I R O Z

en la oscuridad de los ramajes, los soldados brutales y la prisión del Señor... ¿Por qué le prendían así y le llevaban a él más dulce que un cordero? ¡Helo ahí que pasal! Y sus pies, que encontraban el camino del bien, sangran bajo las losas duras, de casa de Pilatos a casa de Caifás... Trae sangre en el rostro, las manos arrancadas con cuerdas, los hombros destrozados por los vergajos; y su dulzura es tan grande que dice: «¿Por qué me golpeais?...» La cruz que le dan es tan pesada que cae una y otra vez, hiriéndose las rodillas en las piedras con grandes gotas de sudor en el rostro... Pero he ahí que suben la colina todos en tropel; clavan con grandes clavos sus manos sobre el madero; clavan en el madero sus pies.. Y del agua con que secaba la sed de las multitudes pide, sin que nadie le escuche, un trago que mate su sed... Los hombres malos tiraban piedras a su cruz. ¡Y todo el mal se hacía a Aquel que no había hecho sino el bien!...

Y entonces un gran suspiro atravesó el vasto pecho de Cristóbal, y en la soledad del bosque, gritó:
—¡Oh! ¿Por qué no estaba yo con mis brazos?...

Los dos enamorados estaban en pie delante de él y el hombre enorme lloraba... Lloraba por la muerte de Aquel a quien había conocido tan tarde. Lloraba por todos los que, muerto él, perdían el mejor amigo de los hombres...

—Pero ¿por qué le habían matado? ¿por qué le habían matado?...

S A N C R I S T O B A L

Y Cristóbal, dejando a los novios, abandonó la colina llorando ..

La noche caía en el valle... Un viento triste doblaba loscañaverales. Cristóbal andaba y lloraba. Sus pies enormes empujaban las rocas como guijarros. Su hombro, al pasar, quebraba las ramas tersas... ¡Oh, si él estuviese entonces en el monte oscuro donde lo prendieran!... Su brazo sacudiría, como hierbas secas las espadas relucientes... Cogería sobre sus hombros al Maestro adorable. Huiría con él hacia la paz de los campos; y como un perro fiel, siguiendo sus pasos, defendería de los soldados y de los sacerdotes aquel cuerpo que era de Dios y esparcía a Dios entre los hombres...

La noche había caído; Cristóbal se detuvo. Y sentado sobre una roca, con gruesas lágrimas sobre el rostro, miraba las estrellas que, una a una, marcaban los puntos del cielo. Era allí, en aquella altura, donde él habitaba... ¡Oh, si él pudiera subir allí y ver cómo era su rostro y sentir la dulzura de sus manos!... ¿Por qué no volvería él más para consolar a los pobres, secar las lágrimas, acariciar a los niños y alimentar a las multitudes?... Ahora que todos le amaban, nadie le prendería; el camino que siguiese sería alfombrado de rosas; los Obispos, en sus capas de oro, cantando y balanceando los incensarios, vendrían a su encuentro... ¡Y para defenderlo, los Barones correrían, cubiertos de hierro y con lanzas, en sus grandes corceles!... ¿Por qué no volvía?... El seguiría

E Ç A D E Q U E I R O Z

por el mundo sus pasos ligeros; a cada instante apartaría las zarzas, para que no le pinchasen; con grandes gritos espantaría los perros que ladran a las puertas de los castillos; fardos que hubiese, con alegría él los llevaría; sólo él y nadie más cogería los frutos para el Señor, o iría a buscar agua a los mejores manantiales... De noche, haría con ramas una cabaña para abrigarle de los malos vientos; y extendería su brazo para que en él reposase su cabeza cansada. Y pensando así, un inmenso amor henchíale el pecho; y de pie en su roca, sus brazos extendíanse hacia el cielo para estrechar en ellos a Aquel que, por salvarle, fuera clavado en la cruz. Y tres veces llamó: «¡Jesús, Jesús, Jesús!...»

Entonces, cerca de él, oyó como un llanto que rasgaba el silencio de la noche. Venía de lejos, de donde brillaba una luz de cabaña... Sus pasos fueron hacia allá, hollando tierra fresca... Y más cerca reconoció el sollozar de una mujer que lloraba... Sin duda alguien sufría mucho... Había allí orfandado viudez, una miseria que alzaba los brazos hacia el cielo... ¿Por qué no venía el Señor?... Si él habitase la tierra, hacia aquel caserío se encaminarían sus pasos... El iría detrás humildemente, siguiéndole. Pero Jesús estaba más allá, detrás de las estrellas... ¿Por qué no iría él como si siguiese al Señor?... Más vivo y triste, el llanto cortó la noche... Y Cristóbal, despacito, llamó a la puerta del caserío...

IX

LARGOS días han pasado y Cristóbal en la aldea es aún siervo de todos... Nunca más traspuso las puertas del convento; porque habitan allí la paz y la abundancia, el granero está lleno de trigo, la bodega llena de vino; una gran alegría y orgullo reinan en los corazones; y hacia allá no irían de fijo los pasos de Jesús ni los suyos siguiendo a su Señor... Pero en la aldea hay los viejos, los mendigos, los tristes, los huérfanos, las viudas; y la fuerza de sus brazos pertenece a esos, como el amor de su corazón, porque así lo mandaría su Señor...

Sencillo y tímido, Cristóbal impone sus servicios; pero toda debilidad, que recurre a su fuerza, gana la gratitud de su alma. Y poco a poco, sintiendo en él un amparo, todos los débiles vienen a él; desde que nace la estrella del alba hasta que la noche cubre el valle, Cristóbal trabaja con tanta alegría que el peso de los mayores fardos le parece una caricia y en las heridas peores de curar siente un perfume inefable. Labra la tierra de los ancianos, desbasta las selvas a grandes hachazos; seca los pantanos con gruesas pipas que carga a las espaldas; transporta a

E Ç A D E Q U E I R O Z

los cojos a hombros; guía los pasos de los que no ven; va a lo lejos a mendigar el pan y la leña de los pobres; mece las cunas, cava las sepulturas de los muertos; y cuando no hay viento, él, estirando los brazos, hace girar la muela de los molinos.

Constantemente su nombre es pregonado por encima de las vallas de los caseríos. Este tiene el pollino enfermo y es Cristóbal quien lleva los fardos; aquel necesita un segador y Cristóbal parte con la hoz; aquel techo necesita tejado y Cristóbal lo trae a brazadas; para hacer la casucha de una viuda no hay piedra y Cristóbal regresa de la remota cantera gimiendo bajo los bloques de roca... Es Cristóbal quien sopla el fuego del herrero; es Cristóbal quien sacude a maitines la cuerda de la campana; es él quien, solito, abre en los fangales la carretera nueva; es él quien excava los pozos en los patios de los caseríos... Por las noches estaba postrado. Cuando los crudos inviernos humedecían la aldea, cobijábase en un vasto tejadillo que apenas lo cubría todo; en verano extendíase junto al crucero y los primeros pájaros, piando de madrugada, posábanse sobre sus hombros como sobre colinas oscuras.

Los domingos descansaba y ese era su día mejor, porque las criaturas jugaban con él. Sintiéndole dulce y paciente, todos los niños corrían hacia él como hacia un gran animal que les divertía y trepando por él, sentían como el vivo placer de trepar a árboles y a torres. A veces, con las manos posadas en la tierra, él

S A N C R I S T Ó B A L

ofrecía su enorme dorso en que cabalgaban, atados por las cinturas, una larga hilera de cuerpecitos ágiles y vivos, y dando cabriolas, imitaba entre risotadas alegres, el rugido del león o el heroico relincho del corcel. A más de eso sabía hacer con sus manos velludas y llenas de tierra toda suerte de juguetes; flechas de caza, pequeños carros que rodaban en el polvo, barcos con velas para bogar en el fango... Para todo le tenían dispuesto los niños; y solo se negaba cuando trataban de estropear la fruta verde o de hacer daño a los mirlos...

Mas de todas las criaturas de la aldea, una gobernaba soberanamente su corazón. Era la hija de una viuda; de aquella que Cristóbal oyó llorar y a la puerta de quien llamara, como mandado por Jesús, su amo... El padre había muerto en esa noche; y a la pobre mujer no le quedaba nadie en el mundo para cultivar las tierras y cuidar de las ovejas... Pero desde esa noche otra gran fuerza vital había entrado en la casucha... Cristóbal fué el siervo fiel; y ninguna huerta en la aldea estuvo mejor regada, ningún ganado apacentado en prados mejores, ningún terruño más hondamente arado... Una risa de la criatura (que se llamaba Juana) y su ademán de tirarle de las barbas, recompensábale de todo el trabajo... Aún jugando con las demás, era en Juana en quien pensaba. De noche rondaba a la puerta del caserío, a escuchar si lloraba en la cuna. Temprano de mañana, iba a apostarse en la huerta, entre los limoneros, a la espera de

que ella corriese desde dentro con sus bracitos abiertos; y todo el día quedábase sintiendo en los cabellos y en las barbas la dulzura de sus manecitas, que le tiraban de ellas. El amábala por toda su persona; por el hoyuelo de las mejillas cuando reía, por la gracia de su voz vacilante, por sus pies mal seguros sobre la tierra labrada... Amábala, sobre todo, por su debilidad; y no preveía vida mejor que pasarla eternamente sirviéndola y ser alegremente pellizcado por ella... Su placer mayor era traerla a horcajadas sobre los hombros; ella reíase, agarrada a sus largos cabellos; y él caminaba grave y vanidoso como si condujese la sagrada hostia...

A veces comparábala al Niño, al Niño divino, que reía en su corral y aprendía a leer en el gran libro de Santa Ana. Sus ojos claros y grandes debían ser como los de Juana... Y su pesar era no saber leer para abrir sobre sus rodillas un libro donde su dedito clavado fuese siguiendo las letras gruesas... Seguramente Jesús, si conociese a Juana, la había de amar. Era inocentina como una flor de las zarzas del sendero; y su ángel de la guardia esperaba quieto, cuando ella se detenía en el camino, removiendo la tierra en busca de bichos... Por muy lejos que anduviese trabajando, sentía la voz de Juana si ella le llamaba, como si la voz viniese de arriba, del cielo; y aceleraba entonces el trabajo, la fuerza de los brazos, para correr a su encuentro, no olvidándose de traer las moras de que tanto gustaba o madroños menos colorados que

S A N C R I S T O B A L

su carita... Durante horas enteras andaban entonces de camaradas; Cristóbal era tan sencillo que, para entretenerla, sólo sabía repetir la voz de los animales y danzar pesadamente como un oso... La madre decía:

—Cristóbal... Cristóbal... mucho tiempo gastas con la nenita... Mira la leña... Mira el ganado...

El bajaba la cabeza, abría la cancela, y aún se volvía ya lejos para sonreír con su amplia faz iluminada...

Ahora en medio de esta felicidad, comenzó una murmuración en la aldea. El guardián del convento no perdonaba a Cristóbal que hubiese abandonado los servicios a su orden; y los frailes que pasaban o los que venían a predicar a la tarde en el atrio, decían después que, según los libros, todos los gigantes tenían pactos con Satanás. Sin duda este era suave y servicial. Pero ¡así eran las artes de los siervos del Demonio, que durante un tiempo se hacían dulces y afables para mejor apoderarse de las almas!... Las mujeres, al oír esto, quedáronse pensativas. Era entonces en Mayo; ya las acacias tenían flor y las primeras espigas de los trigos salían de la tierra y los prados se enverdecían... Pero he ahí que una noche grandes relámpagos refulgieron sobre el valle; un trueno rodó sobre las sierras, y súbitamente, con el estallido de lanzas entrechocando, cayó el granizo... Largo tiempo cayó, arrasando el tejado de las casuchas, matando los rebaños nuevos, estropeando las

E Ç A D E Q U E I R O Z

frutas, devastando el ganado en los apriscos... A la mañana siguiente toda la aldea estaba pobre; y los hombres corrían por los campos mirando los destrozos, mientras las mujeres, juntas en el atrio, gemían como en un funeral... Un clérigo vino al punto del convento, y extendiendo la mano, demostró que por causa del endurecimiento de las almas había venido aquella tribulación... ¿Por qué persistían en tener por camarada un siervo del Demonio?... Cristóbal, como todos los gigantes, era un emisario de Belzebú; veíasele el infierno en los ojos, en las barbas que el fuego hiciera ásperas y en su fingida humildad... Pero ellos continuaban dándole el pan y la sal y he ahí que el Señor les devastaba las sementeras... Toda la tarde habló así, mientras Cristóbal sudaba por el campo, juntando las ramas caídas, secando los charcos, arreglando los techos de los caseríos...

Los hombres, entretanto, cogían sus cayados. El Bailío, llamado a capítulo, tocó la trompa para reunir a sus arqueros... Las mujeres escondían a los niños; otras plantaban cruces a la puerta de casa. El Abad mandó tocar la campana. Y era como cuando en la aldea aparecía una bandada de lobos...

Cristóbal debía venir por una senda, donde se apostaron los hombres con sus cayados; los arqueros con sus arcos tensos; y el clérigo, detrás, alzando la cruz con mano trémula... Y en un grupo, las mujeres de aldea, hasta las viejas tambaleantes, esperaban ver al hechicero golpeado o expulsado... Todos ha-

bían recibido los servicios de Cristóbal; a todos había cavado la tierra, transportado las carretas, cortado la leña, esquilado el ganado... Mas en cada uno de esos servicios, cada cual veía ahora como un ardid de Satanás... Mil cosas recordaban para condenarle... Una noche había aparecido un viejo desenterrado. ¿Quién lo desenterrara sino Cristóbal? A veces de noche, lucían en las tinieblas de la aldea dos grandes ojos rojos... ¿De quién serían sino de Satanás que venía alta noche a conversar con Cristóbal? ¿Por qué no rezaba nunca en el atrio?... Otros acudían afirmando que tenía en las espaldas pintada una calavera... Ciertamente que era la señal de la Muerte. Y algunos que dudaban, acordándose de su dulzura, de su bondad, temían defenderle para que no pareciesen delante del fraile tener inclinación por el enemigo.

Así le esperaban cuando, por el camino que descendía de la sierra, apareció Cristóbal inclinado bajo un inmenso haz de troncos... El clérigo levantó inmediatamente en alto el crucifijo y los arqueros estiraron los arcos... Y del bando salió un clamor mientras se bajaban a coger gruesas piedras...

Cristóbal deteníase espantado: y tan seguro estaba del amor de todos, que se echó hacia atrás para ver qué enemigo ruín u hombre de valor subía el camino y despertaba así la cólera de la aldea. Pero el camino estaba desierto y ya oscuro... Y era contra él contra quien el fraile levantaba la cruz y los

honderos apuntaban los dardos, y los puños temblaban de cólera en el aire!...

—¡*Vade retro!* ¡*Vade retro!*—gritaba el fraile.

—¡A los cuervos, a los cuervos, el maldito!—clamaba la multitud.

Dejando escurrirse de los hombros el haz de troncos, Cristóbal alzó el rostro y alargó los brazos; y durante un momento el espanto hizo tan feo su semblante que el grupo retrocedió y las mujeres huyeron alzando los brazos... Pero el fraile, con el crucifijo trémulo en el aire, acumulaba los exorcismos; el Bailío con la vara espoleaba a la multitud; y las piedras salieron, arrojadas con tanto miedo que todas se perdieron en el matorral de alrededor... Entonces, sin temor, Cristóbal dió un paso lento. Sus ojos abotargados sondeaban la turba ruidosa; veía allí, gritando contra él, a todos los que había auxiliado; el molinero, a quien sirviera de noria y cargara los fardos, blandía contra él un cayado; la viuda del herrero, a quien soplara la fragua, tenía dos piedras en las manos; y las criaturas que él acariciaba en el atrio, gritaban: «¡A los cuervos! ¡a los cuervos!...» Entonces un gran dolor atravesó su corazón sencillo. La aldea no le quería ya... Como un bicho de mal agüero, como un lobo, era acorralado. Dos lágrimas nublaron sus enormes pupilas que refulgían; y bajando la cabeza con humildad, Cristóbal bajó por el camino... Entonces la multitud cobró ánimos... Las piedras, volteando, dieron en sus espaldas, can-

sadas de todos los fardos; una saeta enmarañóse en su guejeja hirsuta... Cristóbal desapareció...

Delante de él estaba la sierra; hacia la sierra subió lentamente. Y una sola duda, tumultuosa, brotaba en su corazón; ¿por qué le habían perseguido? ¿Qué había hecho él? Amaba a todos, servía a todos... ¿Era que su trabajo no parecía bastante útil?... El no podía sacar más fuerza de sus músculos ni hacer que para la faena fuesen más largos los días... ¿Por qué le apedreaban entonces?... Y un recuerdo entró en su alma: la memoria de Jesús, que solo había hecho el bien y a quien los hombres habían flagelado contra una columna de piedra... El era, pues, como el Señor, un perseguido... Y un amor mayor crecía en su alma por Jesús, sintiendo confusamente que había entre sus destinos una igualdad de sufrimiento... Sus brazos alzábanse hacia la luna que subía... Allí en las alturas estaba el Señor... ¡Y aún viendo la luna tan brillante y triste, pensaba si no sería esa la faz del Señor!...

Así pensaba, sentado en una roca. Los ojos del lobo habían lucido en el matorral. El pensó que tal vez, hambriento, el lobo descendiese a la aldea. Y erguido, lanzó un clamor, espantó a la fiera hacia las alturas, lejos de las sendas que descendían a la aldea... El veía esos caminos entre los pinares... Y abajo las luces mortecinas; más lejos, el Pantano de la Dama, brillando, como un disco de plata... Allí estaba la casucha donde a esa hora Juana dormía... Nunca más él la vería acostada en su canastilla, cu-

bierta con el manto negro de la madre. Nunca más sus manecitas le tirarían de las barbas... Y una tristeza inmensa le atacaba, un deseo de acostarse para siempre en la sierra y quedarse allí hasta que sus huesos blancos no se distinguiesen de las blancas rocas... Pero ¿quién haría reír a Juana como él, cuando la levantaba en brazos hasta la rama de los más altos pinos?... ¿Y quién labraría el campo de la viuda?... Esa, sin duda alguna, lamentaría su salida de la aldea. En ella siempre había encontrado dulzura y un rostro que sonreía en su tristeza. Si ella le viese, de fijo que le diría: «¡Cristóbal, mira el ganado; Cristóbal, mira la leña!...» Si los otros le perseguían, ella al menos le acogería... Y ahora Cristóbal esperaba la madrugada para descender a la casucha de Juana.

Tenue y fresca, la madrugada nació por fin en la sierra. Rastreado entre las arboledas, agachado para que su cabeza no fuese vista por encima de los árboles, bordeó la sierra y vino a la casucha de la viuda... La cancela estaba cerrada... El gallo cacareaba sobre el montón de malezas. Ya sin duda la lumbre se había encendido allá dentro porque de la tejavana salía humo; y las alondras cantaban muy alto, bajo el cielo claro... Cristóbal apareció por detrás, enfrente de la puerta del corral. Un grito asustado rasgó el aire... La viuda había visto a Cristóbal y, arrebatando a Juanina, que jugaba en el suelo, huyó para dentro de la casucha, gritando como el clérigo: «¡Abrenuncio!»

S A N C R I S T Ó B A L

Cristóbal quedóse inmóvil. ¡También ella, pues, le temía y no le quería más!... No había ya en toda la aldea un corazón que se acordase de él. Los niños huían de él... ¿Por qué? Lentamente alejó sus pasos, tan triste, que el canto de las alondras casi le hacía llorar. Al lado, el Pantano de la Dama refulgía como un espejo redondo. De bruces sobre él miró su semblante... Entonces, por vez primera, sintió su fealdad. Seguramente le repelían por ser disforme. Ese era su pecado... Y cargado con el peso de su fealdad, Cristóbal dejó para siempre los lugares donde había nacido...

DURANTE muchos días caminó. El país era desierto, con rocas y grandes despeñaderos... La sed llevóle a un regato, que cantaba entre piedras. Bebió y fué siguiendo aquel agua clara que huía... Al fin de largas marchas encontró un río. Colinas suaves donde blanqueaban las casas, levantábanse de las dos márgenes de la corriente serena y muda, orlada de álamos. Un puente antiguo ligaba las dos márgenes, y después de pasarlo, divisó, levantados, recortados en la mañana clara, los muros de una ciudad. Casi de repente dos puertas crugieron, bajo una torre que encimaba la muralla. Y de ellas irrumpió una multitud que huía... Era gente que traía a las espaldas los jergones y los jarros del agua. Los niños, llorando agarrábanse a las sayas de las madres; los viejos levantaban los brazos para que esperasen por ellos; por momentos, todos se apartaban para dejar paso a algún caballero que, embozado en el manto y la pluma del sombrero al frente, se escapaba al galope de un jinete flaco... Un humo, como de hogueras subía por detrás de las murallas; las almenas no tenían

E C A D E Q U E I R O Z

centinelas; y todo el aire estaba lleno de dobles de finados, campaneado en las torres...

La turba que huía, viendo a Cristóbal, corría más espantada, tropezando, cayendo bajo el peso de los fardos; él extendía los brazos para amparar a los viejos; el terror crecía; y en torno de sus piernas, como en derredor de las torres, la multitud se desbandaba gritando...

Llegó por fin a la entrada de la ciudad. Dos soldados atónitos, cerraron las puertas. Cristóbal saltó el pozo, traspuso las murallas. Delante de él extendíase una calle, con trapos caídos en medio de los montones de estiércol; y todas las puertas estaban cerradas bajo las muestras comerciales, que crujían en el asta de hierro al viento agreste... Un hálito temible tornaba en el aire pesado; y dos frailes, levantando el hábito, huían de un hombre, que se arrojara al suelo, la cara toda verdosa, la boca toda abierta de par en par, y clamando por agua... Cristóbal corrió hacia él, levantóle en los brazos y llevóle a una fuente donde el agua corría a chorros... El hombre bebió a grandes tragos; sus piernas se enderezaron y quedó en las rodillas de Cristóbal, muerto, ya casi descompuesto. Pero, de una casa próxima, sonaron gritos y levantando el rostro, vió una vieja desgredada, que de la ventana donde quedaba un tallo de flor seca en un tiesto, clamaba socorro retorciendo los brazos... De las ventanas vecinas semblantes pálidos escudriñaban. Más lejos surgieron nuevos llantos...

Cristóbal, habiendo puesto el cadáver en el suelo, miraba espantado sin comprender el dolor que parecía pesar sobre la ciudad... De una taberna súbitamente salieron soldados bebidos, tropezando, cantando, con los semblantes lívidos de una noche de vino y de orgía... Cristóbal iba a interrogarles, cuando repentinamente cayó uno de ellos retorciéndose en una agonía... Los otros, súbitamente desembriagados, huyeron. Y Cristóbal acudía al agonizante cuando éste quedó yerto, muerto.

Al fondo de la calle pasaba una procesión en que un clérigo de túnica blanca, levantaba un relicario que relucía, mientras varias mujeres, detrás, descalzas, desgrenaadas, torcían los brazos, clamando al Cielo misericordia... Las campanas no cesaban en sudoble de finados; y algunos hombres trayendo barricas de brea, encendían en las esquinas hogueras que subían al aire, haciendo estallar los cristales de las celosías...

Un panadero, más pálido que una antorcha, abría en una esquina las puertas de su tienda, Cristóbal dirigióse a él, y encorvándose, con las manos en las rodillas, preguntóle qué mal corría en la ciudad, y por qué sonaban tantos llantos. El hombre retrocedió inquieto, preguntando a su vez si él había venido con saltimbanquis para exhibirse. Cristóbal dijo que no, y con un gesto mostró el horizonte distante de donde venía. Entonces el hombre le aconsejó que huyese, porque la ciudad toda moría de peste negra.

Cuando así hablaban un ruido de cadenas arrastradas resonó en el enlosado. Y dos hombres, con esposas de hierro presas a los pies, aparecieron trayendo a un muerto en una camilla... Detrás otros hombres, de rostros siniestros, con cadenas en los pies, traían otros muertos... Eran los forzados de las galeras que iban a enterrar a los muertos, custodiados por soldados, que hacían estallar en el aire largos látigos de cuero... Entonces. Cristóbal tomó en hombros a los dos muertos que yacían junto a la fuente, y comenzó a seguir a los forzados... Así salieron a las puertas hasta llegar a un olivar donde estaba plantada una cruz... Una valla irregular y tortuosa atravesaba bajo el ramaje pálido. Aprisa los forzados arrojaron a los muertos hacia dentro y con la azada echaron sobre ellos una ligera capa de tierra... Al ruido, bandadas de cuervos, que se posaban en las olivas, batieron el suelo, graznando furiosamente.

Cristóbal sacudió las manos de la tierra y sin atender a los clamores de los soldados que le llamaban, retiróse a la ciudad, al acaso, por otra puerta, que estaba toda ocupada por otro funeral, donde había frailes, escuderos, con cirios en torno de un ataúd, cuyo paño de terciopelo tenía un blasón bordado. Entonces todo el día recorrió las calles, socorriendo a los que caían, desviando a los muertos del medio de las calzadas; y al oscurecer ya se tornara tan familiar que desde las celosías gritaban: «¡Eh, hom-

S A N C R I S T Ó B A L

bre!»... El venía, cargaba a los muertos, hacía la fosa, limpiaba las inmundicias de los patios, corría a llenar las jarras de agua, y hasta alimentaba a los niños que lloraban solitos en las casuchas...

Como en todas las casas había un muerto, y se temía el contagio, la multitud erraba por las calles, entregada al terror y al delirio... Las mujeres, los viejos, corrían a las iglesias, a implorar las reliquias, saltaban por encima de los cadáveres que atascaban los atrios. Otros, creyendo que el mundo iba a acabar, corrían a las tabernas, derribaban las pipas, y las blasfemias de los ebrios juntábanse al llanto de las mujeres. A cada esquina había riñas; y a veces en una calle desierta, donde todos los moradores habían muerto, Cristóbal tenía que expulsar a los puercos, que roían huesos humanos... Los animales abandonados recorrían las calles y a veces un caballo espantado o un toro huído del matadero, corrían y pisoteaban y atropellaban a la gente y era Cristóbal quien los reducía con sus enormes puños...

A cada instante los gritos de los enfermos abandonados le detenían... A rastras introducía su vasto cuerpo por las escaleras estrechas e iba a dar de beber a los enfermos, a limpiarles las inmundicias, ofrecerles su vasto pecho para que muriesen sobre el calor de un corazón humano. A veces un moribundo quería la Extrema-Unción; pero los clérigos habían huído, los pocos que aún había no bastaban

E Ç A D E Q U E I R O Z

para tantos moribundos; y Cristóbal, cogiendo un crucifijo, de rodillas, clamaba junto al lecho fétido: «¡Jesús, Jesús, Señor mío, atiende a este desgraciado!»

Todas las noches había grandes penitencias. Bandadas de hombres, de mujeres semidesnudas, corrían las calles, rasgando las carnes, cubriendo el semblante de lodo, cantando cánticos feroces en que las invocaciones al Señor se confundían con llamamientos al Demonio. A veces, de repente, una voz gritaba: «¡Es culpa de los judíos!...» Y la multitud, cogiendo chuzos, agarrando antorchas, corría a las casas de los judíos, que asomaban ofreciendo sacos de oro, y caían bajo los golpes o quedaban con las barbas quemadas...

En las calles ricas los palacios estaban cerrados; y a través de las ventanas sentíanse músicas y el tintinear de las vajillas de plata, porque algunos pensaban que se debía esperar la muerte en el seno del placer... Otros, sin embargo, iban de casa en casa, en fiestas continuas; y veíanse caballeros sin manto, con gotas de vino en las barbas agudas, caminar por la calle entre tañedores de bandolina y de flauta, tropezando con sus inmensos zapatos picudos en los cadáveres abandonados; y para verles pasar, surgían a los balcones mujeres pálidas, con el seno descubierto, pieles de armiño en la orla del vestido y la cabeza adornada por una mitra esbelta

S A N C R I S T O B A L

de donde colgaban largas cintas que el viento hacía ondear como flámulas de mástiles...

Toda la noche Cristóbal había trabajado. Como los guardias no cerraban las puertas, a veces los lobos, atraídos por el olor de la podredumbre, aparecían en las calles oscuras... Y Cristóbal, que juntaba los cadáveres, corría contra ellos clamando, con una antorcha en la mano. Los muertos, que así juntaba, iba a sepultarlos de mañana, en los campos de olivares. Después iba a coger a la sierra hierbas aromáticas, que salvan de la infección, y poniéndose en las esquinas ofrecíalas a la gente que salían de sus moradas y que, cogiendo un manojo, se alejaba respirándolo con confianza... Como los ladrones abundaban, Cristóbal vigilaba la casa de los cambiantes de moneda y de los joyeros; y si sorprendía a algunos hombres corriendo, con alguna cosa escondida bajo el sayal, quitábasela e iba a depositarla en alguna iglesia... Era él quien distribuía el agua, barría las inmundicias, encendía hogueras para purificar el aire. Y poco a poco era tan conocido que las mujeres, viendo su sombra pasar frente a las iglesias, imploraban para él la bendición del Señor... Los ricos le arrojaban bolsas con que él iba a comprar pan a las viudas... Sus pasos eran a veces estorbados por las criaturas, que se aferraban a sus piernas como a columnas. Los mercaderes confiábanle sus tiendas. Cuando él se arrodillaba a la puerta de una iglesia, dentro las oraciones eran más ardientes... Y como

E Ç A D E Q U E I R O Z

acarreaba las leñas de los soldados, pulía sus armas y rondaba en sustitución de ellos las puertas, los soldados gritaban en la calle: «¡Viva Cristóbal!...»

Una tan gran popularidad inquietó al sobrino del Príncipe que, habiendo huído su tío de la peste con su tesoro y sus concubinas, gobernaba la ciudad y quería ganarse las simpatías del pueblo... Pero su rostro lívido y duro sobre un cuerpo contrahecho y jorobado, desagradaba a las mujeres por su fealdad y a los soldados por su debilidad.. Un día en que él seguía una procesión, con las reliquias de San Theodulo, el pueblo a su paso permaneció con la rodilla apenas doblada. Luego, detrás, entre el pueblo venía Cristóbal, como una torre entre chozas. Un mercader rico, le había dado veinte varas de paño de Flandes para su sayal; y todo él sonreía en su sencillez, agitando dos palmas verdes que le habían dado las cofradías de los Hermanos Hospitalarios, como emblema de su caridad... Al verle, el pueblo que se apretujaba contra las puertas cerradas, comenzó a gritar su nombre entre bendiciones: «¡Buen Cristóbal! ¡Cristóbal grato al Señor!...» Una dama le arrojó la flor que llevaba al seno... Los viejos bajaban la cabeza como al paso de un justo...

El conde que iba delante, se había puesto más pálido. Y en esa noche decía, sentado junto al hogar, descinendo el jubón: «¿Quién me librará de aquel monstruo que extravía al pueblo?» Los guardias, habiendo conspirado en voz ba-

ja, en un rincón, vinieron, rodeando su alta silla de respaldo, a alentar por adulación su secreto pensamiento... No era conveniente, en verdad, que un sér deforme, de los que se muestran en las ferias, ganase así raíces en el corazón del pueblo... Por lo demás, su fuerza pronto sería domada con recias cadenas de hierro. ¿Y no había, fuera de la ciudad, un despeñadero donde se podría lanzar el cuerpo del inmenso bruto? Y cuando en la mañana siguiente, Cristóbal comenzaba su almuerzo junto a la Catedral, un paje vino sonriendo y le convidó a ir a presencia del príncipe, que le quería dar oro y vestidos que conviniesen a un hombre tan servicial. Pensando que los vestidos servirían para cubrir a los presos, a quienes la miseria traía desnudos, Cristóbal sacudió las manos donde la borona se desmigajó y obedeció al paje que corría para seguirle las pisadas.

Apenas Cristóbal había entrado en el palacio, las gruesas puertas, erizadas de hierros, fueron cerradas. El Conde que estaba en un balcón, gritó agitando el gorro emplumado: «¡Eh, Cristóball...» Y cuando él daba un paso, sonriendo, con el semblante erguido hacia el balcón, de donde colgaba un terciopelo franjeado de oro;—dos soldados pusieronle bruscamente entre las piernas una viga y Cristóbal cayó en el enlosado. Al punto de todas las puertas irrumpieron hombres innumerables que cubrieron el inmenso cuerpo tumbado, como las hormigas cubren un tronco. En un momento fué amarrado con grue-

sas cadenas de hierro; y para que no saliese ningún grito, una mordaza le tapó la boca. Después todos retrocediendo vivamente, contemplaron en silencio al gigante vencido... El príncipe descendió para verle con damas cuyas colas eran como largas tiras de alfombra sobre el patio... Y los pajes escupían sobre su faz barbuda. El pensaba en el señor que fuera flagelado; y más en los pobres a quienes servía y que de fijo sentirían su falta en ese día. Todo el día quedó así cercado de lacayos, de cocineros, que dejaban el servicio para venirle a ver. Y en el corazón de algunos latía una gran compasión.

La noche cayó, oscura sin ninguna estrella. Entonces Cristóbal abrió los ojos. Los perros sueltos rondaban el patio. El centinela dormía a la puerta, apoyado en la lanza; y de las altas ojivas del palacio venía una claridad y un rumor de violines... Entonces Cristóbal estiró los músculos; y con gran ruido todas las cadenas estallaron. Delante del gran bulto erguido, todos los mastines huyeron ladrando. El centinela escapó soltando la lanza. Y Cristóbal de un solo golpe de hombros, haciendo estallar la puerta, saltó el foso y penetró en las calles desiertas. Pero de repente se detuvo, pensando que, si revelase la traición del Conde, el pueblo y los soldados, que no le amaban, le harían daño; y si la callase el Conde de fijo le haría matar. Y si se quedaba allí, o su sangre correría o correría la sangre de aquel hombre por su causa... Y entonces Cristóbal se dirigió a la

S A N C R I S T O B A L

gran puerta de la ciudad. A la luz de un retablo de la Virgen, los soldados jugaban a los dados. Y viendo a Cristóbal, preguntáronle si el Príncipe le diera una bolsa o paño para un vestido. Cristóbal murmuró:

—El príncipe dió más de lo que yo esperaba.

Y penetró en los caminos dejando la ciudad donde había sido bueno para los afligidos...

XI

MUCHOS días Cristóbal vagó por los caminos; hasta que una tarde llegó a la cima de una montaña, cuyas rocas el sol poniente cubría de color de rosa. Un hombre con un hábito de fraile, una larga capucha de donde salía una barba blanca, subía lentamente los senderos acantilados, gimiendo bajo un haz de leña. Cristóbal suplicó al viejo que le dejase cargar la leña. El fraile, temiendo que fuese un demonio, trazó en el aire una cruz, y como Cristóbal repitiese sobre el pecho las líneas santas, el fraile consintió en que le quitase el haz de los hombros. Y limpiando el sudor con la manga harapienta del hábito, mientras caminaba al lado de Cristóbal, preguntóle si él había huído de los hombres que le exhibían en una feria; y como Cristóbal dijese que venía de la ciudad, el fraile comprendió que viniera seguramente atraído por la santidad de aquella montaña poblada de ermitaños... Y pensaba: «Aquí está un hombre ciertamente sencillo y de fuerza inmensa que podría aliviar de sus trabajos a los santos varones, que allí habitan, dejándoles más tiempo para

perfeccionar el alma y dar la batalla segura al tentador...»

Entonces fué guiando a Cristóbal hasta que llegaron a una cabaña hecha de ramajes, entre piedras acantiladas. A la puerta de la cabaña, clavada entre dos piedras, erguía una cruz tosea y al pie, bajo una calavera, estaba abierto un gran infolio... Dentro de la cabaña había sólo un lecho de hojas secas y una jarra con el asa quebrada...

El ermitaño, habiendo indicado a Cristóbal el sitio donde debía dejar el haz de leña, cogió una bocina colgada a la puerta de su cabaña y apartando los largos pelos del bigote blanco, lanzó tres sonidos roncós que resonaron en las quebradas... Cristóbal tímido, contemplaba cada movimiento del ermitaño como una acción de santidad... Entonces, de las diversassendas del monte, comenzaron a asomar, caminando despacito, unos apoyados en bordones, otros con las manos escondidas en las mangas, ermitaños a quienes una larga capucha escondía el rostro... El primero que llegó, al topar con Cristóbal, hizo la señal de la cruz, y después con un gesto llamó a los otros que, así apresurados, saltaron de roca en roca... Casi todos tenían largas barbas, grisáceas e incultas, las túnicas desharrapadas y el lodo de los caminos, seco en costras en las piernas... Con un gesto lento rascábanse por el cuerpo la piojería que les inundaba y si las piernas o los brazos se les habían llagado, levantaban las túnicas como extrayer-

S A N C R I S T O B A L

do contento de aquellas miserias de la carne... Algunos, no obstante, eran jóvenes, aún robustos, pero tan páiidos ya que los rostros bajo la capucha eran como cera en la sombra .. Todos se inclinaban delante del monje que había guiado a Cristóbal; y después quedaban más callados y mudos que imágenes sobre un túmulo... Pero entonces el ermitaño, que parecía tener la autoridad de un prior, explicó que, en la cumbre de la montaña, volviendo de recoger la leña, había encontrado a aquel hombre de cuerpo inmenso y de inmensa fuerza, pero tan sencillo que no sabía de dónde había venido ni en qué tierra había nacido... Y luego le acudió, como inspiración de lo alto, la idea de recogerle, y de ocuparle en el servicio de los santos hermanos que habitaban la sierra, a la manera de lo que practicara San Antón en Egipto que, para que sus hermanos de yermo y él mismo se absorbiesen mejor en la oración y quedasen más libres para presentar combate al Demonio, había cogido a un negro de mucha fuerza que conducía el agua, cortaba la leña, cuidaba de las mulas de los peregrinos, trasportaba las alforjas de las provisiones... Así, de ahora en adelante, teniendo quien les sirviese, en sus almas no habría más cuidados que la conquista del cielo. Habiendo terminado su discurso y bajando la capucha, como recogido en oración;—los ermitaños volvieron a entrar por los caminos de la sierra y uno a uno fueron sumiéndose entre las rocas y los robles...

E Ç A D E Q U E I R O Z

Sólo con Cristóbal, el ermitaño, volviendo a la cabaña, trajo un pedazo grueso de borona, del cual dió una parte a Cristóbal. Ambos bebieron de la jarra; y habiendo ordenado a Cristóbal que fuese con la leña a cuestras, a través de la sierra, para distribuirla por las ermitas dispersas, extendióse en frente de la cruz y posando la cabeza sobre una piedra, quedó sumergido en oración...

Cristóbal salió. Cada ermitaño le enseñaba, sin hablar, con un lento movimiento de la mano, la ermita más próxima. En todas la misma calavera blanqueaba al pie de la misma cruz... Y en aquella hora de la tarde todos estaban a la puerta de la ermita partiendo su pan y teniendo al lado, interrumpido, o el libro que leían, o el gran rosario que desgranaban, o algún cesto que encanastaban, o las esteras que tejían... A la puerta de cada cabaña colgaba una bocina y un manojito de disciplinas, con puntas de hierro... Cuando Cristóbal llegaba, todos alzaban la mirada baja; en algunos la mirada era serena, de una serenidad muerta; en otros refulgía con una vaga claridad de terror o con una viva luz, que parecía prolongarse en una curiosidad sin fin... Humildemente, Cristóbal depositaba el manojito de leña con respeto, como junto a un altar; y los monjes, habiendo seguido su movimiento, bajaban de nuevo el rostro bajo la capucha. Cuando Cristóbal volvió a la ermita del prior, aún le encontró extendido con la cabeza posada en la piedra, dando a veces un suspiro.. En-

S A N C R I S T O B A L

tonces, callado, fué a sentarse a distancia en una piedra...

El sol descendía a lo lejos, rojo como una aurora. Ningún rumor interrumpía la placidez del aire... Los hombres parecían estar muy lejos; y después de aquellos días pasados en la ciudad apestada, Cristóbal sintió toda aquella serenidad entrarle en el alma como una caricia sin fin... Pero recordaba a todos aquellos que había dejado y hasta le parecía ver ciertos detalles: la casa de la esquina donde él iba a llevar pan a las criaturas abandonadas, el viejo a quien iba a acercar la jarra de agua... Evidentemente, sentía la falta de aquellos seres a quienes socorría, pero en aquellas ermitas había tanta necesidad que, sin duda, sería grato ocuparse en su servicio. El sol había desaparecido. Todo el valle de rocas estaba negro. A veces revoloteaba un gran pájaro oscuro... Una estrella pequeñita lucía y después otra... El santo prior oraba con el rostro sobre la piedra fría. Y Cristóbal, cansado, tendió el inmenso cuerpo en la tierra y se adormeció...

A media noche despertóse; un son lento, desolado, de bocina, caía de roca en roca por el silencio de sierra... Era como el llamamiento de un corazón afligido; e inmediatamente el prior, corriendo de dentro de cabaña, se echó de rodillas delante de la cruz, rezando con furor tumultuoso... Ciertamente lejos, algún hermano estaba sufriendo una tentación del Enemigo; y ya medio vencido, soplabá en la bo-

cina avisando a todos los ermitaños para que le ayudasen con sus oraciones a rechazar a Belzebuth... Sentado en su roca, Cristóbal miraba, lleno de sencillez, sin comprender, con las manos posadas sobre las rodillas; cuando del otro lado de la sierra, allá en la cima, otra bocina sonó, clamando socorro para otra alma atacada. Más tumultuosas se precipitaron las oraciones del ermitaño. Pero la bocina resonaba más afligida. Y entonces el santo hombre, desesperado, ordenó a Cristóbal que encendiese una hoguera, soplando con los carrillos hinchados; la leña nueva estalló; una llama ascendió y otras lumbres aparecieron en breve en la negrura de la sierra; y los sonidos de las bocinas amenguábanse como las ansias de un corazón que se sosiega... Un silencio gravitó entonces... Cristóbal había cerrado los párpados. Y el prior, por un momento, se calentó ante la llama sus manos trémulas...

Pero sus ojos se fijaban en la llama con una atención creciente; un fulgor de codicia le iluminaba el semblante y su lengua asomó al borde de la boca seca, adelantándose hacia una gran pieza de carne tierna y roja, chirriando aún en el ancho plato donde había sido asada... Llegó hasta extender la mano abierta... Pero dió un grito. ¿Dónde tenía el espíritu que no reconociera una ilusión del Enemigo que le venía a tentar por la gula?... Furioso ordenó a Cristóbal que apagase la hoguera...

Con los brazos en cruz, paseó entonces por la es-

trecha terraza bordeada de piedras... Su boca, seca mascaba con un ruido continuo; y seguía balbuceando oraciones. Los ojos de Cristóbal, fijos en el rescaldo rojo que quedaba del fuego, íbanse cerrando... Toda la montaña había quedado enmudecida. Y como insensiblemente atraído, el ermitaño volvió a mirar el tizón que rojeaba en una brasa viva... Lo que él veía ahora eran pilas de dinero, ducados de oro, montones de rubíes escarlatas que se desmoronaban, una infinita rutilancia de tesoros... Bastábale bajar la mano y tendría tesoros para comprar un condado, levantar catedrales, asalariar mercenarios, comprar joyas a las reinas, tener todas las satisfacciones del poder, del amor y del orgullo eclesiástico. Y sin embargo, el ermitaño sonreía, sacudía la barba blanca, murmurando: «¡Bien veo tu ilusión ¡oh, Maldito!... que me juzgabas desprevenido... Pero mi alma está vigorosa y en ella, como el arquero en la torre, la oración vigila llena de fuerza!...» Con el pie esparció los carbones ardientes. Y Cristóbal pensaba en su sencillez: «¡Cuántas cosas ve este hombre que yo no veo!... Sin duda es por causa de su sabiduría y de su santidad...»

Entretanto, el ermitaño se había recogido a su baña; pero apenas había entrado, soltó un grito y salió retrocediendo, con los brazos abiertos, que parecían sacudir una visión... Era una mujer de espléndida blancura y toda desnuda, que encontrara tendida de espaldas sobre su catre de hojas, con los bra-

E Ç A D E Q U E I R O

zos abiertos que le esperaban y le llamaban... Y durante un momento, sus manos, como impelidas por una fuerza oculta, habíanse tendido hacia ella irresistiblemente; mas en los pies tan blancos, había reconocido un pie de cabra; y habiéndose persignado frenéticamente, la mujer se evaporara, como un humo negro, a través de los ramajes de la cabaña... Pero casi había cedido a la temerosa ilusión; y si en el momento en que le tendía los brazos hubiese muerto ¡era el Infierno, la condenación completa!... Entonces agarró violentamente las disciplinas, y arrancando le túnica, gritó: «¡A la tarea, a la santa tarea!...» Las duras correas de cuero de buey, armadas de uñas de hierro, ceñíanle la cintura, rasgábanle la piel del dorso... A cada golpe daba un gemido ronco; pero poco a poco, de duros y afligidos los gemidos se tornaron lentos y lánguidos; y el pobre ermitaño, a cada vergajazo murmuraba: «¡Socorro, Señor mío, socorro que estos golpes que me doy en mí comienzan a ser un contacto delicioso!... ¡Haced que sufra, Señor!... ¡Dad ardor infinito a los verdugones que surcan mi carnal!... ¡Sopla dentro de las heridas tu cólera!... ¡Que ella me quemé y arda como un pez inflamado!...»

Y de repente cayó como muerto, con los brazos extendidos, Cristóbal, lleno de piedad, le levantó del suelo y le condujo como un cuerpo muerto hacia dentro de la cabaña donde quedó estirado, con algún lento gemido que a veces le sacudía...

S A N C R I S T Ó B A L

La mañana clareaba. Cristóbal se había adormecido...

Entonces comenzó, desde ese día, su servicio entre los ermitaños... Todas las mañanas, iba a buscar un tonel a la fuente que brotaba encima, entre las rocas, e iba llenando de ermita en ermita, las jarras de barro. Después cortaba la leña, amasaba el pan que se cocía en un horno de ladrillo junto a una capilla, donde los santos hombres oían misa y comulgaban. Era él quien tocaba la campana, ponía romero sobre el altar; y por orden del prior, esparcía guijarros sobre el suelo de la ermita para que las rodillas de los ermitaños se macerasen. Por la tarde, habiendo reunido las esteras, las alpargatas y los cestos que los ermitaños fabricaban, descendía a una población del otro lado de la sierra, donde cambiaba aquellos trabajos de las santas manos por harina, por hierbas y por vinos de las soleras. Todos estos servicios eran fáciles y dulces... Pero poco a poco, Cristóbal sentía como una melancolía y un deseo de las ciudades y de la vida de los hombres... La montaña era triste y sin verdor; pero su tristeza procedía, sobre todo, del silencio, de la amargura, de la desolación de los santos que la poblaban. Todo el día era consumido por ellos en gemir, aun cuando trabajaban; y su esfuerzo constante era el martirio de los cuerpos donde se les instalaba el Enemigo. Aun inmóviles y quietos, se estaban mortificando; unos traían un cinturón de clavos que les desgarran-

E Ç A D E Q U E I R O Z

ba la carne; otros introducían debajo del hábito hormigas o avispas que les picaban; otros suspendían del cuello una piedra enorme y caminaban jadeando y tropezando... Toda dulzura humana les era ajena. Al pan que comían mezclaban tierra; el agua solo la querían ya corrompida y pútrida... A veces algunos permanecían días y días inmóviles; de pie sobre una piedra, con las manos alzadas, bajo la lluvia, y cuando el sueño o el hambre les iban a vencer, enterraban una espina aguda en el pecho; otros dormían con la cabeza sobre una piedra, y otra piedra sobre el estómago, y otra sobre las piernas juntas; y eran como cadáveres de justos lapidados... A veces, Cristóbal ofrecíase para lavar las llagas, sacar las espinas de los pies, curar con ceniza y agua las mordeduras de los insectos... Pero todos le repelían y para hacer las heridas más irritables, exponíanlas al sol ardiente o les echaban arena fina... Un inmundito sufrimiento cubría la montaña; y sobre ella parecía el sol una lámpara triste y a través de ella el viento un gemido angustiado...

Era de noche, sin embargo, cuando se tornaba terrible. Animados por la oscuridad, los demonios subían por cada camino, para atacar a los santos varones. En cada cabaña había una lucha temerosa. Los santos tenían la oración, sus largas disciplinas armadas de uñas de hierro; pero los demonios, por su parte, tenían las cosas deliciosas que hacen succumbir a las almas... A los ermitaños que venían

S A N C R I S T O B A L

hambrientos, ofrecíanles los diablos largas mesas, cubiertas de flores, donde pavos asados arqueaban las plumas entre montes de fruta y bloques de hielo; a los que habían sido caballeros, mostrábanles montones de oro, armas invencibles, numerosos ejércitos para ir a conquistar reinos y saquear ciudades ricas; a los viejos hacíanles ofertas de mitras que les darían entre todos los hombres la suprema autoridad de las cosas santas; y a todos la tentación suprema, la Belleza, la Mujer, ora magnífica, desenrollando las trenzas, levantando una túnica de gasa, ora delicada, escondiendo con los brazos el pecho desnudo y sonriendo frágilmente...

Pero cuando las seducciones no bastaban, los demonios furiosos intentaban el terror... Entonces eran serpientes pavorosas; amplias alas blandas y fétidas que con un golpe derribaban; figuras colosales, listadas de blanco y negro, que blandían hoces, vertiendo una baba de fuego... Los gritos de los ermitaños atronaban las sierras; las bocinas resonaban; una furiosa racha de oraciones subía hacia las nubes; las correas de la disciplina volaban en el aire, con gotas de sangre; y espantados por la grandeza de la penitencia, los demonios cedían y marchábanse, limpiando el sudor, sofocados...

Una gran piedad henchía entonces el corazón de Cristóbal. ¿Por qué sufrían así aquellos hombres buenos, que encanastaban las verjas, caminaban con el semblante bajo, no hacían ninguna ofensa y solo

E Ç A D E Q U E I R O Z

apetecían el cielo?... Su deseo era ayudarles, rechazar él solo, con su gran fuerza, las turbas negras del Infierno. Entonces, al menor llamamiento de la bocina, corría hacia el lado del ermitaño atacado... Jadeando, con los inmensos puños cerrados de santa cólera, avanzaba en la oscuridad... Pero ¿dónde estaba el demonio? El veía al santo ermitaño retroceder con pavor, veía el oscuro lugar hacia donde extendía la cruz como una lanza... Pero si se arrojaba hacia allá, sus brazos vengadores solo encontraban la noche negra... ¡Cuántas veces veía él al ermitaño que temblaba todo y murmuraba: «¡Oh, cómo es blanca y dulce a la vista y llena en sus formas!...» Cristóbal comprendía; era, sin duda, una mujer, la temida mujer, que arqueaba los brazos y descubría el pecho... Para atraparla y estrangularla, casi rastreaba por el suelo recogiendo el hábito... Pero sus manos indignadas, solo agarraban el espino, los musgos de una piedra fría... Entonces él mismo clamaba contra los malditos demonios; «Venid hacia mí, venid hacia mí...» Y arrancando un tronco, daba terribles golpes; o arrancando una inmensa lasca a las rocas, la arrojaba a través de la noche... Los troncos golpeaban contra los troncos; las rocas con estridencia quebrábanse sobre las rocas. Y delante de él nada había sino la montaña... ¿Pues era posible que nunca hiriese a uno de los demonios innumerables que allí venían de noche?... Iba entonces, apenas clareaba la madrugada, a buscar, con la cabeza baja,

las pisadas de los diablos fugitivos, algún cuerno que les hubiese partido o sobre la tierra chamuscada alguna gota de la sangre maldita... Encontraba solo las violetas bañadas de rocío. Y entonces recogíase a la sombra de sus robles, bostezando con lentitud...

Por las fiestas del año nuevo, la población de la aldea subía a la montaña y venía a visitar a los ermitaños. Unos, enfermos, afligidos con males, amparados por los parientes, venían a implorar la salud a aquellos amigos del Señor... Otros pedían su intervención para obtener una cosecha abundante o la herencia perdida. Las mujeres traían a los hijos para que ellos, tocándoles en la cabeza, les diesen vida fuerte y próspera...; y las que eran estériles venían a implorar las dulzuras de la maternidad. La montaña era como una romería de peregrinos. Las criaturas, corriendo, tropezaban en las muletas de los cojos. Las muchachitas, con una flor cruzada en la oreja, formaban bailes en el atrio de la capilla... Los que habían hecho promesas arrastrábanse de rodillas siete veces en torno de las cruces o colgaban en el altar pies de cera, lazos y cintas y cestos de frutas... Como volverían tarde hacia la aldea, casi todos traían provisiones y colgando los mantos en los troncos de los árboles, hacían gran círculo en torno de las sandías abiertas, bebiendo de las jarras de vino...

Los ermitaños andaban entre la turba y a veces apenas podían mover los pasos lentos, rodeados, suplicados por los heridos que, hartos de ungüen-

tos, pedían que les tocasen las llagas con el rosario; por los mendigos que querían que les sanasen la sarna; por las viejas hidrópicas que descubrían el vientre esperando un remedio del cielo... Otros solo querían la bendición. Había semblantes inquietos que pedían una profecía sobre las vendimias. Otros extendían los rosarios para que ellos los bendijesen. Y los ermitaños tocaban las heridas, prometían buenas cosechas, sosegaban a las madres de los endemoniados...

Después el prior subió al púlpito rústico hecho de piedras, y enumeró las obras gloriosas de la montaña... ¿Dónde hubiera, aún en la Tebaida, en el tiempo sublime de los Antonios y de los Pacomios, una penitencia más alta?... Y mostraba sus mejillas enflaquecidas, los ayunos, sus carnes desgarradas por las flagelaciones... Una inmensa admiración arrebatava a las muchedumbres piadosas... Y todos querían ver en los cuerpos de aquellos santos la evidencia de su santidad. Solo había entonces ermitaños mostrando las llagas, que habían arañado las huellas amoratadas que les dejaban las piedras donde habían dormido, los dientes estragados por el pan ácido al cual mezclaban ceniza. Las mujeres levantaban las manos, llorando... Las más ardientes arrancaban pedazos de la túnica de los ermitaños que guardaban en el seno como reliquias... Los viejos besaban la tierra donde ellos habían puesto los pies. Delante de las cabañas había una multitud ad-

S A N C R I S T O B A L

mirando la dureza de los lechos, la jarra quebrada y el gran infolio. Algunos creían ver las huellas de los ángeles que visitaban a los ermitaños... Otros querían probar el pan o, llenos de respeto, tocaban con el dedo en las disciplinas. Cristóbal era envidiado por vivir entre ellos. Muchos querían abandonar los caseríos, para venir a servir a los santos; y había siempre alguno que, para quedarse en la montaña, se escondía entre las rocas y a quien era necesario expulsar cuando el sol se ponía y llegaba la hora de la soledad y de la prez...

Pero en esas noches, después de la romería, las oraciones no eran tan profundas ni las penitencias tan ásperas... Cansados, sentados a la puerta de sus cabañas, los ermitaños saboreaban en el silencio de su corazón su inmensa santidad. Cada uno se sentía famoso, pregonado en todos los hogares del valle... Ciertamente la fama de su santidad llegaría a los castillos. Los Obispos hablarían de ellos en los concilios... Y más tarde tal vez sus imágenes se ostentarían sobre los altares... Y Cristóbal les veía entonces mirar complacientemente, acariciar las heridas de las penitencias, recoger una piedra mayor para recostar de noche la cabeza... El prior venía luego a congratular a sus hermanos. Su semblante resplandecía... Y era él quien recordaba los movimientos de la multitud y como sus llagas habían sido besadas. Y ya seguro del poder de su voz, hablaba de descender a a planicie a predicar contra la relajación de los Be-

E Ç A D E Q U E I R O Z

nedictinos... Su estatura cada vez se erguía más... Un día incluso mostró en triunfo una carta del Conde de Occitania que le consultaba sobre los diezmos... Y Cristóbal se entristecía... Era como una nostalgia de otros hombres más humanos y de la risa de los niños... Era, sobre todo, como una impaciencia de toda aquella multitud de los eremitorios, los largos y huecos silencios, las horas pasadas con la frente sobre una piedra; aquella inmovilidad contemplativa de donde no salía ningún bien; nada que calentase el corazón... Poblada por toda aquella inercia, la montaña aún le parecía más inerte... Y le acudía como un deseo de sacudir aquella inmovilidad de los hombres y de las cosas y con sus manos arrojar conjuntamente a los ermitaños y los robles, las calaveras y las rocas, y empujarlos hacia alguna acción eficaz, mandarlos rodando por la montaña abajo a ser útiles a los hombres...

Su corazón se desprendía poco a poco de aquellos amores. Ya no corría tan alegremente a llenar las jarras; tanta cruz envuelta por tantos brazos no le causaba dulzura en el alma; y aborrecía las calaveras con su risa inmóvil, ofreciendo al sol su blanca frialdad... Cuando de noche sonaban las bocinas, implorando el auxilio de oraciones hermanas, no se levantaba con sobresaltos, apiadado. Toda flagelación le impacientaba... Y en los días de fiesta, embreñábase en las alturas de la sierra para no presenciar el or-

gullo de los ermitaños mostrando las heridas de las disciplinas.

Un día el prior mandó construir con un madero una cruz de la altura de un hombre... Tres días trabajó Cristóbal. Y cuando por fin clavó la cruz en un punto visible de la sierra, donde no había arbolado, el prior llamó a sus hermanos de eremitorio... Uno por uno bajaron, rezando en voz baja. El prior recostóse en la cruz, con el cuerpo pegado al madero y abrió los brazos a lo largo de la cruz;—cruz humana pegada a la cruz de leño... Después ordenó un cántico... Cuando cesó, dijo el prior:

—Ahora voy a quedarme aquí sin comer, sin dormir, durante tres días, por las tres personas de la Santísima Trinidad. ¡Esta obra es gloriosa!

Todos alzaron las manos al cielo, edificados... Cristóbal, en esa tarde, descendió la callejuela hasta el valle, y sin volver siquiera los ojos, abandonó para siempre la montaña...

XII

CRISTÓBAL tomó el camino del lado opuesto a los poblados; y comenzó a caminar al acaso por la larga torrentera que bordeaba la sierra. Era como el lecho de un antiguo torrente que seguía hondo entre rocas, seco y triste infinitamente. Toda la noche caminó a la luz de una gran luna llena. De madrugada durmió al borde de una caverna. La soledad era como la de un mundo desierto donde sólo él habitase. Cristóbal soñó con prados y regatos muy fríos, muy límpidos, que corrían entre laureles-rosas en flor... Cuando despertó tuvo sed; y en derredor solo había un terruño tan estéril, que ni el espino crecía en él.

Todo el día, caminando siempre, Cristóbal padeció sed. Al ponerse el sol creyó ver a lo lejos un agua que espejeaba. Eran anchas losas de piedra como restos de una terraza o de un enlosado de una casa solariega... Acostado, esperó allí la mañana; y a través de un sueño incierto, se le figuraba ver como ojosrefulgentes de lobos que pasaban, y se escondían más allá de un barranco. De mañana dirigió sus pasos hacia ese barranco y allí en el fondo había como un agua lodosa y pútrida que bebió con delicia...

E Ç A D E Q U E I R O Z

Durante dos días más caminó; y el desierto no cesaba, con valles estériles, rocas acantiladas y un suelo pedregoso, negro, agrietado, que escaldaba bajo el sol de Agosto. Sentado a veces sobre una roca, Cristóbal cerraba los ojos bajo la fatiga y el ardor del estiaje, y parecía ver grandes pedazos de pan y frutas que caían de maduras al pasar un viento fresco. Extendía la mano y solo encontraba las piedras calientes. Volvía a emprender la marcha y caminando siempre, padecía hambre...

Pero una tarde en que caminaba, ya tan débil que sus pies tropezaban a cada instante, encontróse de repente en una ladera donde una selva sombría verdeaba. Cristóbal sumergi6se en la espesura. Al punto sintió un murmullo de agua. Más lejos, un encinar estaba cargado de bellotas... Cristóbal qued6se allí dos días, consolando con lentitud el hambre y la sed. Después, cuando emergió de la selva, divisó delante de sí una región con árboles, un riachuelo que huía, tapias y una tranquilidad habitada. Un humo lento subía a distancia hacia el claro cielo. Cristóbal dirigió hacia allí los pasos. El humo salía de una choza quemada; al lado había barricas derribadas; el cadáver de una vaca, medio seco, desaparecía bajo el zumbido de las moscas; la pomarada estaba arrancada y devastada; y en derredor, todo el suelo y la hierba estaban pisoteados como por un tropel de caballeros en marcha...

Cristóbal seguía caminando a orillas del regato.

S A N C R I S T Ó B A L

Grandes prados verdeaban, cubierto de botoncillos de oro... Las ramas de los sauces sumergíanse en el agua fugitiva y clara. Los pájaros charlaban en la frescura... Y en medio de esta paz, un molino, con la puerta derribada y pendiente de los gonces, con los palos de las aspas partidos, las paredes chamuscadas por la lumbre, yacía con la tristeza de un cadáver en un prado de primavera. Cristóbal dirigióse hacia el molino... De un árbol medio partido, que se levantaba por detrás, junto a las escaleras, colgaba un viejo ahorcado con una piedra amarrada a los pies. Al lado negreaban los tizones apagados de una gran hoguera y junto a ella una lanza abandonada...

Cristóbal siguió. Por todo el camino había confusas pisadas de caballeros en marcha; todas las vallas estaban rotas; un puente rústico había sido partido a hachazos; otras casuchas aparecían desvastadas, desnudas, con el tejado quemado; y ni una criatura humana se veía entre aquellas ruinas.

Al fin de un largo día, habiéndose sentado junto a una casucha en ruinas, sintió un ruido entre los árboles; y un hombre apareció, lleno de harapos, lívido, demacrado y al punto se sumió entre la espesura de los árboles. Para dejarle libre de miedo, Cristóbal levantóse y fué más adelante donde había una colina con rocas. Un gran roble crecía en la boca de una caverna... Y al ruido de sus pasos, una cabeza de vieja apareció en la boca de la caverna y al punto se escondió asustada. Cristóbal pensaba con dolor

E Ç A D E Q U E I R O Z

por qué se escondían estos hombres... ¿Por qué sería aquella tierra poblada por gentes que se escondían en los bosques, en las madrigueras de los animales, debajo de las rocas?... ¿Por qué?

Una gran piedad le iba ya invadiendo. Si oía un rumor de ramas separadas, gritaba: ¡Paz! ¡Paz!... para tranquilizar a aquellos corazones aterrados. Pero al punto los ramajes se cerraban y todo quedaba mudo...

Iba caminando. Bebía en los regatos, comía bellotas y las hierbas de los prados. Un día divisó una aldea de casuchas de adobe juntas en torno de una iglesia, cuya torre estaba en obras. Un camino seguía entre hileras de plátanos... Al penetrar en él una mujer que, agachada con una criatura, buscaba hierbas, huyó tan atolondradamente, que dejó a la criatura en el suelo. Cristóbal recogió al niño, tan flaquito que se palpaban sus pobres huesecitos bajo la piel llena de heridas; y ni lloraba, con la manecito puesta en la cabeza, donde las llagas eran mayores... Todo el corazón de Cristóbal se llenaba de dolor. Lanzó un gran clamor por la madre. Nadie respondió. Entonces, cogiendo a la criatura en su cuello siguió bajo los plátanos. Pero sentía a través de los follajes alguien que le seguía. Dejó en el suelo a la criatura, desvió sus pasos. Y volviéndose bruscamente, vió a la mujer que saltaba entre los espinos, arrebatava a la criatura y de nuevo se sumía en el matorral.

Al término del camino, estaba la aldea. Las primeras casas, junto a una empalizada de estacas, estaban desiertas, desnudas por dentro, como saqueadas. Ni una res de ganado se veía en los corrales. Ni una hoz colgaba sobre los hogares... A una puerta, una vieja, más flaca que un esqueleto, miraba con los ojos fijos hundidos en el vacío, y como deslumbrados de espanto. Un cadáver abandonado, que nadie había enterrado, tenía las manos cortadas. Por momentos pasaba una figura corriendo, con los cabellos al viento. Una silueta de mujer, de bruces, con los cabellos sueltos, estaba agarrada a una cuna vacía...

Pero al extremo de la aldea, junto a un calvario, vió correr gente en grupos. Un fraile medio descalzo, sin capucha, con los ojos ardientes, levantaba en alto una cruz, clamaba por la justicia de Dios... ¿Cómo podrían los hombres sufrir más sobre la tierra?... Los señores andaban en guerra y de ahí venía el mal de los pobres. Los barones hacían correrías por sus tierras, y todo lo saqueaban, todo lo robaban, para adiestrar soldados o tener huestes brillantes. Si otros más fuertes les hacían prisioneros, de nuevo volvían en sus grandes corceles a saquear, robar, quitar al pobre el último ochavo, la última mano llena de habas, para reunir el precio del rescate... Si salían vencedores, he ahí que volvían a saquear los restos, a arrancar la mies aún mal madura para célebres fiestas y levantar casas solariegas. Después, detrás de ellos aún pasaban las bandadas de mercenarios, que, no encon-

trando nada, quemaban los muros, destrozaban los árboles y mataban a las criaturas en las cunas... ¿Cuanto tiempo más consentiría el Señor este mal que asolaba la tierra? Por todas partes que había andado sólo había visto hambre. Las mujeres comían los cadáveres de los hijos. Los hombres en breve serían como fieras... ¡Y ay de los que se encontrasen en el camino de la turba hambrienta!...

Su mano temblaba en el aire llena de amenazas. Y en torno de él los mozos lívidos apretaban los puños, con miradas que buscaban un arma. Pero otros bajaban la cabeza. ¿Qué podía el pobre, sólo en su tierra estéril?... La justicia debía venir de Dios. Una mujer gritó: «¡Que aunque sea del demonio!...? Un murmullo de terror atravesó entre la gente...

Cristóbal salió de la aldea con el corazón oprimido. Sus ojos levantábanse hacia el cielo. ¡Allí detrás del azul estaba el Señor!... De fijo que veía tantos sufrimientos: las guerras, las hambres, las pestes... ¿Por qué no descendía de su trono de oro? Una caricia de su mano derecha daría a los pobres la abundancia, los frutos, las arcas llenas de pan; y las bandadas negras de los señores crueles desaparecerían como nubes que el sol deshace, al movimiento de su mano izquierda... ¿Por qué no venía el Señor?...

Las tierras que Cristóbal atravesaba continuaban siendo desoladas hasta que, penetrando en una región más amable y fértil, con praderías y aldeas vió a lo

S A N C R I S T Ó B A L

lejos densas humaredas que se elevaban hacia el cielo... Un grupo de soldados derribaba árboles. Y pronto vió las barracas de un campamento. Era una compañía de tunos... Las tiendas estaban alineadas sin orden, al acaso, todas buscando la mayor proximidad al río. Y como era la hora del rancho, veíanse los soldados de bruces sumergir en el agua gruesas ollas de hierro... Por todas partes sobre las hogueras encendidas, suspensos de varales de hierro ensarilleados, engarfiados, hervían los calderones; y junto a los carros, donde venían las barricas de vino robadas en los caseríos y en los monasterios, los hombres juntábanse con las jarras en la mano... Dos carniceros degollaban un buey estirado en el suelo; y el trabajo era hecho entre un rumor incesante de maldiciones y de cánticos...

Todos los hombres, de barbas incultas y grandes cicatrices en los rostros, inmundos en su aspecto, llevaban un corto sayón de malla de hierro; y como estaban en país conquistado, sin temor de sorpresas, los morriones y los broqueles colgaban a la entrada de las tiendas rotas, unas de lona, otras de piel de carnero... Sobre una colinilla estaba la de los jefes, con banderas ondeando... Por todo el campamento circulaban mujeres que seguían a los soldados, unas robadas en los asaltos de las aldeas, otras que acompañaban por libertinaje al bando de los hombres; todas tenían el aspecto cansado de los grandes horrores que soportaban... Aquí y allá, un

E Ç A D E Q U E I R O Z

monje descalzo, con una adarga en la cuerda del hábito, la mirada ardiente, iba de tienda en tienda... Algunos hombres jugaban a los dados. Otros limpiaban las armas. Los halcones gritaban sobre sus estacadas hechas de lanzas...

Secretamente, en su sencillez, Cristóbal atravesó el campamento. Como los bandos reclutaban cada día nuevos foragidos, o aprisionaban siervos, nadie extrañaba su presencia. «¿A quién perteneces?...» le preguntaban... El dirigía un gesto vago hacia las tiendas... Y creyéndole idiota, como todos los gigantes, dejábanle andar por allí; aprovechaban su fuerza para mover las pipas, cortar leñas, descargar de los machos los grandes fardos amarrados con cuerdas. Habiendo trabajado, Cristóbal comió y bebió... La noche cayó; los estrellas parpadearon... Por todas partes se encendieron hogueras... En torno de ellas los hombres bebían, jugaban a los dados o escuchaban a un monje contando historias del Diablo... Por momentos un grito de mujer golpeada rasgaba el aire... Las canciones obscenas ahogaban el grito de los centinelas... Y de la colina donde acampaban los jefes, venía una música dulce de pífanos y atabales ..

Cristóbal iba entretanto a través de las tiendas... Si veía un soldado herido que ponía paños en las llagas, agachábase para ayudarle. Para los caballos atados, que relinchaban volviendo el hocico hacia el agua, iba a buscar una duerna llena... Y aliviaba a las mujeres de los fardos de leña que los hombres

las obligaba a acarrear... Pero aquella gente era mala, quemaba las aldeas, saqueaba los sagrarios, golpeaba duramente a los animales, dejaba a los niños muriendo de hambre en las zarzas de los caminos; y Cristóbal, a media noche, salió del campamento, pensando en su sencillez, que Jesús, su amo, no le querría entre aquellos corazones duros...

Tres días y tres noches caminó y penetró por fin en una región de gran penuria. La tierra seca y agrietada, abandonada, ni cardos producía... Toda flor se secaba en los árboles. A cada instante, huesos de animales blanqueaban en los caminos... Las gentes de los campos que él encontraba no tenían más que huesos bajo los trapos que las cubrían y sus ojos brillaban como los de las fieras... A veces, a orillas de un riachuelo, veíanse mujeres, y niños, macerados, arrastrándose, devorando las raíces de los árboles... En las tierras más yermas, era la tierra misma la que comían a manos llenas, entre lágrimas que les caían en los dedos... Una noche, pasando junto a un cementerio, vió figuras sombrías que, habiendo desenterrado un muerto, lo cortaban en raciones junto a una hoguera. Después fué un mendigo quien le pidió que le protegiese porque la gente de aquellos sitios atacaba a los pobres más débiles para tener carne humana... Todo un día Cristóbal caminó con el mendigo a cuestas. Y crujiendo los dientes de horror, el mendigo contaba de padres que comían a los hijos pequeños, de otros que

E Ç A D E Q U E I R O Z

atraían a los viajeros para matarlos. Al final del día, habiendo dejado al pobre lisiado en el suelo para descansar, vio suspirar y morir. De noche por todas partes refulgían los ojos de los lobos, también hambrientos, corriendo a roer los cadáveres... Negras bandadas de buitres volteaban en el aire...

Y el dolor de Cristóbal era tan grande que alzaba los brazos al cielo y clamaba por el Señor. El de fijo no escuchaba... A la puerta de las ermitas en vano se apiñaba el pueblo, implorando misericordia; los santos no descendían de sus altares; las reliquias de los mártires parecían haber perdido su eficacia; y desengañada del cielo, esa gente apedreaba los sagrarios...

¿Quién salvaría a los hombres?... Y Cristóbal caminaba lleno de dolor por no poder salvarlos... ¿De qué le servía la fuerza de sus grandes brazos y todo el anhelo de su corazón?... Acelerando los pasos, dirigiendo los ojos hacia lo lejos, solo buscaba un medio de servir a los hombres; y aún a veces le acudía la idea de reunir a algún miserable y darles su propia carne a comer...

Un día en que así meditaba, llegó a una torre donde vió hombres cavando la tierra y otros arando y otros sembrando... Un escuadrón de ballesteros vigilaba a aquellos hombres a quienes el hambre enflaqueciera; y un monje, con un tintero metido en el cinturón de cuerda, leía una lista de nombres. Eran los abades de los monasterios, los obispos en

concilios, quienes así alistaban a los más fuertes de las aldeas y por una ración de pan les obligaban a trabajar para que las tierras no permaneciesen incultas y no fuese mayor el tormento del hambre... Eran hombres de brazos fuertes, pero enflaquecidos por la desnutrición... Las mujeres y los hijos venían con ellos a compartir la exigua ración de pan. Cristóbal pidió una azada; y habiendo admirado la fuerza de sus brazos, el monje le indicó un campo a limpiar de pedrusco y de espino...

¡Con qué pasión se entregó al trabajo!... Era como si ya estuviese saciando todas las hambres futuras... El espino arrancado formaba montones junto a sus gruesos pies desnudos; y aún a veces acudía a ayudar a los más débiles, que tropezaban bajo un carro de piedras, o que exhaustos, dejaban escapar la azada de las manos... En derredor las mujeres, sentadas, inmóviles, con los hijos a su vera, esperaban que los hombres trajesen al final de la tarde la ración de pan, junta en un cesto que los ballesteros aguardaban; pero su hambre era tanta que se precipitaban sobre los sembradores cuando, metiendo la mano en el saco, lanzaban, con un gesto lento, un puñado de grano... Los ballesteros tenían que correr y repeler a las criaturas que gritaban...

Los ojos de Cristóbal estaban llenos de lágrimas. A veces, cavando la tierra, decía en voz baja: «¡Oh, tierra, da de prisa el pan! ¡Oh, tierra, ten piedad...!» Y entonces sus golpes de azada se tornaban más

dulces, casi tímidos, como si temiese causar dolor a aquella a quien imploraba... Cuando se distribuía el pan, tomaba solo una corteza y lo distribuía en partes iguales que daba a escondidas a los niños. Todos los ojos de las madres volvíanse hacia él... Los hombres murmuraban pensativamente: «Tú eres el mejor...» De noche seguía el grupo de los cavadores que iban a dormir en anchos tejadillos, al borde de la selva... Pero raros eran los que se echaban encima de los montones de paja...

Una vieja descarnada y desmelenada, cuyos ojos brillaban como brasas, venía a rondar en torno de las chozas, apoyada en una enorme escoba. Al divisar su sombra negra pasando a la luz de la luna, los hombres soltaban un suspiro, otros murmuraban: «¡Es la bruja!...» Las mujeres adormecían aprisa a las criaturas, buscaban entre la paja escobas o pequeñas calabazas o un pedazo de velo blanco... Y todos, unos después de otros, en silencio, desaparecían bajo la arboleda... Una noche, una fuerte criatura, de ojos ardientes, dijo a Cristóbal: «Ven». Y él, en su sencillez, cogió el bordón y partió... Por toda la selva, por debajo de todas las hojas, sentíase el rumor de gente que caminaba calladamente... A veces un grito prolongado cortaba el gran silencio. Y más rápidas, las siluetas volvían a cruzar bajo el follaje que rumoreaba... Así llegó Cristóbal a un claro del bosque, cercado de viejas y altas encinas, donde la luna apenas penetraba... Una multitud poblaba ya

aquel sitio, trayendo candelas o alguna antorcha luminosa que bailaba entre los ramajes... Una vasta mesa de piedra blanqueaba en medio; y un rayo de luna, cayendo encima, iluminaba una albornia (1) de hierro, junto a un taburete, cubierto por una piel de chivo... Una impaciencia parecía agitar a toda aquella negra turba donde a veces relucía una mirada como la de una fiera en la espesura. Una voz, a lo lejos, gañía: «¡Vuela, vuelal!...» Y unas después de otras, voces quejumbrosas y dolientes murmuraban: «¡Vuelal!...»

Entonces la gran vieja descarnada, avanzó cabalgando sobre la escoba. Otra corrió detrás de ella, con los cabellos al viento; y otra más, hasta que una larga cola de mujeres desmelenadas, con el pecho desnudo y un gran cendal blanco ondeando al viento, comenzó a girar en torno de la mesa; con un aspecto lamentable, con un agitar de brazos abiertos semejante a un batir de alas cansadas... Dieron así una vuelta lenta, hasta que, parándose delante del taburete vacío, la gran vieja se detuvo y alzando los brazos, lanzó una invocación:

San Marcos te mar que,
San Mansos te amanse;
la Gracia te quede,
la Hostia te pique!...

(1) Palabra hoy poco usual en castellano, derivada del árabe *alborniya*; vasija de barro vidriado, grande y redonda, en forma de taza o escudilla.—(N. del T.)

E Ç A D E Q U E I R O Z

Siempre que me vieres
en mí te remires,
cuando no me vieres
contra mí suspires!...

Y sombríamente toda la turba gimió con la cadencia de un martillo que cae sobre el yunque:

San Marcos te marque,
San Mansos te amanse...

Súbitamente la gran hilera de mujeres se lanzó en una correría, en que los cabellos se mezclaban y las sayas medio rotas se despedazaban, al mismo tiempo clamando, gritando, aullando desesperadamente:

Siempre que me vieres
en mí te remires;
cuando no me vieres
contra mí suspires...

Cada vez más rápida giraba la gran ronda con saltos enormes que lanzaban las enaguas blancas hasta la cabeza, mezclaban las greñas, hacían entrechocarse en el aire las escobas y las ruecas... Ya entre la turba, que miraba en derredor, salían grandes gritos... Aquí y allá levantábase un brazo, sacudiendo furiosamente una antorcha... Saltos furiosos mostraban una saya revoloteando en el aire... Había silbidos de duendes, de lobos-hombres... Entre las piernas de Cristóbal aterrado, grandes figuras como de perros, huían con las manos galopando en la tierra... Pero más alta que todos los clamores, una bocina de

S A N C R I S T Ó B A L

cuerno resonó. Entonces hubo un silencio tan enorme que sentíanse las hojas moverse al viento lento de la noche...

De nuevo la vieja estaba ante el trípode, agitando su gran escoba... Lentamente, su voz baja, en una súplica humilde, comenzó:

Yo te encantó y reencantó
y más aún, te sobreencantó,
y por un brujo-salmón
metido en el corazón,
y por hiel de excomulgado
y el macho cabrío pintado
y por ala de murciélago
y por guijarro del surco
y por la sangre del Drago
y por todo lo que te traigo.

¡Ven!...»

Una inmensa llamada resonó: «¡Ven!...» Todos los brazos se alzaban desesperadamente hacia el vacío. Y la vieja, como poseída del delirio, clamaba en llamamientos agudos que inmovilizaban el aire:

—¡Ven contra el Señor! ¡Ven contra el Obispo!
¡Ven contra el Letrado! ¡Ven contra el Rico!...

Y cada vez la turba clamaba más ansiosamente:
«¡Ven! ¡Ven!...»

Una gran remoción de malezas cortó la espesura, y sobre la mesa, despatarrado, un hombre enorme, de larga barba negra, todo cubierto de pelo negro que le

E Ç A D E Q U E I R O Z

hacia semejantea un bode... Una aclamación sonó; un delirio arrebató a todos. Las mujeres brincaban, los hombres sacudían los gorros; mientras la criatura negra, inmóvil, dardeaba en silencio sus ojos coruscantes... Después, cuando de nuevo se hizo un silencio, la criatura, extendiendo el pie, gritó con voz ronca:

—¡Adorad!...

Todos le besaron el pie, que desaparecía bajo las felpas largas del vello. Pero entonces un hombre, envuelto en un gran lienzo blanco, aderezado como una dalmática de Obispo, y con una mitra negra en la cabeza, vino caminando, coge asido, hacia el altar, a leer un libro que sostenía en las manos, Cristóbal le conocía. Era el lisiado que jadeaba al lado suyo, rezongando palabras ininteligibles...

Habiendo puesto el libro sobre el altar, el hombre abrió los brazos y comenzó la celebración de un rito que, con horror, parecía a Cristóbal semejante a la misa de su aldea. Encorvado sobre el libro, con las manos juntas rezongaba una lectura; levantando los brazos, saludaba a la criatura felpuda; y cuando, volviéndose hacia la turba, daba una bendición, todos se inclinaban y risas bestiales estallaban con amargura... Inmóvil, la criatura, con las manos puestas en las rodillas, recibía el culto. Un acólito, lindo como un paje, mezclaba un líquido negro en un vaso. Y de las grandes encinas de alrededor caía

una sombra densa que la luna, aquí y allá, cortaba de manchas lívidas...

Como en la misa, resonó una campanilla. El hombre mitrado recibió el vaso, hizo una invocación, derramó una gota sobre los pies juntos de la criatura negra, bebió el resto; y habiendo limpiado los labios a la punta de su dalmática, subió a un trípode y quedose recogido, como un predicador que va a lanzar su texto. Un silencio cayó, tan hondo que se sentía el menor rumor de las hojas... Un rayo de luna hería la faz barbuda del lisiado que comenzó a predicar...

Levantando los brazos, preguntó dónde se encontraría felicidad para el pobre. La tierra era para él un lugar de desolación. Y desde que nacía hasta que le llevaban a la fosa, no hacía más que gemir en la esclavitud. De la alborada a la noche, trabajaba... ¿Y para quién rendía todo el fruto de su trabajo? Para el Señor, para el Obispo, para el Intendente que venía con arqueros. Para que el Señor tuviese armas, él no tenía lumbre y temblaba de frío. Para que el Obispo tuviese banquetes, él no tenía pan y empalidecía de hambre. Para que el Intendente viviese en casas abrigadas, él vivía en madrigueras que sus manos cavaban en la tierra...

¿Y eran sólo necesidades lo que sufría? No... Era golpeado, arrojado al foso de las prisiones, moría entre tormentos... Si su mujer era bella, venían hombres de armas que la robaban... Si su cabra daba

E Ç A D E Q U E I R O Z

buena leche, venía el senescal del convento que la confiscaba... Había de pagar para nacer, había de pagar para morir. Entre los hombres no había piedad para él. ¿Y la había, por ventura, en el cielo?... El cielo enviaba las hambres, mandaba las pestes... ¿Quién salvaría al pobre?... Amo fuerte que le protegiese, sólo le quedaba Aquel que vive debajo de la tierra y que tiene todos los poderes. El reunía a sus hijos, allí, donde eran libres y donde no llegaba la lanza del Señor ni el báculo del Abad. El enseñaba los remedios que libran de la peste. El sabía encontrar los tesoros. El hacía refloreecer la tierra. El daba de su cuerpo a comer a los que tienen hambre, de beber a los que tienen sed... ¡Gloria a él en las tinieblas!...

Y la multitud gritaba: «¡Gloria a él en las tinieblas!...»

Entonces, saltando del trípode, el lisiado gritó:

—¡Es la hora!... ¡Venid a comer y a beber!... Amad a quien os ame y sed hombres libres en el fondo de la noche libre...

Súbitamente apareció con dos hombres trayendo un gran carnero asado, que con navajas comenzaron a cortar. Otros colocaron en la mesa una pipa de vino... Con un clamor bestial toda la turba se arrojó en derredor del hechicero. La criatura negra clamaba: «¡Comed de mi cuerpo, beber de mi sangre!...» Los pedazos sangrientos de la res desaparecían de las bocas voraces. En jarras de losa, en vasos de boj, el vino

S A N C R I S T O B A L

negro espumeaba... Algunos huían con su ración para devorarla en silencio. Otros luchaban entre sí como perros disputando un hueso... Las mujeres empujaban los jarras de vino, que se les escurría por los pechos... Había otros que, en su alegría de comer, danzaban, blandiendo un hueso roído... Debajo de la mesa, había brazos descarnados luchando por los restos. Ya una embriaguez caldeaba las almas. Gritos roncospartían de las bocas de las mujeres... Y de pie, el gran brujo intimidaba a la luna a que se escondiese, para que los hombres fuesen más libres en el seno de la noche libre...

Cristóbal, inmóvil miraba, recostado en un tronco, la cabeza escondida en el ramaje ligero. A veces un pastor, agarrando a una de las mujeres, arrebatábala hacia la oscuridad. Gemidos de pecado satisfecho sonaban en la negra espesura. Las hechiceras rasgaban los últimos trapos; y desnudas, hediondas, galopaban espatarradas sobre las escobas... La gran mujer trigueña arrebató y abrazó a Cristóbal, con ojos que le devoraban, murmurando: «¡Ven!...»

El suavemente empujó a la criatura; y solo, triste, con una tristeza infinita, comenzó a caminar a través del matorral espeso. Su corazón sangraba..... Aquella gente clamorosa no era amiga del Señor... Perdidas estaban sus almas... Mas ¿por qué sufrían tanto...? El lisiado había dicho la verdad... Para el pobre solo había miseria... El Señor venía con su gran lanza y después el Obispo con su duro báculo... Y

E Ç A D E Q U E I R O Z

cuando nada le quedaba al pobre, una mujer blanca surgía, apoyada en una vara blanca: era la peste... ¡Pobres hombres!... ¡Pobres criaturas!... ¿Por qué no venía el Señor?...

XIII

A sí pensando, caminaba Cristóbal. Todo el día caminó. Desde la víspera, no había tenido pan ni agua; y al final del día, sentado en una piedra a orillas de un camino, pensaba donde encontraría el pan de esa cena. El sitio en derredor era desierto y triste. Ningún camino conducía a moradas humanas. Al lado se extendía una gran laguna. Altos cañaverales erguían sus mazorcas negras. Y el agua parecía dorada, herida por el sol que se ponía. Un bando de patos silvestres volaba en lo alto. Y el silencio era triste y profundo...

Cristóbal iba a seguir, a marchar, cuando el rumor de una cabalgata resonó a lo lejos, y una comitiva apareció, caminando con lentitud. Dos ballesteros a pie marchaban al frente... Un siervo traía mazos de antorchas, para la primera oscuridad de la noche. Y detrás caminaba una amplia litera con cortinas de cuero rojo y topes de plumas en los ángulos. Dos damas al lado montaban sobre mulas blancas. En derredor venían caballeros con lanzas. Y las arcas de los equipajes cargaban sobre dos fuertes mulas emplumadas de rojo.

Cristóbal, poniéndose en pie quitóse humildemente el gorro. Y viendo aquella figura enorme, desmeleada, negra, en la claridad dorada de la tarde, los dos arqueros parándose, tendían el arco; una de las damas dió un grito... La litera se había detenido y entre las cortinas una dama muy vieja, envuelta en pieles, escudriñó, poniendo ante los ojos una mano cubierta con un guante de caza... Pero Cristóbal había caído humildemente de rodillas... Entonces la dama dió una orden; y un escudero, rudamente, mandó aproximarse al hombre enorme. El vino entre los caballeros, cuyas altas lanzas enhiestas en las sillas no le llegaban a los hombros anchos... Y por las cortinas de la litera, entreabiertas, la vieja dama y otra más joven y pálida, y una criatura rubia como un ángel, miraban con espanto... Cristóbal cayó de rodillas junto a la litera. Y como le preguntasen a qué tierra señorial pertenecía y por qué andaba solo por los caminos, Cristóbal, en su ingenuidad, solo pudo murmurar que venía de muy lejos y que tenía hambre... La dama más joven palpó la escarcela y el niño gritó: «¡Es el gigante que servía a Roldán!...» En derredor los caballeros reían con respeto. Y súbitamente el pequeño hidalgo, sentado sobre las rodillas de la vieja, suplicó, con un lindo mimo que él quería tener también un gigante que le siguiese con una clava. La anciana sonreía. Y sin vacilar dió orden a los caballeros para que trajesen a Cristóbal. Con un gesto se le mandó caminar al lado de los

equipajes. Y de nuevo los cascabeles de los machos tintinearón y la comitiva siguió lentamente. El sol se había puesto. Los escuderos encendieron las antorchas. A cada instante, entre las cortinas de la litera, asomaba la cabeza rubia del niño que miraba y quería ver si su gigante venía... Y Cristóbal supo por los mozos de estribo (1), que aquellos eran los señores del castillo de Riba-Dona, que quedaba más allá de las lagunas...

Muy pronto, en lo alto de una colina, entre grandes bosques que descendían hacia el valle, surgieron las altas torres. En la más alta ardía una llama que se retorció al viento. Largas bocinas sonaron... Y a la entrada del puente levadizo aparecieron antorchas innumerables que los escuderos levantaban en alto...

El intendente, el senescal, dos frailes con hábito, otros caballeros, esperaban en el patio. En las ventanas ojivales brillaban claridades... Y la campana de la capilla repicaba alegremente. Un escudero, cuya barba blanca caía sobre un corpiño de cuero blanco, recibió en los brazos al niño rubio, a quien las damas acariciaban, agazapándolo en las largas sayas de cola, orladas de pieles...

Se tendió una alfombra sobre la ancha escale-

(1) *Estribeiro*—el que tiene a su cargo las caballerizas. Todavía modernamente hubo en la Corte de Portugal, en tiempos del mártir Rey don Carlos I, los cargos de *estribeiro-môr* y *estribeiro-menor*.—(N. del T.)

ra. Los perros ladraban alegremente. Y bajo la gran puerta, que sustentaba un escudo de armas, una camarista esperaba, con un jarro de plata en la mano mientras otras al lado, tenían una bacía que brillaba, y una blanca toalla fina. . La cola enorme de la vieja que llevaba a la criatura de la mano, desapareció bajo el alto portalón. Los mozos de estribos llevaban los caballos por las riendas; otros recogían las lanzas... Y los caballeros, cuyas espuelas resonaban sobre los enlosados del patio, contaban al intendente y al fraile cómo la jornada había sido buena con la ayuda del Señor, sin encuentros de toros ni de hechiceros (1).

Pero entre tanto todos los criados rodearon a Cristóbal con espanto... El retorció el gorro en las manos, humildemente... Los pajes reíanse de su greña hirsuta, de la inmensidad de sus pies llenos de tierra... Los mismos cocineros habían corrido para admirarle. Los perros asustados ladraban...

Vino un paje corriendo a llamar a Cristóbal a la sala de armas; y a través de un pasillo abovedado por donde había de caminar todo encorvado, y de puertas de encina bajo las cuales apenas podía pasar, llevóle a una sala que era grande como la nave de una iglesia. Por las paredes estaban apoyados ma-

(1) *Lobis-homens* (palabra que emplea mucho Eça de Queiroz en esta obra *San Cristóbal*, son en realidad hechiceros de cierta especie que andaban transformados en lobos. *Lobumanos* podríamos decir también en nuestro idioma.—(N. del T).

nojos de lanzas. De las vigas del techo colgaban banderas; y al fondo en una vasta chimenea, ardían troncos de árboles, ante los cuales los caballeros, en pie, calentaban las manos... Alzóse una cortina y aparecieron las dos damas con el niño en medio de ellas y seguidas de los pajes que traían antorchas de cera...

El pequeño señor del castillo (porque su padre había muerto, hacía dos años, en la guerra del Rey de Occitania) había cumplido seis años por Navidad; y era tan delicado y rubio que parecióse a Cristóbal el Niño Jesús que había en el altar de la capilla... Pero desde niño, había sido educado para ser un caballero fuerte; todas las mañanas le refregaban los labios con un pedazo de oro bendito, para que sus conversaciones fuesen honestas y brillantes; su ropa secábase a la lumbre sobre el filo de una gran espada para que creciese fuerte y amigo de las armas; y traía al cuello un pedazo del Santo Leño para que su corazón se impregnase del amor al cielo... Su encanto fuera siempre oír los historias de los Paladines... De noche soñaba con Roldán y extendía el brazo para empuñar la gran trompa que sonara en Roncesvalle... Y deseaba libertar damas presas en torres, domar dragones y ser servido por un gigante armado de una clava...

Y allí le tenía, su gigante, mayor que todos aquellos de que había oído hablar en las veladas de invierno; a los trovadores que pasaban limosneando o a los peregrinos que habían visto las maravillas de

E Ç A D E Q U E I R O Z

Tierra Santa... Erguido, con la manecita apoyada en la cintura, la mirada brillante, estaba delante de Cristóbal, que sonreía con su vasta faz barbuda toda colgante y enternecida hacia él... Entonces, levantando el dedo hacia lo alto donde estaba el hombro de Cristóbal, dijo muy serio:

—Quiero subir allá arriba...

Su ayo levantóle en brazos, pero no llegaba a aquella altura... Las damas reían; los caballeros también, metiendo los dedos entre los hilos de las barbas... Entonces Cristóbal agarró delicadamente a la criatura y la puso en su hombro enorme... Allá en lo alto, el niño sonreía, viéndolos a todos abajo, tan pequeños, junto a las rodillas del gigante... Pellizcó el hombro de Cristóbal y gritó: «¡Caminal!...» Y Cristóbal anduvo a través de la sala... Para pasar, la criatura apartaba las banderas que colgaban... Sus ojos, llenos de orgullo, relucían como estrellas; pero la madre inquieta, alzaba las manos y llamaba: «¡Rupertot! ¡Rupertot!...» Y el ayo, todo alzado en las puntas de los pies, extendía los brazos hacia las alturas de Cristóbal, para recibir a Ruperto que se arrojaba desde allí, riéndose y sin miedo...

Entonces la vieja dama dió sus órdenes al senescal. Cristóbal fué llevado a las cocinas; donde los pajes y los criados corrieron para verle sentado en el suelo, con una bacía de barro en las rodillas, llena de vino, remojando dentro coronas enormes que un criadito servicial le traía...

Acostado esa noche en una vieja caballeriza abandonada, Cristóbal sintió una gran paz y como un calor que le envolvía, que menos procedía de la paja fresca en que yacía que del vago sentimiento de que alguien le estimaba, le quería y necesitaba de él... Era aquella criatura tan linda, tan noble, con sus largos cabellos de oro... Y toda la noche soñó que una criatura así, cuyos cabellos rubios cayendo sobre la camisa blanca le envolvían en un brillo de oro, venía de puntillas y caminaba a lo largo de su cuerpo, como carretera desigual que trepa montes y valles; sus piececitos apenas se posaban en el suelo; acercándose a su semblante, la criatura parábase y de bruces sobre sus ojos grandes, parecían contemplar dos lagos tranquilos y claros como espejos. Después en el mismo silencio, y caminando sobre su cuerpo, retrocedía hasta la punta de sus pies, de donde se elevaba hacia el aire resbalando en un rayo oblicuo de luna que entraba por una juntura de la ventana...

Al primer claror de la madrugada, antes que la bocina de los centinelas anunciase el día, Cristóbal, saliendo por una puerta abierta, fué a rondar en torno del castillo. Nunca él había visto construcciones tan magníficas. Una larga muralla envolvía toda la colina... Los renúfares crecían en el agua de los fosos... Y más allá había arboledas, tierras de cultivo por donde un río, en aquella hora cubierto de niebla, serpenteaba por entre grandes chopos.

E Ç A D E Q U E I R O Z

Desde tanto tiempo había paz en aquellos feudos señoriales, que la hierba crecía en las hendiduras del puente levadizo. La horca patibular, bajo la clemencia de las damas que gobernaban, tenía las vigas podridas y verdes de musgos. Y sobre el torreón eruguíase una lanza con un morrión clavado y una calabaza, significando que allí se daba hospitalidad a caballeros y peregrinos... Las torres, de tejados agudos, eran innumerables, teniendo todas banderas y flámulas, rojas y verdes, que ondeaban a la brisa... Dragones, de bruces en las almenas, vomitaban el agua de las lluvias... Y en cada ventana ojival, con blasones en las vidrieras, había un tiesto rojo donde crecía una azucena...

Dentro de las murallas todo era magnífico. Los enlosados de los patios, pulimentados como los de una iglesia, estaban rodeados de un festón de tierra donde crecían rosales... El pozo estaba dominado por un palomar que terminaba con una imagen de San Marcos donde las palomas venían a posarse, besándose sobre su gran libro abierto. Por detrás de la negra torre aislada, que servía de tesoro y de archivo, había un jardín en flor, y a los lados un cobertizo para el juego de bolos, una alameda para el juego de lanza... Y en la tranquilidad de aquel solar de damas, ajenas a las cosas de guerra, respetadas en muchas leguas a la redonda, los centinelas, sobre las almenas, jugaban a los dados o dormían como frailes repletos...

S A N C R I S T Ó B A L

Cristóbal pasmábase de estas maravillas cuando un paje le llamó a presencia de un intendente. En una sala abovedada, sentado en una amplia silla de encina tallada, delante de una mesa cubierta de rollos de pergaminos, de infolios con formas estampadas, el intendente marcó a Cristóbal sus obligaciones, que consistirían en acompañar al Señor siempre que él saliese a pie, delante de su ginete y armado de una clava... Después, un hombre, un jorobado, entró y trepando vivamente a una silla, midió a Cristóbal con un codo (1) de madera, desde la cabeza hasta los pies, y salió hacia atrás, saludando, con un manajo de tijeras y de alfileteros resonando en la cintura...

Cuando el traje que el jorobado había medido estuvo dispuesto, Cristóbal recibió orden de tallar una maza con un tronco de árbol; y así vestido, acompañar al Señor que iba a visitar sus dominios; y mientras le esperaba en la clara mañana de Agosto, Cristóbal no cesaba de mirarse en el agua clara de la cisterna, asombrado de las bragas de paño a listas azules y rojas, que le cubrían las piernas, y del jubón rojo y azul que le cubría el pecho, con las armas bordadas del señorío...

Bien pronto el Señor apareció montado en un potro blanco, con plumas blancas en la gorra, bajo

(1) Claro está que aquí codo está tomado, no en el sentido de remate del antebrazo, sino de medida lineal de sesenta y cinco centímetros aproximadamente.—N. del T.

E Ç A D E Q U E I R O Z

la cual caían sus cabellos rubios. Un ayo a su lado llevaba el halcón en el puño... Y dos caballeros seguían con la lanza en alto. Viendo a Cristóbal, el niño gritó de alegría; y tres veces hizo correr al potro que se espantaba en torno de Cristóbal inmóvil, con la maza al hombro. Después, atravesando el puente levadizo, corrió por el ancho camino, volviéndose en la silla, airoso y vivo, para ver a Cristóbal que trotaba con sus amplias pisadas y la larga guedeja al viento.. Por las puertas de las casuchas, los villanos del castillo arrodillábanse al paso del Señor que les arrojaba monedas de cobre de su escarcela; después, en grupo, con los brazos extendidos, quedábanse mirando al gigante que corría detrás.

Al final del paseo, habiéndose parado en un claro del bosque donde se erguía una torre, el niño no quiso montar el potro, sino volver al castillo cabalgando sobre Cristóbal. En vano el ayo, con una rodilla en tierra y el potro por las riendas, le rogó que montase. Con la mirada viva, él dijo solamente: «¡No quiero!» Y suspirando, el viejo ayo ayudóle a trepar al cuello de Cristóbal donde él montó con las espuelas clavadas en el peto de cuero. Entonces su alegría fué extrema. Era como si estuviese en lo alto de una torre que caminase. Ora le hacía detenerse para agarrar las más altas flores de los madroñeros, que tiraba al suelo; ora quería escudriñar los nidos; ora espoleando el peto de Cristóbal, corría agarrado

S A N C R I S T Ó B A L

a sus cabellos como a las riendas de un corcel... Y así volvió al castillo donde la madre y la abuela, en el gran balcón de piedra, apretaban las manos, entre inquietas y satisfechas; al ver así al niño cabalgar sobre el gigante como en los cuentos de los menestrales...

Y desde ese día la mejor alegría del niño fué cabalgar sobre Cristóbal. Daban entonces grandes correrías en torno a las murallas o en derredor de los fosos, a veces más lejos, hasta la selva, Cristóbal siempre trotando, el niño siempre riendo... Y así poco a poco el niño se aficionó a Cristóbal, como a un caballo que le comprendía, le hacía reír, con cabriolas violentas o pasos amplios y ondulados, como los de un vasto dromedario... Cristóbal, poco a poco, se entregó también de todo corazón al niño. Cuando le sentía sobre los hombros, todo su semblante se iluminaba. Por muy fuertemente que le tirase de los cabellos, sólo sentía la caricia de sus manos. Para hacerle reír, relinchaba como un corcel de guerra; o fingía miedo y no quería avanzar y las espuelas del niño desgarraban el cuero de su tabardo espaldar. En los días en que llovía, y el niño no salía del castillo, todo el día Cristóbal rondaba tristemente por los patios, con la melancolía de su ociosidad; y de noche no se recogía a su rincón, con los ojos en la ventana donde lucía la luz que iluminaba al niño.

A veces, sin embargo, el niño quería que Cristóbal asistiese a su comida; y entonces los pajes abrían

E Ç A D E Q U E I R O Z

más de par en par los grandes cortinones de tapicería para que Cristóbal penetrase en la vasta sala, donde el techo estaba pintado de azul y salpicado de flores que brillaban como recortadas en oro... Inmóvil en un ángulo, contemplaba al niño, que se sentaba al lado de la abuela, en una silla de alto respaldo como la de ella. Por detrás, su ayo cogía los platos de manos del escudero. Sobre la mesa, cubierta de lino fino, tintineaban las copas de plata... Los anaqueles se doblaban al peso de las vajillas. Una gran hoguera bailaba en la chimenea donde estaba representado el cerco de Antioquía; y sobre las estacadas de hierro pulido, los halcones afilaban el pico.

Pero a veces el niño quería que Cristóbal estuviese más cerca. Entonces, la madre resignada hacía un gesto seco; y Cristóbal, muy humilde, asustado de los esplendores señoriales, venía inclinando los hombros, con su gorro en la mano... El niño quería que se pusiese de rodillas, con las manos en el suelo, y le golpeaba las espaldas, le tendía pedazos de carne, que comía haciendo ruido para divertirle más...

Otras veces a la noche, un paje venía a buscar a Cristóbal a las cocinas y entraba en la gran sala donde ardía una hoguera en la chimenea... Sentada en su silla, la abuela tenía un libro de horas abierto en las rodillas, con el niño al lado. De frente, la madre hacía tapicería. Y un trovador, al pie, sentado

S A N C R I S T O B A L

en un escabel, contaba un largo romance de amor y de caballería... Era siempre un paladín de armas negro, una dama encerrada en alguna alta torre, un gigante guardando la puerta de un castillo encantado... El niño exclamaba:

—¡También yo tengo un gigante!...

Y hacía entonces levantarse a Cristóbal que parecía monstruoso, con las gruesas rodillas vivamente iluminadas por la llama de los troncos ardiendo, la cabeza casi perdida en la sombra de las altas vigas... El fraile levantaba los párpados adormecidos; la dama quedaba con la larga aguja suspensa sobre la tapicería; y todos, mirando a Cristóbal, sentían más viva y real la larga historia de hadas y caballeros... Después los escuderos servían pastas secas y las grandes jarras de hipocrás.

Así transcurrían los días tranquilos en el castillo tranquilo. El vigía, invariablemente, al anunciar con un toque de bocina, el nacimiento del sol, izaba en el mástil de la Torre del Homenaje la gran bandera de seda con las armas del Señor. Las ventanas del castillo se abrían; el sacristán barría la capilla; el siervo de los corrales llegaba cargado con sus cántaros de leche; y los pajes, cantando como pájaros que se despiertan, descendían corriendo hacia el juego de bolos o a la liza cubierta, donde el maestro de armas ya probaba las espadas, doblando las láminas, o examinaba los hierros de las lanzas.

Si el tiempo era claro, las damas y el niño daban

E Ç A D E Q U E I R O Z

un paseo por las altas terrazas. El niño, a veces, poniéndose de bruce, clamaba por Cristóbal mientras las damas respiraban el aire fresco o seguían el vuelo de los halcones nuevos que los halconeros adiestraban.

Al mediodía dos trompeteros anunciaban la comida de los Señores; en el portalón del castillo ibanse juntando los pobres de las tierras señoriales para recibir después en los sayales extendidos el resto de los panes o el esqueleto de las aves...

A veces, por la tarde, un repique de panderetas y de cascabeles anunciaba la llegada de una compañía de menestrales y juglares; uno de ellos, con el gorro en la mano, pedía permiso para dar una representación en el patio... Las damas venían al balcón; todos los pajes corrían; el archivero echaba la cabeza fuera de la ventana de la torre; los cocineros curioseaban entre las rejas de hierro; y en el patio los juglares, tirando bolas, danzando en la cuerda floja, levantando pesos o representando farsas, suscitaban grandes ¡ahhh! lentos y maravillados... Cuando salían, siempre alguno de ellos llamaba a Cristóbal con gesto discreto; y fuera del puente levadizo le persuadían a que viniese con ellos, en la vida alegre y libre, a recorrer los castillos, visitar las ferias, entrar en las ciudades y ganar dinero para la vejez... El se negaba con un movimiento lento de la cabeza. Y ellos seguían, aun volviéndose para verle, calcu-

lando las ganancias que obtendrían con la exhibición de aquel gigante...

Otras veces era una comitiva de hidalgos que llegaba de visita. El patio estaba todo sonoro del relinchar de los corceles. Los pajes corrían apresurados. En las ventanas corríanse las alcatifas; y en las cocinas, el maestro cocinero, más rubicundo y encendido que un pimentón, preparaba grandes empanadas de donde saldrían palomas vivas... En esos días el niño sentía orgullo de mostrar a su gigante; y delante de los caballeros pasmados, Cristóbal sonreía en derredor, con el niño a caballo en el hombro. Y el capellán de los huéspedes tomaba siempre las medidas de Cristóbal, para relatar en las historias...

Otras veces, ya en noche oscura, resonaba a las puertas del Castillo una trompeta de guerra. Y un caballero entraba silencioso, revestido de coraza de hierro, seguido de su escudero. Una camarista corría con el gomil de agua perfumada para derramarle en las manos; un paje desembarazábale de su lanza; otro marchaba delante, con una antorcha de cera; y el caballero, con su yelmo en la mano, sacudiendo los cabellos, lanzaba un nombre sonoro de paladín, famoso ya en aquellas tierras... O bien era un peregrino a quien los escuderos llevaban primero a la cocina donde alargaba su manto delante de la lumbre para secarlo de la humedad de los caminos. Cristóbal agarraba con respeto su bordón de donde colgaba una calabaza. En breve un capellán

le conducía ante las damas a quienes contaba sus jornadas y las maravillas del Santo Sepulcro; y Cristóbal esperaba para besarle la orla de la esclavina, que había tocado en el sepulcro del Señor...

Así pasaban los años. El niño crecía, y ahora comenzaba a enseñársele todo lo que respecta a las cosas de la caza y a las cosas de la guerra. Todos los días el montero traía perros para completar la jauría del Señor; y llegaban a cuestras de las mulas, cajas que contenían armas taraceadas, para que el niño aprendiese el manejo... Pero, por deseo de la abuela, que era dada a las cosas del *gay-saber*, el niño pasaba largas horas con el capellán, que le enseñaba a conocer las letras, los números y a trazar su nombre en el pergamino. Poco a poco, el niño había perdido su curiosidad por Cristóbal. Y ya a veces pasaba delante de él sin sonreírle o hacerle señas con la mano, ya calzada con el guantelete de caza...

Pero Cristóbal no vivía ocioso. Los pajes dábanle armas para limpiar. El sacristán, viejo y temblón, rogábale que barriese la capilla; y hasta era él quien encendía los hornos de la cocina o fregaba la vajil'a sucia... Después, un día, la abuela, leyendo una historia en que un gigante guardaba un tesoro, quiso que Cristóbal guardase la torre donde estaban los archivos y las arcas del dinero. La torre fué entonces su cuidado; constantemente la vigilaba para limpiarla de los musgos o de las hierbas... Todas las ma-

ñanas y todas las tardes pulía las rejas de las ventanas altas para que ningún hierro estuviese flojo o sin soldar. Era él quien llevaba la comida y la cena al archivero, siempre de bruces sobre sus pergaminos... Y ahora dormía a la puerta de la torre, con la gran llave de hierro, muy apretada en la mano. Sin embargo, a veces el niño aún quería ser seguido por Cristóbal. Eran sus días alegres. Como un perro medio abandonado, sus ojos ingenuos y buenos imploraban una caricia... Pero el niño le despedía en seguida con un gesto; ahora solo se interesaba por armas, por halcones, por corceles de guerra. Y Cristóbal, suspirando, con el corazón cargado, se iba a estirar junto a la torre, con su gruesa llave sobre las rodillas...

Después, un día, un pariente llegó al castillo, trayendo de presente al niño un enano deforme, poco más alto que una saeta, con una cabeza enorme, de ojos oblicuos y una larga barbilla roja, que le hacía como una barba de macho cabrío. El niño tuvo entonces una pasión por el enano. Y nunca más reparó en Cristóbal.

El dolor de Cristóbal fué inmenso. El castillo le pareció súbitamente tan frío y desierto como un cerro que los vientos del Norte baten... Todo el día sus ojos acechaban las terrazas por donde el niño paseaba, la puerta por donde salía, la liza donde venía a jugar a la saeta. Y cuando se asomaba Cristóbal se escondía entre los ángulos de las torres, no

E Ç A D E Q U E I R O Z

queriendo mostrarse por comprender que no era deseado o por el recelo de ver que no era llamado con la risa alegre de otros tiempos. Y en su sencillez pensaba: «¿Qué le hice yo? ¿Por qué no me quiere?...» Todas las noches soñaba con él... Era siempre el mismo niño, con los cabellos rubios sobre una camisa muy blanca que caminaba encima de su cuerpo, pero en lugar de venir a contemplar su rostro, solo venía a enterrar la punta de su saeta en el sitio donde sentía palpitar el corazón, con un gesto que era seco y cruel...

Sentado a la puerta de la torre, pensando en aquella ingratitud, lanzaba grandes suspiros; y el archivero asomaba la cabeza allá por el postigo, al estrépito de aquel dolor. Para estar mezclado, al menos, en las cosas del niño, era él quien limpiaba su potrero favorito; aún a veces le besaba el hocico; y la silla en que el niño montaba, las riendas cubiertas de terciopelo, sus estribos de plata eran como cosas sagradas que tocaba con devoción...

Por ese tiempo, una mañana hubo un gran rumor en el castillo. El niño estaba enfermo. En seguida dos pajes partieron galopando, y no tardó en llegar, montado en su mula, el físico con su caja de drogas. Hubo entonces días de inquietud... La capilla, estaba todo el día iluminada y las ayas rezando. De un convento vecino vinieron las reliquias de San Teódulo. Los pajes, sin jugar, sin luchar, cuchicheaban con miedo por los rincones; y otros iban a bus-

S A N C R I S T O B A L

car por los senderos, peregrinos o mercaderes ambulantes que trajesen de lejos alguna receta nueva e ignorada. Cristóbal no dormía... Toda la noche, sus ojos estaban clavados en la ventana de los aposentos del niño. Interrogaba temblando a las camaristas... Iba por las casuchas de adobe de los siervos, preguntando por hierbas. Fué muy lejos a consultar a un pastor hechicero... Y para que ningún rumor inquietase al niño, iba de noche con una gran vara a batir el agua de los fosos para hacer callar a las ranas...

Un día, no obstante, el niño asomó en la terraza del castillo, apoyado en las dos señoras, pálido aún, sonriendo al sol de invierno. Todos los criados y los siervos corrieron saludándole de lejos con los gorros... La campanita de la capilla repicaba alegremente. Y Cristóbal, con las manos juntas esperaba ansiosamente que los ojos del niño se posasen en él... Pero el niño se acercó al borde de la terraza, y sus ojos, aún vagos y tristes parecieron no reparar en su gigante... Cristóbal fué a recogerse a su torre, con dos gruesas lágrimas rodándole entre las barbas...

XIV

EL castillo perdió entonces para él todo su encanto; y como ahogado entre sus altos muros, volvía sus pensamientos hacia los campos y hacia las moradas de los siervos entre los cuales naciera. Como la paz era tan grande, ninguno de los servicios de guardia era hecho con exactitud; los centinelas dormían en los torreones, como frailes en el locutorio; los porteros dejaban los manojos de llaves colgantes de las argollas de hierro; y la torre de los archivos no necesitaba ser guardada. Luego que barría, pues, Cristóbal, cogiendo el bordón, iba por las tierras del feudo, por los caseríos de los colonos y de los siervos...

Todos le conocían. Había siempre para él un jarro de vino, y Cristóbal saltaba con los niños o ayudaba a trasquilar los corderos. Poco a poco tornóse servicial para todos, y como antaño en su aldea, era él quien acarreaba los fardos, cortaba la leña, componía los tejados, pulimentaba los suelos más duros. Aún a veces, iba a pastorear los rebaños o guardaba los molinos. A la noche quedábase entre aquella pobre gente, sin nostalgia del buen calor de

las cocinas del castillo, del pan fresco y de su buena ración de carne salada. Reunidos junto al hogar, en una de las chozas, pasaban el final de la tarde, ya oscura, mirando la lumbre, donde las mozas asaban castañas entre la ceniza. Y Cristóbal en medio de ellos, escuchaba su habla lenta y grave. Los más viejos contaban historias del antiguo conde, hombre cruel que en los campos impelía su corcel contra los labradores o asolaba los vergeles. Decíase que tenía pacto con el demonio; y muchos le habían visto cazar de noche, a la luz de antorchas, guiado por un cazador todo rojo, que tocaba una trompa de donde salían chispas de lumbre. Otros tiempos más suaves habían venido con el otro conde, el que había muerto en las guerras, y con las damas, tan clementes, que las horcas patibularias estaban pudriéndose... Pero ¡cuánto pesaba aún sobre ellos, aquel alto castillo, de blasones de flámulas!... ¡Qué dura era aún la vida, siempre sujeta, toda de duros trabajos! Y cada uno contaba su miseria; el ajeteo incesante, el pan escaso, los hijos harapientos por los raudos fríos, el hambre viniendo a veces con sus dientes de loba... Las voces íbanse tornando más tristes... El viento entraba por las hendiduras de las casucas. Las madres, con un suspiro, arrullaban las cunas donde dormían los inocentes destinados a la misma servidumbre y a la misma miseria. Cristóbal sintió el corazón que le dolía, con una compasión infinita...

S A N C R I S T O B A L

A veces, un fraile mendicante llamaba a las puertas y entraba echando bendiciones; y dejando a un rincón su alforja, iba a calentar al hogar los pies endurecidos de los caminos, lacerados por las ortigas, y el hábito de estameña que escurría agua... Hijo de villanos, habiendo nacido en las labores del campo, conocía las miserias de la servidumbre; y fraile pobre, sufría de la opresión y del orgullo de los preladados ricos, con castillos y tercios armados... Entonces, sentado en el mejor taburete, con su rosario caído entre las rodillas, hablaba también de la miseria de los tiempos. Ciertamente, Nuestro Señor, cansado de tanta maldad de los grandes, no tardaría en volver a la tierra, distribuir mejor el pan, reformar las órdenes religiosas y abatir el orgullo de los ricos-hombres. ¿Y quién sabe?... ¡Qué incomprensibles son los caminos de la Providencia!... Tal vez para castigar a los castillos, Dios rebelase a las cabañas. Una hoz sería la mejor arma, cuando es la mano de San Miguel Arcángel quien la mueve... Tal vez en la tierra se repitiese en breve la batalla del Arcángel y del Demonio... Ya un fuego había asomado en el cielo, hacia el lado del Oriente. Y sobre el mar se habían visto alzadas y entrechocando una hoz y una lanza. Y entonces alzando la voz, contaba cómo en los condados que había atravesado, los hombres se juntaban de noche en una selva y tramaban el fin de la servidumbre.

Cristóbal regresaba pensativo al castillo. Y todas

aquellas torres y aquellas murallas le parecían de un aspecto cruel y hostil al pobre... ¿Por qué no habría para todos el mismo hogar y el mismo pan? Aquellos tesoros que él guardaba en la torre serían la abundancia para muchas criaturitas sobre toda la tierra. ¿Para qué eran tantas armas? Los hombres no debían combatirse, sino solamente abrazarse en abrazo de concordia...

Un día en que así meditaba, sentado al borde de los fosos, un viejo vino a pasar por allí—uno de los siervos del castillo—picando a su burro cargado de hierba. Parecía tener prisa y en su mirada había como una inquietud. Al ver a Cristóbal, se detuvo diciendo: «¡Malas nuevas, malas nuevas!» Y como Cristóbal abrió los ojos ingenuos, el siervo contó que del mercado de donde venía, corría el rumor entre la gente de que una bandada de siervos se había insurreccionado en un dominio, más allá, por detrás de las colinas, teniendo por lema: «¡Muerte a los castillos!...» Otros siervos se habían unido a ellos armados de chuzos. Toda la tierra estaba en insurrección... Y ya dos castillos habían sido atacados, las damas muertas, las criaturas también, y ahora las dos torres ardían sobre la colina... Y sin otra palabra más picó espuela a su burro, cargado de hierba...

Pero inmediatamente Cristóbal se levantó detrás de él y comenzó a seguirle... Cuando llegó detrás de él a la aldea, ya había grupos en el atrio; ya se ha-

blaba bajo a la puerta de las chozas. La noticia habían sido atacados, las damas muertas, las criaturas también, y ahora las dos torres ardían sobre la colina... Y sin otra palabra más, picó espuela a su buro, cargado de hierba...

Pero inmediatamente Cristóbal se levantó detrás, de él y comenzó a seguirle.. Cuando llegó, en pos de él, a la aldea, ya había grupos en el atrio; ya se hallaba bajo a la puerta de la chozas. La noticia había llegado ligera como el viento y a todos espantaba. En los semblantes de los hombres mozos había como una emoción, una duda; si no sería deber de todos tomar las hoces, las azadas, hacer armas con el hierro de los arados, ir a juntarse a sus hermanos de servidumbre, vengar a los pobres. Los viejos meneaban la cabeza con una gran prudencia. ¿De qué serviría?... Siempre los barones vencerían, montados en sus grandes corceles... Y las mujeres, inquietas, recordaban la bondad de las damas del castillo, sus limosnas, los pedazos de cordero que por Navidad mandaban a todas las casucas. ¿Qué ocurriría si el grupo viniese a atacar el castillo?... No había soldados para defenderlo ni armas. ¡Pobres señoras, tan solas y débiles! ¡Pobre condesito, tan débil y solo!...

Cristóbal había escuchado en silencio. Y en silencio también se retiró al castillo. Toda esa tarde rondó las murallas como para estudiarles la solidez y la resistencia... Después con sus puños fuertes palpó las puertas. Y como en ese momento pasaba

E C A D É Q U E I R O Z

el Intendente, seguido de su perrazo, preguntó:

—¿Qué haces, Cristóbal?

El respondió:

—Anda mala gente por los campos; es necesario levantar el puente...

El Intendente se sonrió y se encogió de hombros; y en esa noche hizo reír a las damas contando los terrores del gigante...

Cristóbal, sin embargo, no dormía. En lo alto de la torre de la almenara, toda la noche oteó las tierras a la redonda. A lo lejos, sobre una colina, había como hogueras de un campamento. Pero ningún rumor se oía sino el croar de los sapos en la planicie. Cuando vino la alborada, Cristóbal bajó; y yendo a las fraguas, escogió dos enormes trancas de hierro, que servían para atrancar las puertas, ahora en desuso. Después la campanita tocó a misa en el aire sutil. El archivero vino a sentarse entre sus infolios y las damas distribuían la labor a las hilanderas y a las siervas. Y todo el castillo reposaba en la santa paz del domingo;—cuando un paje, que en las almenas hacía una trampa a los pájaros, soltó un grito que despertó a los arqueros, adormecidos en su garita de piedra. Al punto resonó un son de bocina, un gran llamamiento de alarma... Todos los pajes corrieron a las almenas. Las damas aparecieron por detrás de las vidieras del balcón. Y los cocineros salieron a los patios con sus cacerolas en la mano.

En seguida corrió el grito de que un grupo armado avanzaba sobre el castillo. Los pajes corrieron en confusión a la sala de armas a coger espadas y lanzas. Los guardias atrancaban las puertas desesperadamente. Y el Intendente, con los cabellos al viento gritaba que se calentase la pez y el alquitrán para soltarlos sobre el bando si quisiese escalar las murallas. Pero nadie escuchaba entre el desorden. La larga paz había desacostumbrado a los habitantes del castillo de la disciplina y de la prontitud. No había un caballero para mandar. Y las mujeres corriendo hacia la capilla y llorando, ablandaban los corazones.

Súbitamente un gran alarido resonó bajo los muros... Cristóbal subió a las almenas y vió un grupo de hombres, siervos harapientos, furiosos, blandiendo hoces, chuzos, antorchas, amontonándose en el puente levadizo, que nadie se había acordado de levantar, mientras otros, en derredor, con grandes hachazos, abatían las horcas patibularias y el banco de piedra de la justicia, que el musgo cubría bajo el olmo señorial... Ya resonaban golpes de hacha contra la puerta, haciendo saltar astillas. Un tronco enorme, que innumerables manos sustentaban, fué traído y arrojado como un ariete contra la puerta, en la cual topaba como un carnero... Encima los arqueros despedían flechas con mano insegura... Cada grito de herido excitaba más a la turba y los hachazos redoblaban, y la vieja puerta pronto fué partida

E Ç A D E Q U E I R O Z

en pedazos... Entonces los arqueros y los pajes descendieron para refugiarse en la torre; y Cristóbal, agarrando en la mano las trancas de hierro, corrió hacia la torre señorial. Dentro, en la gran sala abovedada, estaban las damas pálidas, una junto a otra, con el condesito entre ellas, casi escondido en sus vestidos. El viejo senescal rezaba de rodillas. Y en derredor, amontonábanse los infolios, los archivos de la casa, los grandes árboles genealógicos; todo lo que constituía el orgullo de aquella familia... Era como la ciudadela del feudalismo donde todo se hallaba reunido; la esperanza de una casa, sus títulos, sus tesoros, toda su gloria. ¡Y todo aquello era amenazado por una plebe revuelta...

Cristóbal fué humildemente a apostarse al fondo de la sala abovedada. Y tan grande era el terror, tan arraigado el desdén por los siervos, que no era en él en quien los Señores pensaban, ni en el poderoso socorro de su fuerza indomable, sino en las espadas de los pajes, a quienes gritaban que defendiesen la puerta...

Al través de los patios, entretanto, ya los gritos de los heridos resonaban entre el clamor de la turba de los Jacques, que venía como una onda que reventó los diques... Y apenas la puerta de la torre había sido cerrada cuando sobre ella cayeron enormes hachazos, entre berridos de furor, estrépito de cristales que se rompían y gritos de siervos asesinados... Dentro nadie hablaba, todos con los ojos clavados

en aquella puerta atacada;—viejas planchas de encina y herrumbosas chapas de hierro que eran la única defensa contra la muerte... Los pajes, más pálidos que la cera, empapados en la molicie por los años de paz, sin educación guerrera, formaban en derredor de las mujeres una valla de espadas; espadas cuyas puntas temblaban... El capellán rezaba inclinado. Y el archivero extendía los brazos por encima de sus infolios como para protegerlos, con los ojos clavados en la puerta, y estremeciéndose a cada hachazo. Solo la abuela parecía serena, sostenida por su orgullo, con el pecho erguido, como preparado para la muerte mientras la nuera sucumbía agarrada al hijo, bañándole de lágrimas... Y por la escalera de caracol, que subía al departamento superior, apiñábase la servidumbre, las ayas;—algunas aún con su rueca en la mano...

A los golpes desesperados la puerta cedía. Por las rendijas de la muralla entraba el humo de las hogueras que los Jacques encendían en el patio para prender fuego al castillo, con los muebles que arrastraban de las salas; sillas blasonadas y arcas llenas de ropas. Ya nadie contaba con la vida... Dos ayas viejas, de rosarios en la mano, pedían la absolución al capellán, que no las escuchaba, de rodillas, crujiendo las mandíbulas, entre clamores de *misere-re-re...*

De repente la puerta cedió, bajo sus grandes goznes que estallaron; y puntas de chu-

E Ç A D E Q U E I R O Z

zos, de hoces, rostros lívidos, brazos descarnados, irrumpieron en una furia de matanza. Las damas habían huído. Ya un viejo harapiento saltaba la puerta, con una hoz en cada mano; cuando del fondo de la bóveda, surgió Cristóbal enorme, con la faz ardiente, una barra de hierro en cada mano...

Fué como una aparición; y la turba furiosa retrocedió con terror. Era como si ante ella surgiese, visible, real, ese gigante monstruoso, guardador de torres, del cual habían oído ellos hablar pálidos de espanto, en las historias contadas junto al hogar... Y en ese momento de espanto, Cristóbal, lanzando un gran grito, cargó sobre la turba, que retrocedió en tropel, recogiendo las hoces y los chuzos. Bajando la cabeza, Cristóbal irrumpió de la puerta como una gran torre; y en el aire libre del patio, su figura oscura, cubierta de una piel de lobo, con dos llamas brillando bajo la hirsuta pelambreira de las cejas, pareció salida del infierno y como llena de fuerza invencible... Sus gritos hacían temblar los muros; y las dos barras de hierro cortaban furiosamente el aire, silvando... A cada una de sus largas zancadas, la turba retrocedía con un ronco murmullo de terror... Algunos habían huído por entre las hogueras, donde ardían los grandes muebles de encina labrada. Las mujeres del grupo gritaban que era el demonio, y uno u otro chuzo que se alzaba volaba en astillas bajo el golpe de la barra de hierro...

Hacia atrás, hacia atrás, siempre hacia atrás iba la

turba, atravesando los patios, tropezando en los siervos que habían matado, cayendo sobre las hogueras que habían encendido... Ya estaban contra la muralla. Ya las espadas se volvían para huir... Entonces, con un último berrido, que atronó toda la colina, cargó Cristóbal sobre la turba, que, en un súbito pavor, se detuvo ante la puerta abierta, trepó por el puente levadizo, descendió a rollones la colina hasta pararse en el valle, donde los carros esperaban... Y Cristóbal, pasando también el puente, quedó en medio de la colina, inmóvil, grande como una torre, apoyado en su barra de hierro y limpiando el sudor... Pero entonces, entre la multitud que abajo se agitaba, un viejo avanzó sin armas, con una rama de oliva en la mano; y caminó hacia Cristóbal. En medio de la colina se detuvo y alzando los brazos preguntó a Cristóbal por qué los atacaba él, siervo, que de fijo sufría la servidumbre, a ellos, siervos también, que al fin de tanto tiempo de sufrimiento solo querían participar de alguna de las dulzuras de la tierra... No era solo por el mal de destruir por lo que atacaban los castillos... Es que allí, entre sus murallas, estaba la gente orgullosa que les esclavizaba, causaba el hambre de sus hijos, el frío de sus moradas y las fatigas sin nombre; y ellos venían simplemente a extirpar el mal de la tierra... El viejo que le hablaba, trabajara cincuenta años sobre la gleba, tuviera el cuerpo llagado por los azotes y viera su choza quemada por el Señor; en torno de él,

E Ç A D E Q U E I R O Z

largo tiempo, sus hijos habían clamado de hambre; temblado de frío; y azotado, aplastado, pisado, exprimido, por la fuerza, como un trapo vil, había cogido un puñal y había salido a hacer justicia en el mundo. De todos los suyos sólo le quedaba un nieto, un nieto pequeñito, de seis años, inocente y sencillo como un cordero. Y porque había quitado una manzana a los manzanos de la pomarada del castillo, donde era siervo, el Señor le había hecho colgar por sus propias manos de un árbol, había azuzado contra él a todos los perros, y toda una noche de invierno, lo dejara desnudito bajo la nieve... Cuando le desprendieron del árbol, estaba moribundo. Y la voz del viejo temblaba...

Cristóbal dejó caer la barra de hierro y con las manos vacías y vagas, y abiertas en el aire, la cabeza caída, parecía pensar en el fondo de su simplicidad. Y el viejo, avanzando, le preguntaba por qué no había de venir con ellos a combatir a los monstruos que matan niños en sus negros castillos, acabar con los amos crueles, para que bajo el cielo, por un momento, los humildes respiren y limpien sus lágrimas, con sus pobres manos que temblaban. Entonces, lentamente, Cristóbal apoyó entre las manos la barra. Poco a poco descendió por la colina. Y el viejo, delante de él, gritaba agitando el ramo, tropezando en los pedriscos:

—¡Este es el gran gigante que nos viene a liberar!...

Los *Jacques* (1) apenas comprendían. Algunos viendo descender a Cristóbal, huían saltando las vallas. Otros furiosos, enristraban los chuzos... Pero Cristóbal, blandiendo la barra, gritó:

—¡Venid!...

Y en un impulso irresistible, todo el bando le siguió en una aclamación; mientras desde las murallas del castillo, el Intendente, entre los hombres de armas, de pie en las almenas, extendía el brazo, mostrando a Cristóbal, que se afiliaba con los *Jacques* y partía a través de las campiñas...

(1) Los *Jacques* es la designación genérica que se dió a los campesinos franceses en la época del feudalismo, más propiamente *Jacques Bonhomme*—Jacobó Buenhombre—para dar a entender la paciencia y resignación con que sufrían las exacciones de tributos y abusos de poder de los nobles. De ahí que se conozca en la historia con el nombre de *Jacquerie*—«La Revolución est la vaccine de la *Jacquerie*», dice Víctor Hugo—el movimiento revolucionario que estalló en el siglo XIV, en Mayo de 1358 el día del Corpus, y no en Noviembre de 1357, como pretende Froissart, el gran cronista francés, muy recusable testimonio en este punto histórico por no haber querido comprender aquella revolución que fué una protesta contra los abusos del feudalismo. El formidable historiador Henri Martín hace un relato espléndido de este anticipo de la revolución de los campesinos rusos de hoy, de este movimiento genuinamente popular, en su monumental *Histoire de France*. El traductor anterior de *Sau Cristóbal* traduce los *Jacques* por los *Jacobos*, sin más explicaciones.—(Nota del Traductor).

TODAS las mañanas marchaban a través de las tierras duramente. Era el viejo quien les guiaba; y Cristóbal en silencio, caminaba a su lado, con su barra de hierro al hombro... Detrás iba la larga fila de desarrapados (1) con viejas cotas de armaduras cuya malla se deshacía, morriones abollados, donde algunos habían clavado plumas, las piernas desnudas, las manos levantando hoces, chuzos, estacas de carretas... Las mujeres venían detrás, unas con hijos flacos colgados de las sayas, otras trayendo los más pequeñitos al cuello, y las más viejas inclinándose bajo fardos, donde se había reunido lo que quedaba en las arcas, algún escaso celemín de pan, una alcuza de aceite, un pedazo de carne salada; y detrás aún venía otra fila de hombres, viejos, pastores con su cayado y su mastín, segadores levantando en alto

(1) *Maltrapilhos em farrapos*, dice Eça y no lo traduzco al pie de la letra, porque resultaría una frase absurdamente pleonástica a pesar de estar autorizado para ello, pues la palabra *maltrapilho* tiene correspondencia literal en nuestro idioma, y ha servido de designación a un personaje de quien nadie se habrá olvidado: el arráez Maltrapillo.—(N. del T.)

la hoz, siervos huidos, mendigos, largas hileras de miserables que de hambrientos que estaban no podían marchar aprisa y dejaban una larga nube de polvareda que quedaba suspensa en el aire...

Ai comienzo de la tarde, guiados por el viejo, haláronse súbitamente, después de haber bordeado un pinar, delante de un castillo que dos torrecillas flanqueaban; y en ese momento venía, saliendo del puente levadizo, a caballo, un señor de largas barbas blancas, sin armas; a su lado, montada en una hacanea blanca, una nodriza sustentaba en el cuello a una niña y detrás seguían cuatro escuderos armados de lanzas. Al ver súbitamente aquella turba que avanzaba, el Señor se detuvo y uno de los escuderos tocó desesperadamente la bocina mientras otros toques respondían sobre las almenas... Y volviendo atrás la yegua, la nodriza galopó hacia dentro del castillo. Ya las murallas se poblaban de soldados. Pero el Señor desarmado clavaba, sin moverse, sus ojos de águila sobre la muchedumbre inmensa de desharapados que en una hilera, sobre el tortuoso camino, soltaba grandes gritos de ataque, blandiendo los hierros... Entonces Cristóbal, haciendo un gesto con su barra de hierro, detuvo a la turba que se inmovilizó. Y arrojando la barra, avanzó solo con los brazos abiertos hacia el Señor, inmóvil en su gran corcel. Toda la muralla estaba cubierta de arqueros y de hombres de armas. Todo el camino estaba negro de la multitud de los desharapados. Y en el

puede levadizo, el caballero y el gigante quedaron solos, frente a frente...

Entonces arrancando una gran voz del pecho, Cristóbal gritó:

—Venimos en paz. Traemos a las mujeres y a los niños... Nada tenemos contra tí... Pero todos los que me siguen tienen hambre. Detrás de tus murallas hay tesoros, arcas llenas de pan, grandes piezas de carne delante del hogar... Estos que vienen conmigo no tienen una moneda de cobre, trabajan toda la vida, sufren hambre, ven a las criaturitas devorar las raíces, mueren por los rincones de los bosques como lobos, y toda la vida es para ellos un tormento... Da una limosna de tu abundancia a toda esta pobreza que pasa... Si quieres, ven; no temas, pasa a través de esa multitud, mira esos cuerpos flacos, mira esas criaturitas llorando de hambre, las viejas tropezando bajo los fardos, toda una miseria que ya no puede sufrir más... ¡Ten piedad!...

Y habiendo hablado así, Cristóbal volvió a su sencillez, quedó mudo, estúpido, con sus grandes ojos de buey de trabajo, clavados en el castillo... Despachito el Señor volvió riendas y al paso, con la cabeza baja y pensativa, sumióse bajo la puerta del castillo... Pero las puertas no se cerraron; y de dentro, al poco tiempo, salió un siervo arrastrando una vaca; otros trajeron carneros; otros fuertes cestos de carne con pan y sacos de habas; otros, un arca que venía llena de dinero; y habiéndolo juntado todo en

un montón, delante del puente levadizo, un siervo gritó, retirándose:

—¡Este es el don de mi Señor a los pobres que pasan!

Y el puente levadizo se alzó con un fuerte crujir de cadenas de hierro...

Mandados por el viejo, en desorden, los Jacques cargaron a las espaldas y en los carros los dones del Señor; y de nuevo se internaron en el camino, llevando al frente a Cristóbal, que parecía mudo y como espantado, con su gran barra de hierro...

Un regato corría en la falda de la colina. Y allí quedaron los *Jacques* para pasar la noche. En seguida se encendieron hogueras... El viejo puso centinelas en todos los rincones. Y en esa noche las criaturas no lloraron de hambre y hubo una gratitud en el corazón de los hombres. Cristóbal no quiso más que un pedazo de pan. Bebió del agua pura del regato; y toda la noche, sentado en una piedra, mientras estirados en el suelo, bajo los árboles, los *Jacques* dormían, él miró las estrellas y pensó en Jesús, que estaba por detrás y a aquella claridad de sus lámparas, le miraba tal vez entre esos desgraciados como un padre entre sus hijos.

De madrugada, los *Jacques* levantaron el campo; y guiados siempre por el viejo y por el fraile, marcharon a lo largo del regato hasta que, llegando a los primeros robles de un gran bosque, sintieron un olor nauseabundo, y vieron un hombre, un siervo,

ahorcado en una rama de árbol, y ya medio roído por los cuervos. Una indignación corrió entre los *Jacques*, cuando algunos que se habían adelantado descubrieron otros cuerpos colgantes de los árboles. Al rumor de la muchedumbre, los cuervos huían entre el ramaje; y bajo los pies de los muertos, suspensos en lo alto, el suelo estaba todo pisoteado por las patas de los lobos. Allá arriba; en una colina, negras entre la luz clara, aparecían las torres de un castillo. ¡Y aquello era ciertamente la justicia del Señor!...

Entonces un clamor de cólera corrió entre los *Jacques*. Unos querían al punto prender fuego a la selva para envolver al castillo. Otros hablaban de derribar árboles con que hacer arietes para golpear las murallas. Y Cristóbal, impelido por la multitud que detrás de él blandía las hoces y los chuzos, comenzó a subir por un camino que llevaba al castillo, entre rocas que el musgo cubría...

Divisaban por fin, bordeando una torre del Homenaje, altas murallas negras y sombrías con grandes manchas blancas de piedra nueva, que eran como cicatrices de asedios... El puente levadizo estaba cerrado y la gradería de hierro bajada. Y una estacada de vigas cercaba el foso, de agua verdosa. Ni un rumor salía de las altas murallas. Todo parecía abandonado. De uno de los lados, grandes rocas rodaban en confusión hacia un precipicio. Un águila volaba por las alturas...

E Ç A D E Q U E I R O Z

Una inquietud detuvo a los *Jacques* ante aquel silencio siniestro. Algunos, creyendo que el castillo estaba abandonado, gritaban que se siguiese adelante. Otros hablaban de escalarle. Y Cristóbal, al acaso, caminó hacia el puente levadizo. Pero súbitamente las cadenas crujieron, el puente se abatió y de las puertas que se abrieron de par en par, un grupo de caballeros salió con la visera baja, lanza en ristre, en un gran galope y estridor de armaduras. Los *Jacques* retrocedieron en masa. Solo Cristóbal quedó en el montículo...

Al frente de los caballeros, uno de grandes plumas blancas en el yelmo, la lanza en ristre, corrió sobre él. Cristóbal ya no tenía su barra de hierro; pero se lanzó corriendo a un pino, lo agarró con ambas manos, lo arrancó de la tierra y cogiéndolo como una monstruosa escoba, lo lanzó, con un gesto de siervo que barre, contra el caballero y el caballo, que rodaron, en un estampido de armas, envueltos en el ramaje denso. De un salto Cristóbal se apoderó del caballero, y afianzándolo entre las rodillas como un niño de pecho, partióle las ataduras del yelmo, y descubrió una cabeza lívida y una espesa barba rubia. Después, levantándole en el aire como un broquel contra los otros caballeros, que se habían inmovilizado en un espanto mudo, gritó desesperadamente: «¡Rescate! ¡Rescate! ¡Rescate!...» Los *Jacques* rodeaban a Cristóbal, queriendo despedazar al Señor prisionero. Y él levantaba más en alto al mi-

serable, que ni se movía, agarrado entre las manos de hierro, y gritaba: «¡Rescatel ¡Rescatel!...»

Los otros caballeros, en un súbito furor, corrieron sobre él. Pero Cristóbal, saltando a la orilla del precipicio, inclinó sobre él al prisionero, como si lo fuese a despeñar en la corriente y en las rocas, gritando siempre: «¡Rescatel!». Entonces los caballeros se detuvieron y rápidamente se consultaron con grandes gestos de sus guantes de hierro hasta que uno, avanzando, clamó: «¡Está rescatado!...»

El viejo entonces avanzó también y concertó el rescate. Quería dinero, veinte sacos de pan, vacas, vino, para sustentar a su gente, un juramento sobre la cruz de que no serían perseguidos, y dos carros para llevar las provisiones. El caballero extendió la mano sobre la cruz del fraile y juró...

Entonces los *Jacques*, bajando las armas, esperaron mientras Cristóbal, sentado en la roca, tenía al caballero atravesado sobre las rodillas con la mano derecha agarrándole las piernas, con la izquierda en la garganta... Poco a poco los siervos salieron del castillo trayendo el rescate; y los *Jacques* descendieron por el camino, rodeando a los animales y a los dos carros con los sacos, el oro y los odres de vino... Cristóbal quedó solo con el caballero. Cuando el último hombre desapareció más allá de la colina, puso al caballero en el suelo con cuidado y murmuró sencillamente: «Vete...» Y sin volverse, fué paso a paso a juntarse a los *Jacques*...

Entonces comenzó de castillo en castillo, a través de las provincias, la marcha de los *Jacques*. De las aldeas por donde pasaban corrían a juntárseles miserables, seres rebeldes, mendigos. Ahora era una multitud inmensa que poblaba los caminos. Pero no había en ellos ni violencia ni cólera. Iban mostrando a través de las baronías ricas, su miseria de siervos; y sin violencia pedían limosna. Cristóbal era como un gran padre, que mendigaba con sus hijos por los caminos... Al llegar delante de los castillos mostraban sus andrajos, las caras maceradas, las cicatrices de la servidumbre y clamaban por pan... Las puertas se abrían con fragor y unos por piedad, otros por temor, daban de sus cofres y de sus graneros. Día y noche, Cristóbal mantenía el orden en la turba inmensa... No permitía que despojases los árboles de los frutos, que cogiesen el ganado de las praderas donde pastaba... Solo era aceptado lo que la caridad daba. Si encontraba mendigos, histriones hambrientos, gritaba con un gesto amplio: «Venid también». Su corazón quería abrigar toda la miseria humana, llevarla a limosnear por los caminos del mundo... Del dinero recibido, repartía con las aldeas pobres... Los niños corrían extendiendo los sayales que él henchía a manos llenas de grano y de habas. Una dulzura íbase apoderando de aquellos corazones de la turba miserable. Algunos habían arrojado la hoz... Otros, al pasar por las ermitas o por los cruceros, caían de rodillas, llorando...

Y siempre delante de ellos, Cristóbal iba como una torre que avanzaba. Una adoración ascendía hacia él. «Santo es nuestro gigante», decían. Y en su confianza creían que la vida sería eternamente así: una marcha por los caminos, recogiendo los bienes que los nobles repartían con los pobres... Ciertamente Jesús había vuelto a la tierra... En breve todos los castillos se abrirían y, repartidas las riquezas, depuestas las armas, no habría hambres ni guerras, y solo en la paz de los campos suaves, habría hermanos bien repletos... El campamento, cuando se detenían, era como aldea en fiesta, donde la carne abunda en el asador y todas las manos tienen una rebanada de pan. Ya la marcha se amainaba y a veces quedábanse en un valle, o a orilla de un río, en un reposo feliz, olvidados de todas las miserias... De los hijos, de las mujeres que habían quedado en las aldeas, nadie se preocupaba; porque cada día partían mensajeros a llevar a los caseríos dinero y provisiones. Pero algunos, después de haber hecho su peculio, retirábanse a sus moradas distantes, sin temor; tanta era la confianza en Jesús...

Y Cristóbal sentía una alegría inmensa. De día y de noche vigilaba a la turba enorme para que en ella nada hubiese de violento o de brutal. Las cuestiones que surgiesen las aplacaba extendiendo los brazos. Si alguien robaba las frutas de la turba. A todos distribuía su justicia. A todos daba su caridad. Y era él, no otro, quien sacaba las espinas de los

pies heridos o amparaba a los viejos fatigados de las marchas.

Así vagaban cuando una tarde, llegando a una gran laguna, que, orlada de cañaverales, brillaba al sol de otoño, vieron del otro lado una larga hilera de caballeros cuyos pendones temblaban en el aire. Costeando la laguna, de fijo se encontrarían; y los *Jacques* y los caballeros se detuvieron, sorprendidos un momento.

Una gran planicie se extendía entre ellos, toda llena y cubierta de hierba amarillenta del otoño, desenvolviéndose hasta una hilera de colinas que revestían grandes pinares. El sol brillaba sobre las aguas de la laguna; y había un vasto silencio...

Al frente de los *Jacques* inquietos, Cristóbal quedó pensativo un instante; e iba a marchar hacia los caballeros, a pedir caridad para sus pobres, cuando por detrás la turba gritó: «¡Detentel ¡Detentel...» Los hombres de armas, desenvolviéndose en línea de batalla galopaban con las lanzas enristradas contra la turba miserable... Con un grito, el viejo les mandó alzar los chuzos, las hoces, las lanzas, haciendo una valla de hierro contra aquella pesada caballería, toda negra y también férrea, que hacía temblar el suelo... Ya llegaban, ya Cristóbal sentía el relinchar de los caballos, cuando un grande e inmenso clamor sonó y la confusa masa de hierro se abatió sobre los *Jacques*, con un gran ruido de armas, furiosos golpes de ginetes, abriendo, con el peto en espolón de los ca-

ballos, grandes surcos entre los *Faques* que caían atravesados por las lanzas, mutilados por los espados movidos con las dos manos... La legión de los *Faques* quedó separada en dos pedazos; con una gran hendidura en medio, toda llena de cadáveres pisoteados por las pezuñas de los grandes corceles... Y ya esos dos pedazos en que se había dividido la turba corría sobre el grupo de los caballeros, cuando este se dividió en dos también, haciendo frente a las dos alas de los *Faques* y llenando la planicie con el clamor de dos batallas... Las tropas de infantería y de caballería mezcladas formaban dos masas donde los chuzos de los *Faques* se quebraban contra las armaduras y las largas clavas con púa de los caballeros aplastaban cráneos que solo algún viejo morrión de hierro protegía... Los clarines de los caballeros sonaban furiosamente. Un relampaguear de hierro llenaba el aire, entre el revolotear de grandes penachos.

Los *Faques*, habiendo quebrado muy pronto su pobre armamento, arrojábanse sobre los cuellos y las grupas de los caballos y derribaban a brazo al jinete que, cayendo con un gran ruido de armas, desaparecía bajo los brazos armados de puñales. Otros abrían, con hoces, el vientre a los caballos... Algunos jinetes combatían a pie, haciendo anchos círculos con las espadas; y las piedras que los *Faques* les arrojaban, sonaban furiosamente sobre el metal de las corazas. Cuatro grandes segadores, caminando al

E Ç A D E Q U E I R O Z

paso, como en un maizal maduro, iban con un movimiento rítmico enarbolando sus hoces que cogían las corvas de los caballos, cortaban brazos de los cuales se habían desprendido los brazaletes de hierro y se-gaban por la garganta a guerreros sin casco. Y en-medio del combate sin armas, Cristóbal, desgreña-do, enorme, iba con sus enormes brazos arrancando caballeros de las sillas y arrojándolos al suelo como fardos de herrajes... La sangre ya se le escurría por la cara y el pecho a través de su sayal de cuero, cortado en largas aberturas. Sus inmensos gritos ha-cían empinarse a los caballos. Echando mano a los ginetes, los quebraba como paja seca. Las púas y los broqueles que arrancaba, iban por el aire como ho-jas que una racha de viento arrastra... A veces, co-rriendo, con los dos brazos y los puños apretados, más gruesos que cabezas de carneros, arrojaba por tierra, con un golpe seco, a caballos y caballeros... Habiendotropezado con el pie en un montón de cuer-das, lo cogió y cuando agarraba a alguno, pasábale un nudo por las piernas, y así le dejaba tirado en el suelo, como una res en el mercado. Poco a poco, todos los guerreros se habían vuelto contra él. Y sin armas, después de haber cogido por los pies un cadáver cubierto con una armadura—, que emplea-ba como una maza—iba retrocediendo hasta la alta colina cubierta de pinares. Sobre él caían las flechas y sobre él resonaban las piedras de los honderos. El gigante retrocedía más y de pronto, corriendo con.

tra los asaltantes, derribaba a uno, postraba a otro, con grandes golpes en el cadáver que había perdido ya el casco... El círculo de los caballeros crecía, sin embargo, sobre él, gritándole injurias y arrojándole desde lejos las mazas. Y cada vez ese círculo era más estrecho y todo erizado de hierros que refulgían. El, sereno, hacía girar en derredor el cadáver, cuya armadura se había quebrado poco a poco, no teniendo más que los armazones de las rótulas, por donde le agarraba Cristóbal, y mostrando ya la carne blanca y el vello áspero del pecho... Pero de tanto golpear al fin fué poco a poco perdiendo la fuerza de la osamenta, tenía ya el cráneo quebrado, los brazos muelles como trapos, la caja del pecho destrozada; y aquel arma terrible no era ya en las manos de Cristóbal más que una tira de carne blanda. Pero había llegado a la colina. Ahí en cada pinar, tenía un arma... Y ya se volvía y echaba las manos a un tronco enorme para desarraigarlo cuando una flecha, atravesándole la rodilla, le derribó por un momento, haciéndole resbalar por el declive húmedo de la colina. Entonces, en un instante, un gran corcel negro cayó sobre él, una lanza centelleó y Cristóbal quedó postrado, inmóvil, con una espuma de sangre en la boca...

Todos se habían precipitado sobre él cuando un clamor surgió por detrás... Eran los *Jacques* que se habían reunido, y guiados por el fraile, venían contra aquel grupo de caballeros apiñados sobre la co-

E Ç A D E Q U E I R O Z

lina, en las tierras blandas donde los pies de los caballos se enterraban. Entonces los hombres de lanza volvieron las riendas y huyeron entre la colina y los *ÿacques*, de nuevo dirigiéndose hacia la planicie, alfombrada de muertos... Los *ÿacques* clamaron viendo huir a los caballeros y comenzaron a correr detrás de ellos, lanzando las últimas flechas; arrojando hasta por escarnio terrones gruesos de tierra fangosa... Pero viendo a los de a pie así expuestos en la llanura, los caballeros dieron una vuelta brusca y se echaron sobre los miserables... Fué una gran matanza... El fraile cayó a poco con el cráneo partido, su cruz apretada en la mano... Y los que huían eran perseguidos por todas partes hasta que, arrojándose hacia la laguna, las grandes lanzas empujándoles por detrás, les hacían arrojar al agua...

Ahora en la vasta planicie, sólo había hombres de armas. Los *ÿacques* alfombraban la tierra en negros pozos de sangre... Lentamente, trotando, los caballeros remataban a los heridos, que gritaban de sed. Otros parados, quitándose los morriones, limpiábanse gruesas gotas de sudor. Los físicos vendaban los brazos heridos. Y los pajes pasaban con grandes botas de vino. El sol desaparecía y toda la laguna era como de oro, por detrás de sus grandes cañaverales negros... Una bandada de patos pasó por el cielo ya pálido... Y al toque de clarín, los Señores aún dispersos fuéronse juntando y volviendo a formar fila... Los heridos fueron colocados en las carretas... Y al

paso, el grupo de caballeros volvió a emprender el camino en torno a la laguna, donde el brillo del oro se había apagado, dejándola ahora toda negra y triste...

En la vasta planicie yacen los *Jacques* muertos. Concluyó la gran marcha que llevaba a los castillos y a las abadías la visión extraña de las grandes miserias de la tierra... Nadie más volvería a las cabañas de la aldea, donde los hijos esperan hasta tarde ante el hogar apagado. Los *Jacques* están muertos; la tierra está limpia de sus andrajos...

Cristóbal yace extendido en la colina entre los pinares. Un viento pasa, frío y triste... Él abre los ojos y a duras penas, levantándose sobre la mano, mira la planicie... Y en toda su extensión ve montones de cuerpos muertos, entre los cuales ya relucen los ojos de los lobos... La gran laguna está inmóvil. Por encima cruza la luna llena... Un dolor inmenso estremece su corazón. De nuevo sus ojos se cerraron, y cayó inanimado...

Toda la noche estuvo reviviendo la batalla. De los montones de *Jacques* muertos, otros *Jacques* se erguían, con otros trajes y otras armas, impelidos a la rebelión por la misma miseria que les oprimía. Y siempre del fondo del horizonte, de las alturas de los montes, de las cumbres, descendían caballeros,

E Ç A D E Q U E I R O Z

que tenían armas diversas, gritos de guerra diversos, que cargaban y destrozaban a los *Jacques* y los dejaban muertos bajo la gran luna llena... Pero entre estos, poco a poco, más pálidos, iban surgiendo otros, blandiendo piquetas de mineros, herramientas de fábrica, mostrando sus andrajos y los hijos hambrientos y clamando justicia... Y en seguida, a un bramido de lo alto, descendían fuertes escuadrones, trayendo al frente a magistrados togados, hombres cargados de sacos de oro y esa masa, cayendo sobre los *Jacques*, de nuevo los postraba, y los dejaba en un montón, que la luna, más pálida y más desmayada, cubría de blancura y de silencio... Y así indefinidamente los *Jacques* renacían de los huesos de los *Jacques* muertos, cada vez más numerosos, hasta que la llanura era toda una zarza de brazos flacos, clamando y pidiendo igualdad... E inmediatamente otros escuadrones descendían, más disminuídos, con un arranque menos vivo, vacilando, lanzando golpes más flojos... Hasta que por fin, los *Jacques* eran tan innumerables que desde la llanura se extendían a los montes y la luna, que ya se había desmayado del todo, alumbraba multitudes disciplinadas, armadas, conscientes, que avanzaban con orden y ritmo... Los *Jacques* ocupaban la tierra. Un último caballero vino aún y derribado, tiró las armas y desapareció... Y sobre la tierra sólo quedaban *Jacques*, que cantaban en triunfo, en la frescura de la mañana clara... (1)

(1) Adviértase qué admirable visión del porvenir encierra esta vigorosa página de Eça de Queiroz.—(N. del T.)

S A N C R I S T Ó B A L

Entonces, sintiendo en el rostro esta frescura matinal, Cristóbal entreabrió los ojos, aún errante, medio dormido, como en un sueño... La luz fría y pura de la mañana penetraba bajo los ramajes que le cubrían... Las aves cantaban suavemente en los nidos, con *frou-frou* de alas, de rama en rama... Un dulce olor de romero y verdores nuevos perfumaba el aire. Y en la hierba toda húmeda, lustrosa de rocío, había en derredor flores silvestres, botones de oro y amapolas frescas... Un hilo de agua cantaba fríamente de piedra en piedra... Y entonces parecióle a Cristóbal que veía un mozo de luegos cabellos rubios, con una túnica blanca; surgir entre las ramas de los pinares, a lo lejos, y venir hacia él, apoyado en una vara blanca... Sus pasos eran tan tenues, tan tenue era el lino de su túnica que las amapolas no se doblaban cuando él pasaba sobre ellas, ligero y blanco... Y en la penumbra de las arboledas, quedaba un surco blanco por donde él pasaba, con un aroma tan dulce como si brotasen en aquella tierra flores que no son de la tierra... Poco a poco se aproximó; y Cristóbal podía ver sus ojos posados sobre él, como dos estrellas de la tarde... Suavemente se arrodilló al lado de Cristóbal, dejando su bastón tan levemente que ni inclinó las finas briznas de hierbas... Con los dedos más suaves que el terciopelo, recorrió las heridas de Cristóbal, que sentía apaciguársele los dolores y como una fuerza nueva que entraba en él... Después rasgó una tira

E Ç A D E Q U E I R O Z

de su manto y púsola sobre las heridas; la de la pierna y la del pecho; y aquella tira de lino parecía a Cristóbal ligera como el aire y perfumada como un jazmín... Luego, cogiendo un bastón blanco, en silencio se marchó, penetró en el bosque y poco a poco se perdió entre los troncos negros, que por un momento conservaron como la claridad de aquel paso de una visión blanca. Los pájaros iniciaron nuevamente su canto... Otra vez los ramajes nuevos se agitaron blandamente... Entonces Cristóbal movió los brazos y luego levantó su inmenso cor-pachón... Todas sus heridas estaban cerradas... Y sintiendo una fuerza nueva, aquel buen gigante atravesó el pinar, y comenzó otra vez a correr mundo...

XVI

RECORRIÓ entonces luengas tierras. Y por ciudades y campos solo buscó, en la sencillez de su corazón, ser útil y bueno. Llamaba a la puerta de las cabañas, preguntaba si eran necesarios allí dos brazos fuertes para todos los trabajos. No pedía salario. La corteza menor de pan era la que le bastaba... Y el agua la bebía en los arroyos más frescos... Ningún servicio, por trabajoso o vil que fuese, le costaba violencia. Limpiaba todas las inmundicias con un cuidado piadoso; y pedía siempre para sí la mayor carga. Cogía el hacha de las manos de los leñadores para derribar los árboles. Tiraba de la maroma de los barcos. Enganchábase a las lanzas de los carros... Y si un campesino quería mandar a su burro a la iglesia para que lo bendijesen y lo librasen de todo mal, cargaba al burro a cuestras, con tanto cuidado como si fuese una doncella... Si le injuriaban, bajaba la cabeza humildemente. Si le apaleaban, quedábase inmóvil y quieto bajo los golpes... Si le despedían, agarraba su bordón y salía suspirando...

En los caminos sentábase en las encrucijadas para guiar a los peregrinos y a los histriones... Si ha-

bía algún gran pantano, quedábase a orillas de él para pasar a los hombres y a los animales. Era él quien partía las rocas para que se construyeran caminos... Y en las selvas por donde sabía que habían de pasar caravanas de mercaderes, encendía grandes hogueras para auyentar a los jabalíes...

A veces aceptaba servir solo a un amo. Fué así el siervo de un curandero y tiraba como un macho del gran carricoche donde tintineaban los frascos de las hierbas campestres y de los ungüentos, y que se detenía en los atrios de las iglesias a la tarde, después de las misas... Pero comprendiendo que el físico (1) era interesado y duro, dejó el servicio... Fué después escudero de un caballero andante a quien encontró bañando la herida de una pierna a la orilla de una fuente... Cristóbal le curó la herida y comenzó a seguirle en sus aventuras, caminando detrás de su corcel con una maza hecha de un pinar. Con el caballero hizo grandes proezas... Libertó siervos que un señor duro llevaba a ahorcar por no haberle quitado el gorro en la carretera; desbarató salteadores que infestaban el bosque; restituyó a un huérfano el condado que le habían robado parientes avaros; pero como el caballero hubiese ayudado a salvar a una

(1) Eça de Queiroz repite mucho esta palabra para acomodarse más al lenguaje de la época que describe, en esta hermosa novela de reconstrucción medioeval. Físico era la palabra que se empleó varios siglos para designar igualmente al médico y al terapeuta, que al cirujano.—N. del T.

dama, acabó por casarse con ella, tuvo una casa solariega y abandonó los caminos; y Cristóbal, no queriendo quedar en aquella ociosidad, dejó al buen caballero, llevándose como paga una bolsa repleta de oro y buenos vestidos de abrigo, que distribuyó al punto entre los pobres...

Entonces, siguiendo el ejemplo de los caballeros, se dedicó a socorrer a los desvalidos... De noche, al pasar por los castillos, derribaba las horcas patibularias. Si sabía de un campo que había sido robado, forzaba al ladrón a restituir... Salvó a las bandas de mercaderes que los señores, con lanzas enormes, asaltaban en los caminos para robarles... Donde supiese que el señor había impuesto un trabajo excesivo a los siervos, iba él y no otro a hacer el trabajo. Nunca dejaba en su presencia castigar a un niño. Si pasando por un caserío oía a una mujer llorar y ruido de palos, echaba abajo la puerta y quitaba el palo de las manos del marido... Cuando habían de pasar soldados por una aldea, quedábase de guardián para impedir las crueldades de la tropa. Y nadie osaba hacerle frente... Ya entonces iba envejeciendo. Sus cabellos se habían vuelto más crespos e hirsutos: traía sobre el cuerpo harapos; y la barba era áspera y fuerte como un matorral. Bajo la barba y bajo las cejas, seguía invisible la dulzura in comparable de su mirada y de su sonrisa; y para los que le veían, en verdad, su aspecto era hórrido y terrible...

E Ç A D E Q U E I R O Z

Cuando entraba en las ciudades, los niños huían y todas las puertas se cerraban; y los hombres de guardia acudían a saber de dónde había venido, a qué baronía pertenecía, y si tenía licencia para vagar por los caminos... El respondía que solo quería trabajar; y tan humilde y quieto se quedaba junto a una fuente o en el rincón de una plaza, que en seguida se abrían las puertas y ya sonriendo, los criaturas volvían a rodearle. Todas hacían recordar a Cristóbal la Juanita de su aldea. Por entonces sería ya una mujer y tal vez trajese a su vez colgada de las sayas a una criaturita rubia y graciosa como ella había sido. Llamaba a alguno de los niños espantados y les hacía saltar sobre las rodillas. Desde las celosías las madres sonreían... Ya nadie temía al gigante; y él sintiéndose bien acogido, comenzaba en seguida a ayudar a los albañiles que construían una casa, o a empujar un carro atascado en el fango... En seguida todos querían utilizar los servicios de aquella fuerza inmensa... Era él quien limpiaba los mercados, encalaba las torres, transportaba los fardos, cogía la nieve de los ríos en el invierno, regaba el polvo de las calles en el verano, componía los tejados, apagaba los incendios; y sentado a la puerta de los hospitales, iba a enterrar a los muertos pobres... Pegando el rostro a las altas rejas de las cárceles, consolaba a los presos, ayudaba en sus trabajos a los galeotes y habiendo reunido su salario en pan o en dinero, sentábase en un atrio y distribuía entre los mendigos...

S A N C R I S T O B A L

En esto, un día, saliendo de una ciudad, encontróse en el camino a un pobre histrión, con una pierna de palo y acompañado por la mujer enferma que amamantaba a un hijito... Eran tan miserables y tristes—él, con una espada debajo del brazo, ella colgando de los hombros un saco de bolas y pelotitas—que Cristóbal comenzó a caminar a su lado... Así supo que antaño recorrían los caminos y las ferias ganando abundantemente su vida y (desde que él en una caída había perdido la pierna) exhibiendo perros amaestrados y un macaco, que hacían suertes maravillosas. Hacía días, sin embargo, estando en una taberna de la carretera descansando, habían llegado los escuderos y hombres de armas de un Señor que, embriagados y entre risas, le habían matado al macaco y a los pobres perros a cuchilladas. Con ellos había desaparecido su fortuna. Trabajar, no podía, así manco como había quedado. Y ahora solo les tocaba mendigar hasta que el frío y el hambre, les postrasen una noche, a ellos y al niño, muertos a orillas de un camino. Y el saltimbanqui añadía: «¡Bien feliz eres tú, que te hizo Dios tan grande y puedes mostrarte en las ferias y ganar más que un letrado escribiendo!...» Sin duda el saltimbanqui tomaba a Cristóbal por uno de esos gigantes que se exhiben en las ferias. Y apenas dijo tal cosa, Cristóbal, con aquella su gran sencillez, propuso al saltimbanqui que, a cambio del pan y de la mitad de la ganancia, le llevase a una feria para exhibirle en una barraca.

E Ç A D E Q U E I R O Z

El pobresaltimbanqui casi lloró de alegría; y al punto partieron de allí los dos para una gran feria que todos los años, por San Miguel, se celebraba junto a una ciudad amurallada...

Llegaron allá de noche y habiendo logrado permiso de la guardia para entrar, el saltimbanqui fué a uno de esos judíos que cambian dinero, pidió prestado lo que necesitaba para construir una barraca, levantar los estrados, colgar lonas rojas y poseer un tambor que anunciase al gigante... El judío, habiendo examinado a Cristóbal, y seguro de que era monstruo de buena exhibición y de buen lucro, contó una a una diez monedas de plata en la mano del saltimbanqui; y habiendo firmado un documento delante del corregidor de la feria, el saltimbanqui se marchó con Cristóbal a construir la barraca. Toda la noche trabajaron, clavando, martillando, mientras la mujer del payaso cosía aprisa una túnica roja para Cristóbal.

Al otro día todo estaba preparado y puesta sobre dos postes la gran tira de lienzo blanco en que se anunciaba al mayor gigante y al mayor atleta de Navarra y de Ambos Mundos... Cristóbal, sentado en una enorme caja que una alfombra cubría, esperaba; mientras, fuera, el saltimbanqui, tocando el tambor, anunciaba la maravilla; y la mujer, con zequíes de metal en las trenzas caídas, como una mora, esperaba delante de un plato de cobre donde debían caer los dineros de las entradas...

La feria era enorme, en una extensa pradera que daba frente a los muros de la ciudad. Las barracas de lona, de madera, de alfombras, de ramajes, alineábanse en grandes avenidas. En el tope de los mástiles ondeaban banderolas... Y hombres uniformados como orientales, mujeres con plumas en la cabeza, otras con trajes de países exóticos, asomábanse detrás de los balcones, donde, según las calles y los edificios se desdoblaban paños, relucían joyas en cajas incrustadas, se perfilaban los frascos de esencia, se amontonaban las pieles y se confundían las armas taraceadas. En otras calles, bajo tiendas de lona, había cocinas, grandes barricas de cerveza o de vino... Los saltimbanquis ocupaban un sitio cerca del río, que altos olmos sombreaban. En derredor, por toda la vasta planicie, había una confusión de carros descargados, de pilas de madera, de cabalgaduras sujetas por las patas y de grandes cestos donde se agitaban aves...

Apenas se abrieron las puertas de la ciudad, la multitud comenzó a llenar las calles de la feria donde la hierba había desaparecido bajo los pies. Y en seguida comenzó el vocear de los pregones, los gritos de los que llamaban a los parroquianos, los atabales tocando a la puerta de las tabernas, las campanas repicando...

Pero nadie hacía mayor barullo que el saltimbanqui cojo, redoblando desesperadamente el tambor, delante de la tienda donde aquel buen gigante espe-

E Ç A D E Q U E I R O Z

raba pensativo. Muy deprisa, hombres del burgo, mujeres con niños de la mano, los feriantes, comenzaron a entrar, dejando caer una moneda de plata en el enorme plato de cobre. Y apenas se había levantado la cortina, hubo en todos lados un largo *jahh!*... lento y maravillado. La barraca era alta, en forma de torre; y vestido con una túnica roja, bordada con lentejuelas y oropeles, con un turbante donde ondulaban enormes plumas verdes, un colosal alfanje de madera colocado en el cinturón amarillo, Cristóbal era en verdad, un asombro y como un ogro deforme de los cuentos de hadas. Lleno de timidez, no movía los brazos, y un gran ardor invadía todo delante de aquellos rostros atónitos donde había terror de su fuerza y como una piedad de su deformidad. Las criaturas escondíanse en las saiyas de las madres, y los hombres, espantados, querían palpar la fuerza de sus músculos. Cada grupo que salía iba a contar a las tabernas y a esparcir por toda la feria la maravilla de aquel gigante... Ya circulaba una leyenda: era él y no otro quien había derrotado al Emperador de Occitania, había matado un dragón informe que infestaba los Algarves y solo con empujarla, había derrumbado al suelo la torre construída por el Diablo para Roberto de Normandía... Una hilera larguísima esperó todo el día a la puerta de la barraca; y en la noche sobre el plato de cobre había un monte de dinero esparcido...

Poco a poco, Cristóbal se había habituado a la

S A N C R I S T O B A L

multitud; y hasta para hacer reír a los niños, hacía muecas o agarraba a un hombre por las piernas y lo alzaba como una paja ligera. Después levantó con dos dedos una barrica llena de piedras, torció con los dientes gruesas barras de hierro y de un solo golpe, con el puño cerrado, hendió una muela de molino...

A la noche estaba cubierto de sudor; y mientras el saltimbanqui y la mujer, con el rostro radiante, elevaban las pilas de dinero, él cogía al cuello y arrullaba al niño, que en sus brazos tenía un sueño más dulce...

Su fama había corrido por el vulgo; y el propio Príncipe que allí reinaba y el Obispo vinieron, con gran comitiva de pajes, a ver al gigante. Fué grande en ellos la maravilla y el Príncipe, hombre de grandes músculos, quería medir la fuerza con Cristóbal, jugando a cual de ellos doblaría la mano del otro. Y delante de aquellos caballeros, por humildad, Cristóbal cedió y dejó que la mano velluda del Príncipe doblase la suya. Los caballeros aclamaban al Señor... Y el Príncipe radiante volcó su bolsa llena de oro en manos de Cristóbal, eximió la barraca del saltimbanqui de todos los impuestos del corregidor, y mandó de noche mozos de cocina con antorchas a traer una pierna de venado y empanadas de su mesa.

Todas las noches, el saltimbanqui, al contar su dinero, daba la mitad a Cristóbal que lo guardaba en

E Ç A D E Q U E I R O Z

una cueva, en un rincón de la barraca, cubierta con una rueda de molino. Después iba por la feria solitaria y hacía todo el servicio. Cargaba las barricas de vino, descargaba los fardos, limpiaba el suelo de las tiendas y a la puerta de las cocinas, lavaba los platos de estaño...

Pero llegó el fin de la feria y una noche, en que sentía el barullo de las barracas que se desmontaban, el saltimbanqui contó sus ganancias... Las lágrimas bailábanle en la cara porque estaba para siempre al abrigo de la miseria. Entonces Cristóbal desenterró su tesoro y en silencio vino a juntarlo al dinero del saltimbanqui, murmurando: «¡Es para el niño!...» Dos monedas de cobre habían rodado por el suelo; Cristóbal las cogió, las besó como una limosna que le echasen, besó al niño y salió de la barraca. Y habiendo comprado una borona y una hota de vino abandonó la feria que finalizaba...

XVII

DE nuevo Cristóbal corrió el mundo, sirviendo a los hombres. Por los descampados y por los poblados, en muchos inviernos y en muchas primaveras, corrió el mundo, ofreciendo sus brazos. Los años habían pasado y Cristóbal era más viejo que las más viejas encinas... Sus largos cabellos habían blanqueado y su fuerza ya no era tan fuerte. Pero cada día su corazón se henchía de una ternura mayor y más vaga. A veces, sentado en una piedra, a la vera de un camino, miraba los árbeles, los campos, los montes y las sencillas flores silvestres y sentía entonces como el deseo de apretar a toda la tierra contra su pecho... Después pensaba que sobre ella vivían tantos miserables, tantos humildes, tantos enfermos; y sentía como un deseo de sondar hasta los últimos rincones aquel mundo y de curar cada dolor, matar cada hambre y tornar el mundo alegre, sano, perfecto. Entonces se marchaba mundo adelante y a través de las carreteras mendigaba para dar a los mendigos... Colocábase a la entrada de los puentes, como un socorro siempre dispuesto para ayudar a un viejo o cargar un fardo... Su deseo

E Ç A D E Q U E I R O Z

hubiera sido sufrir él solo todas las opresiones, cargar él solo todos los fardos humanos... Y a veces deteníase, miraba en derredor, buscando en los vastos horizontes servicios que prestar, flaquezas que socorrer... Después pensaba que las había innumerables y de seguro se presentarían muy pronto a sus ojos... Y se marchaba, quedando triste, cuando durante el día sus brazos habían quedado ociosos. ¿Para qué le había dado entonces Jesús aquellos brazos tan robustos y fuertes?... Iba entonces a sentarse a la entrada de los puentes, donde el tránsito era mayor, como una fuerza dispuesta a trabajar, dispuesta a socorrer. Si era un caballero quien pasaba, corría a buscar agua para dar de beber al caballo. Si era un carretero, ayudaba a las mulas a tirar del carro. Si era un mendigo, mendigaba para él.

Poco a poco su bondad se preocupó de los animales. También ellos sufrían y tenían sobre la tierra su lote de miseria y de dolor. Cuando veía entonces a un animal cargado, tomaba sobre sus hombros el fardo. Recogía huesos por las esquinas de los mercados para distribuir a los perros hambrientos... Era el enfermero de los animales heridos a los que lavaba las llagas donde las moscas se pegaban. Un pajarillo volando llenábale el pecho de ternura... Y penetraba en las selvas con la esperanza de cuidar de los viejos lobos enfermos, o de los venados que mueren de hambre en tiempo de nieve...

Luego, poco a poco, en su alma densa y sencilla,

vino a nacer lentamente la idea de que los árboles, también sufrían, igual que las florecillas de los campos. Y desde entonces nunca más cortó un tronco para hacer de él un cayado... Toda rama, cortada y seca en el suelo, le enternecía. Apartábase para no pisar en la hierba. Y en tiempos de sequía hacía largas caminatas al río para traer agua y dar de beber a las plantas asfixiadas por el polvo de los caminos... En las mismas piedras vino por fin a sospechar que podía haber un sufrimiento. La piqueta que las cortaba, las duras ruedas que las aplastaban, el sol que las caldeaba, la nieve que las cubría, ¿no les causarían un dolor que ellas guardaban en la profundidad de su mudéz? Muchas veces con su enorme cuerpo hacía sombra a las rocas; con sus manos, a manera de largas palas, libraba a las piedras de las frialdades del hielo...

Su ternura abarcaba el Universo... A veces, de noche, mirando al cielo, entrábale como un gran amor por las estrellas. Eran claras y puras, brillaban un momento, luego desaparecían... Y la luna, que entonces salía, era tan triste que un son, un suspiro, exaltaban el corazón de Cristóbal... ¿Hacia dónde iban así todos aquellos astros, corriendo, corriendo?... Y vino a pensar que serían almas subiendo, subiendo en los espacios, más altas a medida que eran más puras, ganando una legua por cada acción buena que realizaban, y tendiendo así hacia la perfección, hasta tornarse dignas de abismarse en el seno sublime de Jesús...

XVIII

A sí envejecía aquel buen gigante. Un día en que caminaba por una colina entre rocas, oyó un rumor de voces que parecía venir del despeñadero. Descendió, agarrándose a la punta de las rocas. Y vió un ancho río, negro y tumultuoso, que corría espumeando sobre las rocas que lo cortaban, con un mugido sombrío. A la orilla había un grupo de mercaderes con sus machos cargados. Y del otro lado había rocas a pico, y un monte que se elevaba, coronado de negros pinares...

Cristóbal descendió y se presentó delante de aquellos hombres... Todos se juntaron, sacando navajones del cinturón, ante el terror de aquella fuerza y de aquella deformidad. Después como él les habló desde lejos con humildad, todos, poco a poco, le rodearon, preguntando qué había ocurrido en el puente que allí había... Cristóbal no lo sabía... Y entonces le dijeron que aquel era un camino corto y fácil que había en aquellas tierras, pero tenía aquel paso malo y el río torrentoso... Antaño había allí un puente de barcas amarradas con cadenas. Pero el río arrancaba las cadenas y llevaba las barcas como pa-

jas secas. Después habían puesto un puente de madera y el río otra vez había llevado el puente. Entretanto el Señor de aquellas tierras había muerto y habiendo pasado a manos de otro que vivía en las ciudades, nadie se había ocupado más de hacer un puente para los vándantes. Y ahora allí estaban ellos sin poder pasar y las mujeres, los hijos esparábanlos en vano en sus moradas más allá de los montes...

Cristóbal, entretanto, miraba el agua. Y en silencio se zambulló en el río y comenzó a atravesarlo. El agua le cubrió las rodillas, subió hasta la cintura; por fin chocó furiosamente sobre su pecho, como sobre el pilar de un puente. Y Cristóbal caminaba. Luego, la cintura de Cristóbal salió del agua; después aparecieron sus rodillas y escurriendo agua, hizo pie por fin en las rocas duras, de la otra orilla, donde un camino empinado subía entre peñascos. Cristóbal había pasado el río...

Volvióse y abriendo los brazos hacia los mercaderes espantados gritó:

—¿Quién quiere pasar?...

Uno más joven se ofreció. Cristóbal echóselo sobre los anchos hombros y en cada brazo cargó los fardos mientras los otros, ansiosos, rezaban a la Virgen... Cristóbal pasó; y desde la otra orilla, el mercader, radiante, hacía gestos a los compañeros y gritaba que el gigante era seguro... Entonces Cristóbal pasó a los hombres y después a los fardos. Y por fin, agarrando las mulas, que rebuznaban espantadas,

S A N C R I S T O B A L

condujo al lado de allá la caravana, sin que un pelo de los animales o una cuerda de los fardos o un zapato de los hombres se hubiese mojado... Habiéndose concertado en voz baja, los hombres pusiéronle en la mano un puñado de dinero, diéronle un rollo de cuerdas y dejáronle pan para una semana...

En esa misma tarde, Cristóbal, examinando aquel lugar agreste, recogió troncos partidos y ramaje seco y serrando la madera en una hendedura de las rocas, arrancó con la cuerda un largo y estrecho coberbizco donde su cuerpo se cobijase de las lluvias y de las nieves... Después, habiendo desembarazado el camino de pedruscos, esperó, sentado en medio de la gran soledad, a que apareciesen viandantes. No tardó en aparecer en la otra margen un grupo de frailes, que viajaban con el Abad montado en una mula. Apenas los vió, Cristóbal atravesó el río, mientras los frailes aterrados le hacían señas para que no se arriesgase en aquellas aguas del torrente. Pero cuando le vieron llegar, enorme, escurriendo agua, y con los brazos abiertos para recibirles, vacilaron pensando que fuese una celada del demonio. La cruz que trazó el Abad en el aire y que Cristóbal repitió sobre el pecho les tranquilizó; murmurando entre sí que entonces era ciertamente un auxilio del Señor...

Uno por uno, remangando el hábito, cabalaron sobre Cristóbal y en medio del río, sintiendo el agua furiosa golpear la cintura del gigante, gritaban el

E Ç A D E Q I E I R O Z

nombre de la Virgen, Estrella de los Náufragos... Después, cuando Cristóbal los dejaba en la otra margen, enjutos, era un espanto y bajando los hábitos, reatando las sandalias, reíanse de aquel puente vivo que trabajaba en las aguas. El Abad pasó y pasó su mula. Y los frailes dejaron al gigante su bendición y un ramo de boj bendito...

Comenzó entonces para Cristóbal una vida estable, quieta, junto a aquel río. En las horas en que no había gente, esperaba sentado en una piedra, mirando correr el agua, o bien ensanchaba el camino y construía a orillas del agua, con piedras, como un muelle desde donde la gente se le subía a las espaldas. A cada instante, sin embargo, pasaba alguien y como Cristóbal era ya conocido, los viandantes, desde lo alto de la colina, venían ya gritando: «¡Eh, gigante!...» Algunos, más brutales, si se detenía, estallaban en injurias. Otros a quienes excitaba el vino bebido en las tabernas de las carreteras, le tiraban de los pelos. Él, quieto y humilde, hendía las aguas. A veces era un caballero que, con su pesada armadura le aplastaba los hombros, y riendo le espoleaba con las espuelas. Otras veces era una dama que se horrorizaba con la fealdad de Cristóbal y se tapaba la cara y apenas pasada a la otra orilla, se le escapaba de las manos, mostrando su enojo... El mayor trabajo era con los animales. Había rebaños que llevaban todo un día en pasar.. Los jinetes de guerra, furiosos, mordíanle los brazos. Y los galgos ladrando querían saltar al

rio, entre la indignación de los hidalgos, que tiraban piedras a Cristóbal. Ningún esfuerzo costaba violencia al buen gigante. Pasaba los fardos más duros, gruesas barricas de vino, piedras enormes para la construcción de abadías. Pasó toros que iban para un toril de hidalgos. Y pasó un bando de leprosos, que huían de una ciudad y que le dejaron en la piel el pus de sus fístulas...

Si no le pagaban, bajaba la cabeza, saludando con humildad. Si le pagaban, besaba la exigua moneda de cobre; y guardaba debajo de una piedra ese dinero para repartirlo con los mendigos...

Así vivía, desde luengos años. Su cabeza ya se inclinaba, sus brazos no eran ya tan fuertes. A veces bajo los grandes fardos, gemía lamentablemente. Todos sus miembros estaban como troncos nudosos, hinchados por la humedad constante. De todo él salía un olor a fango y a cieno... Y sus piernas siempre en el agua, tenían un color verde, como las estacas que se clavan en las playas...

Su lecho de hojas secas érale blando y cuando sentía voces que le llamaban, daba un gemido antes de levantarse... Ya le costaba el doble del tiempo cruzar el río y por eso eran constantes las injurias que recibía... Para apoyarse en el agua, sintiendo que sus fuerzas disminuían hubo de hacer con un tronco de árbol un gran bastón afilado. Y cada invierno pensaba con inquietud si le faltaría fuerza para luchar contra la corriente furiosa del río cada vez más lleno.

E Ç A D E Q U E I R O Z

Ahora, apenas pasaba a los viandantes, se iba a acostar en seguida. Y llegó hasta pedir por caridad que le diesen un poco de vino para tomarlo, en las noches muy ásperas, como un cordial que le confortase... ¡Oh muy poco, una botellita solamentel... El cautelosamente, lo iría guardando.

En esto, una noche de invierno crudo en que ven-
taba y nevaba, y el río muy lleno mugía furiosamente; Cristóbal ya muy viejo, tambaleándose, con heridas en las piernas, dormía en su suelo mojado, cuando fuera, en medio de la noche agreste una vocecita infantil y dolorida gritó: «¡Cristóbal, Cristóbal!...» Dando un gemido levantóse aquel buen gigante, en seguida. Abrió el cerrojo de su choza... Y vió delante de sí una criaturita, pisando descalza la hierba, con los cabellos revoloteando al viento y apretando sobre el pecho, con las manecitas, la camisa muy blanca que le cubría. Espantado, derramando lágrimas, Cristóbal abrió los brazos...

—¡Oh, mi niño!, ¿quién te trajo?

Y temblando toda, entre el frío y la nieve, la criaturita murmuró;

—Cristóbal, Cristóbal, estoy solito y perdido y por quien eres te pido que me lleves a casa de mi padre...

Ya Cristóbal se había arrancado de los hombros la piel en que se abrigaba y envolvía en ella el tierno cuerpecito que temblaba...

—¡Oh, niño mío! ¿Dónde está la casa de tu padre?...

S A N C R I S T O B A L

La criaturita extendió el brazo hacia el otro lado, donde se alzaban los montes negros. Y murmuró muy bajito: —Allá, más allá, muy lejos...

Pero Cristóbal había sentido un gran espanto. Porque debajo de la piel negra de cabra, de nuevo la camisita del niño, toda blanca de lino, asomaba brillando en la noche oscura. Inclinando hacia él el rostro, el buen gigante dijo, muy humilde:

—¡Oh niño mío, ven que te lleve en el cuello!...

El niño extendió los brazos chiquitos. Cristóbal con cuidado y dulcemente lo fué poniendo en el hombro. Pero bruscamente sus rodillas dobláronse, chocaron en la roca bajo el peso inmenso que le aplastaba. ¡Ah, cuánto pesaba el niño!... A duras penas se afianzó en sus viejas piernas doloridas. Descendió, arrimado a su bastón, por la rampa resbaladiza y zambulló los pies en el agua; y al punto la corriente mugió furiosamente en derredor, lanzando la espuma hasta los pies del niño... Jadeando, Cristóbal rompió el empuje del agua... El viento terrible silbaba y le echaba sobre los ojos, que la humedad empañaba, sus largos cabellos grisáceos. El dijo: «¡Ay, mi niño, mi niño!...» A cada paso sentía que el lecho fangoso del río se hundía bajo sus pies... Todo él temblaba, apoyado en el bordón. Y el agua, toda blanca de espuma, empujábale furiosamente con una marejada tremenda... En la densa oscuridad nada distinguía ni sabía dónde estaba la otra orilla. Gruesas piedras de granito cayeron de repente y el niño,

E Ç A D E Q U E I R O Z

tiritando de frío, se abrigaba junto a su cara... Ya el agua aterradora le llegaba hasta el pecho... Tropezó en una roca y cuando pudo sostenerse, sintió el agua, furiosa, helada, corriendo a rozarle las barbas... Arrojó el bordón y con ambas manos levantó al niño en el aire. Apenas lo podía sostener; grandes oleajes le golpeaban ya el rostro... Jadeando, parábase para respirar fuera del agua y bebía la espuma torva y amarga... Gruesas vigas que la corriente arrastraba le golpeaban el cuerpo... Sus pies desgarrábanse en las piedras agudas. Y él, en un esfuerzo enorme, los brazos tendidos hacia lo alto y temblorosos, sosteniendo al niño, echaba el pecho hacia afuera, con gemidos que eran más fuertes que el viento... Dos veces sus rodillas flaquearon e iba caer bajo el empuje del torrente; dos veces, con un esfuerzo sobrehumano, mantúvose firme, alzando en alto al niño... El agua ya le llegaba por la barba, y la espuma de las olas le humedecía los ojos... Y siempre jadeante, se abría camino, con las manos temblando del peso inmenso del niño. Sus pies habían encontrado una roca firme y el agua descendió otra vez hasta el pecho... En la roca resbaladiza sus pasos apenas podían sostenerse... Y se empinaba jadeando por un esfuerzo del alma... Pero iba saliendo del río... El agua ya le había bajado hasta la cintura... Y el fragor del torrente parecía amainado y como remoto. Grandes peñascos emergían del agua. Ya apenas tenía metidos los pies que sentía desgarrados.

S A N C R I S T O B A L

Un esfuerzo más y estaba en la orilla, sano y salvo, apretando contra el pecho al niño...

Pero en aquel esfuerzo supremo toda su vida se escapó. No podía más. Y ya se sentaba exhausto en una roca, cuando el niño le musitó que no se detuviese, que anduviese todavía, que le llevara a casa de su padre. Y, Cristóbal, jadeando, comenzó a trepar el áspero camino de la sierra. Una vaga claridad flotaba en las alturas... Y las rocas y los abetos emergían de la densa tiniebla que los ahogaba. Una frialdad traspasaba el aire; y Cristóbal tiritaba con su pobre sayal de estameña encharcado, que iba goteando en la tierra blanda. Y más bajo musitaba: «¡Ay, mi niño, mi niño!...»

Cada vez más escarpado, entre rocas, se empinaba el camino de la sierra... Y Cristóbal, todo encorvado, con los cabellos caídos sobre el rostro y goteando, jadeaba a cada paso... ¿Llegaría él jamás a subir hasta la morada del niño?... Y un gran dolor le hería el corazón, en el terror de caer sin fuerzas y que quedase allí la criaturita, en aquel yermo áspero, entre las fieras, bajo la tormenta. A cada instante había de arrimar la mano a una roca o colgarse al ramaje de un abeto, de desfallecido que estaba. Y la claridad crecía; ya en lo alto de los montes veía pálidamente blanquear la nieve...

—¡Oh, niño mío! ¿dónde está la casa de tu padre?...

—Más lejos, Cristóbal, más lejos...

E Ç A D E Q I E I R O Z

Y aquel buen gigante, abrigando los pies del niño en el pliegue de la piel de cabra que el viento agitaba, seguía, dando prolongados gemidos, por el camino interminable que cada vez se estrechaba más, entre rocas, erizadas de enormes zarzas... Por fin, apenas podía pasar por el sendero; las aristas de las peñas desgarrábanle los brazos; las largas espinas atravesadas arrancábanle la piel ruda del rostro... ¡Y seguía!... Ya de las heridas le goteaba la sangre y los ojos empañados apenas distinguían el camino, que parecía oscilar todo como ahogado en un temblor de tierra... Entretanto una luz más viva y color de rosa ya empuñaba por detrás de las líneas de los cerros...

Pero Cristóbal detúvose sin poder más. Con el niño agarrado en los brazos, quedóse recostado en una piedra, respirando fuerte...

—¿Dónde está la casa de tu padre?...

—Más lejos Cristóbal, más lejos...

Entonces el buen gigante hizo un prodigioso esfuerzo y a cada paso, medio desfallecido, los ojos turbios, y a cada instante extendiendo la mano para arriarse, andandoa tropezones, con gruesas gotas de sudor que se mezclaban a gruesas gotas de sangre, echó a caminar, siempre hacia arriba, siempre hacia arriba... Sus pies se movían inconscientemente en el desfallecimiento que le había atacado... Una gran frialdad invadía todos sus miembros. Ya se sentía tan débil como el niño que llevaba en hombros... Y detúvose,

S A N C R I S T O B A L

sin poder más, en la cumbre del monte... Era ya el final del camino; brillaba allí un sol enorme que bañaba toda la tierra en luz...

Cristóbal dejó al niño en el suelo y cayó a su lado, extendiendo las manos. Iba a morir... Pero sintió sus enormes manos presas en las del niño; y la tierra le faltó bajo los pies...

Entonces entreabrió los ojos; y en el esplendor incomparable reconoció a Jesús Nuestro Señor, pequeñito como cuando nació en el corral, que dulcemente, a través de la mañana clara, le iba llevando hacia el Cielo...

FIN

Andrés González-Blanco

TRADUXIT

Madrid, 15 de Marzo a 1 de Abril

Jueves Santo de 1920

OBRAS ESCOGIDAS DE OSCAR WILDE

PUBLICADAS

- I.—EL CRIMEN DE LORD ARTURO SAVILE (*Novelas*), Exhumación del autor, (con 12 fotografías), por Ramón Gómez de la Serna..... 4 ptas.
- II.—EL RETRATO DE DORIAN GRAY. (*Novelas*). Traducción de Julio Gómez de la Serna..... 4 ptas.
- III.—EL RUISEÑOR Y LA ROSA. (*Novelas*). Traducción de Julio Gómez de la Serna..... 4 ptas.
- IV.—HUERTO DE GRANADAS. (*Novelas*). Traducción de E. P. Garduño..... 4 ptas.
- V.—INTENCIONES. (Ensayos de Literatura y Estética, seguidos de LA BALADA DE LA CÁRCEL DE READING) Traducción de Julio Gómez de la Serna..... 4 ptas.

EN PRENSA

- VI.—TEATRO. VII.—DE PROFUNDIS.
-

OTRAS COLECCIONES

LA «BIBLIOTECA NUEVA» HA EDITADO TAMBIÉN LAS SIGUIENTES COLECCIONES:

NOVELAS DE BARBEY D'AUREVILLY (9 TOMOS).

OBRAS DE REMY DE GOURMONT (8 TOMOS).

OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ
PUBLICADAS POR LA BIBLIOTECA NUEVA

PROSAS BÁRBARAS.

EL MISTERIO DE LA CARRETERA DE
CINTRA.

UNA CAMPAÑA ALEGRE.

CUENTOS.

CARTAS DE INGLATERRA.

ECOS DE PARÍS.

CARTAS FAMILIARES Y BILLETES DE
PARÍS.

VIDAS DE SANTOS: SAN CRISTÓBAL.

VIDAS DE SANTOS: SAN ONOFRE.

NOTAS CONTEMPORÁNEAS.

ÚLTIMAS PÁGINAS.

CADA VOLUMEN, ELEGANTEMENTE PRESENTADO

CUATRO PESETAS

COLECCIÓN EXTRANJERA
DE LA
BIBLIOTECA NUEVA

VILLIERS de L'ISLE ADAM

LA EVA FUTURA (nove-
la).....4'00 pts.
NUEVOS CUENTOS CRUE-
LES.....3'50 pts.

R. L. STEVENSON

LAS TRIBULACIONES DE UN
JOVEN INDOLENTE (nove-
la).....4 pts.

LEÓNIDAS ANDREIEV

LOS SIETE AHORCADOS (no-
velas).... 3'50 pts.
JUDAS ISCARIOTE (nove-
la).....4'00 pts.
LA RISA ROJA (nove-
las).....4'00 pts.

F. T. DOSTOIEVSKY

TRES NOVELAS...4'00 pts.

ALEJANDRO KUPRIN

EL CAPITÁN RIBNICOV (no-
velas).....3'50 pts.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

HANIA..(novela) 4'00 pts.
EL SECRETARIO (nove-
las).....4'00 pts.

MARK TWAIN

NARRACIONES HUMORÍSTI-
CAS.....3'50 pts.
EL DIARIO DE EVA 4'00 pts.

KNUT HAMSUN

(PREMIO NOBEL)

PAN (novela)...3'50 pts.
VICTORIA (novela) 4'00 pts.
LOS HOMBRES DE NUESTRO
TIEMPO (novela)..4'00 pts.

FEDERICO NIETZSCHE

EPISTOLARIO INÉDITO 3'50 p.

GABRIEL D'ANNUNZIO

QUIZÁS SÍ, QUIZÁS NO (nove-
la de amores y avia-
ción).....5'00 pts.

En prensa obras de Banville, Stendhal, Nerval, Tolstoi, Gorki, Artzybachev, Baudelaire, Strinberg, Bjorson, Schnitzler, Mann, Phillipe, Renard, Regnier, Galsworthy, Papini, Demolder, Samain, Apollinaire, Fialho D'Almeida, Tharaud, Verharen, y otros grandes escritores.



BIBLIOTECA NACIONAL



1001929886